

Zamboni del Amor



CASSIDY BERG

Zamboni del amor

Corazones helados

Por Cassidy Berg

Esta es una obra de ficción. Todos los nombres o personajes, empresas o lugares, sucesos o incidentes son ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o sucesos reales es pura coincidencia.

Ninguna parte de este eBook puede ser reproducida o transmitida de ninguna forma o por ningún medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación o por cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información, sin permiso escrito del autor.

2024 Cassidy Berg
Publicado por Entrada Publishing.

♡ Capítulo 1 ♡

El agudo chirrido de las cuchillas sobre el hielo corta el aire fresco de la pista de hielo de Benson Ridge. Amanda Perkins, con el pelo castaño recogido en una coleta, se desliza por la brillante superficie de la pista. Esculpe un ocho perfecto, con movimientos fluidos y precisos. Un semicírculo de jóvenes patinadoras la observa, con los ojos muy abiertos por la admiración.

"Ahora, ¿quién quiere intentarlo?" Amanda pregunta, su aliento visible en el aire frío.

Un coro de voces excitadas estalla mientras unas pequeñas manos se disparan hacia arriba. Amanda sonríe, sus ojos color avellana centellean. "Muy bien, Sophia, tú primero. Recuerda, dobla las rodillas y mantén los brazos extendidos para mantener el equilibrio".

Desde detrás del mostrador de alquiler, Bill Perkins observa a su hija con inconfundible orgullo. Sus manos curtidas trabajan un par de patines contra la rueda de afilar, el movimiento familiar para él tan natural como respirar. Un chico larguirucho pasa tambaleándose, agitando los brazos como molinos de viento.

"¡Hola, Timmy!" Bill grita. "Imagina que eres un poderoso roble. Raíces profundas en la tierra, ramas que alcanzan el cielo. ¡Lo tienes, chaval!"

Timmy frunce el ceño, concentrado. Da unos pasos vacilantes y encuentra el equilibrio. Se le dibuja una sonrisa en la cara y avanza arrastrando los pies con confianza.

Al final de la clase, Amanda se arrodilla junto a una joven que lucha con sus cordones. "Lo has hecho muy bien hoy, Emma. Esos cruces te están saliendo muy bien".

Emma sonríe. "¡Gracias, señorita Amanda! ¿Podemos practicar los saltos la semana que viene?"

"Ya veremos", se ríe Amanda. "Un paso a la vez, ¿recuerdas?"

Una mujer se acerca, la madre de Emma por lo que parece. "¿Señorita Perkins? Sólo quería decirle lo mucho que apreciamos que mantenga la pista abierta. Sé que son tiempos difíciles, pero este lugar significa el mundo para Emma".

La sonrisa de Amanda se tensa casi imperceptiblemente. "Estamos aguantando, señora Chen. La pista de patinaje forma parte de Benson Ridge desde hace tres generaciones. No vamos a ir a ninguna parte".

Mientras los últimos patinadores se marchan, Amanda se dirige a la oficina. El pasillo está repleto de fotografías descoloridas, una cronología visual de la historia del hockey en Benson Ridge. Fotos del equipo, imágenes de acción y recortes de periódico cuentan la historia de incontables inviernos pasados sobre el hielo.

Una foto llama la atención de Amanda, como siempre. Muestra una versión más joven de sí misma, abrazada a un joven alto con una camiseta de los Benson Blizzards. Ambos ríen, atrapados en un momento de pura alegría. Los pasos de Amanda vacilan, su expresión se nubla

con un dolor viejo y familiar.

"Contrólate, Perkins", se dice a sí misma, cuadrando los hombros y continuando por el pasillo. El pasado es el pasado. Tiene una pista que dirigir.

La puerta del despacho se abre con un chirrido y aparece Jamie Kellington encaramada al borde de la mesa de Amanda. Sus rizos rubios rebotan cuando levanta la vista y una sonrisa de megavatio se dibuja en su rostro.

"¡Ahí está mi reina de hielo!" exclama Jamie, saltando del escritorio. Pone una taza humeante en las manos de Amanda. "Vengo trayendo calor líquido y cotilleos calientes".

Los hombros tensos de Amanda se relajan mientras inhala el rico aroma del cacao. "Jamie, eres un salvavidas".

Se dirigen a la zona de cafetería de la pista y se instalan en una cabina desgastada con vistas al hielo. Jamie se inclina hacia delante y sus ojos brillan de emoción.

"Así que se dice por ahí que vamos a tener carne fresca en la ciudad", dice Jamie, moviendo las cejas sugestivamente. "Cierta entrenador de hockey con, y cito, 'abdominales en los que podrías rallar queso'".

Amanda se pone rígida y aprieta los dedos alrededor de la taza. "Genial. Justo lo que necesitábamos. Otro pez gordo del hockey de paso".

La sonrisa de Jamie vacila. "Oh, Mandy. No todos son como Bryce, ya sabes".

"No, tienes razón", dice Amanda, su voz goteando sarcasmo. "Algunos son como Tanner. O Chris. O Derek. Acéptalo, Jamie. Los jugadores de hockey y Benson Ridge no se llevan bien. Ellos sólo usan este lugar como un trampolín para cosas más grandes y mejores. "

"¿Y dejar una cadena de corazones rotos a su paso?" Jamie termina suavemente.

Amanda asiente, con los ojos fijos en el cacao. "Exacto. De ahí la regla de 'jugadores de hockey no'. Así es más fácil".

Jamie asiente y cruza la mesa apretando la mano de Amanda. "Más fácil, tal vez. Vamos, Reina Escarcha. Dame la gran gira. Quiero ver todas las mejoras que has estado delirando ".

Deambulan por la pista de patinaje y la pasión de Amanda es evidente cuando señala cada pequeña mejora. "Mira este nuevo mural", dice, señalando una extensa pintura del horizonte de Benson Ridge. "Es un artista local. Le pagamos con tiempo de patinaje gratis para sus hijos".

"Astuto", Jamie asiente con aprobación. "Aunque estoy bastante seguro de que no es así como se supone que funciona el capitalismo".

"Bienvenidos al glamuroso mundo de la gestión de pistas de patinaje en pueblos pequeños", bromea Amanda. "Donde el trueque es una forma de arte y la cinta aislante un grupo de

alimentos".

Sus bromas continúan cuando llegan al garaje de Zamboni. Amanda acaricia cariñosamente la enorme máquina y sus ojos se ablandan. "Sabes, cuando era pequeña, solía pensar que papá era una especie de mago del hielo cuando conducía esta cosa".

Jamie se apoya en la pared con una sonrisa cómplice en los labios. "¿Y ahora?"

"Ahora sé la verdad", dice Amanda solemnemente. "Está claro que es un caballero viajero en el tiempo, y este es su noble corcel".

Como convocado por sus risas, Bill asoma la cabeza en el garaje. "Hablando de nobles corceles, ¿estás lista para poner este lugar a dormir, chiquilla?". Las dos mujeres se abrazan antes de que Jamie se dirija a casa.

"Así que", empieza Bill despreocupadamente, accionando interruptores en el panel de control. "¿Has oído algo sobre el nuevo entrenador de hockey que viene a la ciudad?"

Amanda gime. "¿Et tu, papá? Lo juro, este pueblo tiene más cotilleos que un círculo de punto con esteroides".

Bill se ríe, el sonido resuena en la pista vacía. "Sólo digo que estaría bien tener sangre fresca por aquí. Alguien que le haga la competencia al viejo James".

"Sí, porque eso es exactamente lo que necesitamos. Más drama de hockey cargado de testosterona", murmura Amanda, empujando una fregona por el suelo quizás con más fuerza de la necesaria.

Cuando los últimos ecos de su trabajo se desvanecen, Amanda se encuentra sola en la entrada de la pista. Se gira y observa el hielo vacío. La luz de la luna entra por las altas ventanas y proyecta un resplandor etéreo sobre la superficie lisa. Por un momento, es casi posible oír los gritos fantasmales de partidos pasados, el roce de las cuchillas y el ruido de los discos contra las tablas.

Amanda aprieta las teclas con los dedos, el frío metal la inmoviliza. La pista no es sólo su medio de vida; es su patrimonio, su hogar. Y que la condenen si la deja escapar sin luchar.

"Muy bien, pozo de dinero congelado", murmura, con una sonrisa irónica en los labios. "A ver qué pasa mañana".

Con un último y decisivo clic, Amanda cierra la puerta y deja la pista a la luz de la luna. Mientras se aleja, su mente se llena de pensamientos sobre los retos que se avecinan. No sabe que la llegada de cierta estrella de la NHL está a punto de poner patas arriba su mundo cuidadosamente ordenado. El cambio está llegando a Benson Ridge, tan imparable como el propio invierno. La única pregunta es: ¿podrá Amanda capear el temporal?

♡ Capítulo 2 ♡

El atronador gruñido de un motor de altas prestaciones rompe el tranquilo aire de la tarde en Benson Ridge. Las cabezas se giran cuando un reluciente Audi R8 negro se arrastra por Main Street, con un aspecto tan fuera de lugar como el de un pavo real en un gallinero. Al volante, Jack "El Martillo" Hamilton mira los pintorescos escaparates a través de unas gafas de sol de diseño, con una expresión mezcla de incredulidad y desdén.

"Bueno, si Norman Rockwell y una bola de nieve tuvieran un hijo", gruñe Jack, reduciendo la marcha mientras esquiva un tractor aparcado. "Este debe ser el lugar."

El coche se detiene ante el Motel Benson Ridge, un establecimiento que parece haber optado audazmente por la estética del "encantador deterioro". El letrero de neón parpadea débilmente, como disculpándose por su propia existencia.

Jack sale y sus zapatos de cuero italiano chocan con el asfalto agrietado con una mueca de dolor casi audible. Coge su equipaje de diseño del maletero y hace caso omiso de las miradas boquiabiertas de los transeúntes.

En el mostrador de recepción, una mujer que parece apenas salida de la adolescencia casi deja caer su tarjeta de crédito platino. "¡Dios mío, eres él de verdad! Jack 'The Hammer' Hamilton", chilla mientras tantea el lector de tarjetas. "Mi hijo es tu mayor fan. Tiene tu póster y todo. ¿Podrías, quiero decir, si no es mucha molestia...?"

Jack esboza su sonrisa mediática, todo dientes y nada de calidez. "Claro, cariño. ¿A quién se lo dedico?"

"¡Timmy! Se va a volver loco". Ella garabatea el nombre en un trozo de papel, luego duda. "Um, ¿Sr. Hamilton? Si no le importa que le pregunte, ¿qué le trae a Benson Ridge?"

La sonrisa no vacila, pero algo en los ojos de Jack se endurece cuando termina de firmar su autógrafo. "Sólo pasaba por aquí. ¿Llave de la habitación?"

En el dudoso santuario de su habitación de motel, Jack desempaqueta con precisión militar. Los vaqueros de diseño y las camisas a medida se cuelgan con cuidado. Luego viene el equipo de hockey: almohadillas con cicatrices, guantes desgastados y patines que han visto días mejores, pero que sin duda han sido muy queridos.

En el fondo de la maleta, un recorte de periódico doblado le llama la atención. Las manos de Jack quietas, se ciernen sobre el titular: "Jack Hamilton, estrella de la NHL, suspendido tras una brutal pelea en un bar". Su mandíbula se aprieta, un músculo tintinea en su mejilla cuando recuerda el repugnante crujido de huesos, las caras de asombro y el ensordecedor silencio que siguió.

"Idiotas", gruñe, arruga el recorte y lo lanza por la habitación. Rebota inofensivamente en la pared, un lamentable eco de su antiguo poder.

El hambre acaba sacando a Jack de su exilio autoimpuesto. Se encuentra en el Hungry Skate Diner, donde la decoración parece ser una mezcla aterradora de recuerdos de hockey y criaturas del bosque. Jack se mete en un reservado, rezando por el anonimato.

No ha habido suerte.

"Bueno, voy a ser el tío de un mono", anuncia una voz atronadora. "¡Si es el mismísimo Jack 'El Martillo' Hamilton, engalanando nuestro humilde establecimiento!".

El dueño del restaurante, un hombre con bigote poblado, se acerca con la impaciencia de un cachorro de labrador. "Hank Grizzard, propietario de esta fina experiencia gastronómica. Un gran admirador, Sr. Hamilton. Gran fan. ¿Ese slapshot suyo? Legendario. Recuerdo cuando anotó ese triplete contra los Maple Leafs..."

La sonrisa de Jack es tan forzada que es un milagro que no se le parta la cara. "Eso es genial, Hank. ¿Podría darme un menú?"

Pero Hank no se deja intimidar y empieza a relatar los mejores momentos de la carrera de Jack. En la cafetería, la conversación se ha reducido a susurros excitados. Jack puede sentir el peso de cada mirada. Las paredes parecen cerrarse, el aire se llena de expectativas que él ya no puede cumplir.

"Entonces", Hank finalmente hace una pausa para respirar después de dejar el pedido de Jack sobre la mesa, "¿qué trae a una gran estrella de la NHL como tú a nuestro pequeño rincón del mundo?".

El tenedor de Jack repiquetea contra su plato. "Servicio comunitario", suelta, con la paciencia por los suelos. "Estoy aquí para cumplir mi condena y largarme. Ahora, si no te importa, me gustaría comer en paz".

El silencio que sigue es ensordecedor. La expresión jovial de Hank vacila, sustituida por el dolor y la confusión. Mientras se retira, los susurros excitados se convierten en murmullos de desaprobación.

Jack mira fijamente su plato, sin apetito. Lleva menos de un día en Benson Ridge y ya ha dado todo un espectáculo. Mientras arroja algunos billetes sobre la mesa y se marcha, un pensamiento resuena en su mente: Estos van a ser tres largos meses.

Jack sale del restaurante Hungry Skate Diner con el ego tan magullado como el producto de una semana. El pintoresco encanto de Benson Ridge le resulta sofocante, y cada guiño amistoso de un transeúnte es un clavo más en el ataúd de su intimidad. Camina hacia el juzgado, como un hombre que marcha hacia su propia ejecución.

A medio camino, un modesto escaparate le llama la atención: "Slapshot Supply, su tienda integral de hockey". Jack resopla y se detiene a examinar el escaparate. Está muy lejos del equipamiento de alta gama al que está acostumbrado: palos de hockey de material compuesto que probablemente se hacen añicos si los miras mal, protecciones que parecen más cinta aislante

que acolchado y patines que podrían haber sido de última generación... en 1992.

"Vaya, vaya", dice Jack, con una sonrisa irónica torciendo los labios. "Si no es mi ilustre carrera en microcosmos. Empecé desde abajo, ahora estamos de vuelta en el fondo".

Dentro del juzgado, Jack se encuentra cara a cara con Carol Winters, una mujer que parece desayunar clavos y almorzar estrellas de NHL.

"Sr. Hamilton", dice, su voz tan cálida como el trasero de un oso polar. "Me alegro de que haya venido. Confío en que haya encontrado nuestro pequeño pueblo sin dificultad".

La sonrisa mediática de Jack hace su reaparición. "Oh sí, fue una brisa. Sólo seguía el olor a estiércol y sueños aplastados".

Carol arquea una ceja. "Encantador". Vayamos al grano, ¿vale? Estás aquí para hacer tres meses de servicio comunitario en la pista de hielo de Benson Ridge. Entrenarás al equipo juvenil de hockey y ayudarás con el mantenimiento general de la pista".

"¿Mantenimiento?" Jack balbucea. "¡Soy un atleta profesional, no un conserje!"

"Corrección", dice Carol, con una sonrisa tan afilada como para cortar un cristal. "Eras un atleta profesional. Ahora eres un hombre en libertad condicional que hará lo que sea para no ir a la cárcel. Incluyendo, debo añadir, conducir el Zamboni".

Las protestas de Jack mueren en su garganta. Se desploma en su silla, derrotado. "Bien. ¿Dónde está este cubito de hielo?"

La pista de patinaje sobre hielo de Benson Ridge se cierne ante él, un monumento descolorido a los sueños de un pueblo pequeño. El letrero sobre la entrada cuelga torcido, una letra parpadea patéticamente. Jack respira hondo, preparándose para lo que promete ser la experiencia más humillante de su vida.

Cuando empuja la puerta, una marea de niños chillones casi le derriba. Pasan como una mancha de mejillas sonrosadas y sonrisas de dientes abiertos. Jack se aprieta contra la pared y parece un hombre que se enfrenta a un pelotón de fusilamiento de pequeños verdugos.

"¡Vaya, equipo tigre!", grita una voz de mujer. "¿Qué dijimos sobre las velocidades en interiores?"

Jack levanta la mirada y se encuentra con un par de brillantes ojos color avellana. La mujer que se le acerca es una visión en capas sensatas, su pelo castaño se escapa de una coleta desordenada. Su acogedora sonrisa vacila al reconocerla.

"Tú debes ser Jack Hamilton", dice, extendiendo una mano. "Soy Amanda Perkins. Bienvenido a la pista de hielo de Benson Ridge".

Jack mira su mano como si fuera a morderle. "Sí, ese soy yo. La gran estrella de la NHL, reducida a niñera y conserje. Viviendo el sueño".

La sonrisa de Amanda se vuelve quebradiza. "Bueno, Sr. Hamilton, espero que encuentre que cumple con sus exigentes estándares. Ahora, si me sigue, le mostraré el armario de las escobas. He oído que eres una experta con la fregona".

Cuando Amanda se da la vuelta, Jack no puede evitar sentir que acaba de cometer otro error espectacular. La sigue a la pista, el frío del aire no es nada comparado con la helada recepción que él mismo se ha creado.

Bienvenido a Benson Ridge, piensa Jack amargamente. Población: una estrella de hockey fracasada y su creciente colección de puentes quemados.

Bill Perkins irrumpe en escena con su rostro curtido y una sonrisa que amenaza con partirle la cabeza en dos. "¡Bueno, pero si es el hombre en persona!" Le da la mano a Jack con entusiasmo. ¿Por qué te llaman "El Martillo"? ¿Es porque *clavas* todos los tiros?"

El silencio que sigue es tan ensordecedor que se podría oír la caída de un disco en Tombuctú. La risa de Jack es forzada y la sonrisa de Amanda, tensa.

"Muy buena, papá", se las arregla Amanda, su tono sugiere que era cualquier cosa menos eso. "¿Por qué no le damos a Jack el gran tour?"

A medida que avanzan por la pista, los ojos de Jack se mueven como los de un animal atrapado que busca una salida. Observa cada salida con la desesperación de un hombre que contempla una fuga de la cárcel a plena luz del día.

"Y aquí está nuestro snack bar de última generación", anuncia Bill con orgullo, señalando un mostrador que parece no haber sido actualizado desde la administración Eisenhower. "Tenemos todo lo esencial para la pista: chocolate caliente, palomitas rancias y suficiente salsa de queso artificial para sobrevivir a un invierno nuclear".

Jack asiente distraídamente, con la mirada fija en la entrada principal. Amanda, en la retaguardia, entrecierra los ojos. "¿Pasa algo, Sr. Hamilton? La puerta no va a ninguna parte, ya sabes".

Jack se sobresalta, sorprendido. "Sólo admiraba la artesanía", murmura sin convicción.

"Ajá", responde Amanda, con el escepticismo goteando en cada sílaba. "Y en secreto soy campeona de patinaje artístico. Mi triple Axel atrae a todos los chicos al patio".

Afortunadamente, la visita termina en el vestuario del equipo juvenil, donde encuentran al entrenador James Miller ordenando un intimidante conjunto de tablillas y silbatos. Al entrar, levanta la vista y clava los ojos en Jack.

"Vaya, vaya", balbucea James, poniéndose a su altura (que, para su evidente consternación, aún está a unos centímetros de la de Jack). "Pero si es el chico de oro de la NHL. ¿Vienes a enseñarnos a los pueblerinos cómo se hace?"

Jack le mira, con una sonrisa en la comisura de los labios. "Sólo estoy aquí para cumplir mi

condena, entrenador. No hay necesidad de sentirse amenazado".

Se dan la mano, apretándose hasta que los nudillos se vuelven blancos. No es tanto un saludo como un pulso silencioso, con la testosterona crepitando en el aire como electricidad estática.

Amanda se aclara la garganta en voz alta. "Bueno, esto ha sido encantador y nada incómodo. Sr. Hamilton, ¿por qué no se toma unos minutos para familiarizarse con el hielo? La práctica comienza en una hora".

Mientras los demás se marchan, Jack se encuentra solo en la pista. El frío familiar le cala hasta los huesos, una sensación a la vez reconfortante y dolorosa. Se desliza hacia el centro de la pista, la memoria muscular toma el relevo donde falla el pensamiento consciente.

Por un momento, no es Jack Hamilton, la estrella caída en desgracia de la NHL. Es sólo un tipo sobre el hielo, el lugar donde todo siempre tuvo sentido. El peso de su pasado -la pelea en el bar, la suspensión, la vergüenza- parece presionarle, amenazando con romper el hielo bajo sus pies.

Jack respira hondo, el aire frío le llena los pulmones. Sabe a memoria, a sueños de infancia y triunfos de adulto. A segundas oportunidades.

"Muy bien, Benson Ridge", murmura a la pista vacía. "Veamos lo que tienes".

Mientras Jack permanece de pie, a caballo entre su pasado y su incierto futuro, el silencio de la pista le envuelve. Es un silencio lleno de energía potencial, como el momento previo a que caiga un disco o suene un silbato.

En ese silencio, todo parece posible. Incluso la redención de una estrella del hockey caída en desgracia en una ciudad que aún cree en los milagros del hielo.

♡ Capítulo 3 ♡

La pista de hielo de Benson Ridge zumba con una expectación eléctrica, en marcado contraste con su habitual atmósfera somnolienta. Los jóvenes jugadores entran a trompicones por las puertas, con sus bolsas de equipo cómicamente sobredimensionadas, y sus charlas suben y bajan como las olas. Se congregan en el borde de la pista, un revoltijo de camisetas desparejadas y equipos usados.

De repente, el silencio se apodera del grupo. Jack Hamilton sale de los vestuarios, con su pedigrí en la NHL evidente en cada uno de sus fluidos movimientos. Hace equilibrios con una torre de conos de entrenamiento elegantes y de calidad profesional, del tipo que estos chicos sólo han visto en la televisión. El silencio se rompe con un grito ahogado colectivo, seguido de un murmullo excitado que se extiende por el equipo como un subidón de azúcar.

"¿Es realmente él?"

"¡El Martillo! ¡Justo aquí en Benson Ridge!"

"¿Crees que firmará mi bastón?"

La expresión de Jack permanece impasible, pero sus hombros se enderezan ligeramente, una respuesta refleja a la admiración que antes daba por sentada. Deja los conos en el suelo con un fuerte estruendo que saca a los niños de su aturdimiento.

El entrenador James Miller se acerca a grandes zancadas, con una sonrisa tan genuina como las promesas de un político. "¡Jack! Me alegro de que hayas venido". Extiende una mano, flotando torpemente en el espacio entre ellos.

Jack mira la mano que le ofrece con desdén. Le da un apretón superficial, su atención ya está en otra parte. "Vamos a empezar, ¿de acuerdo? Estamos quemando la luz del día".

La sonrisa de James vacila, pero se recupera rápidamente. "Por supuesto. Pensaba empezar con ejercicios de pases y luego..."

"¿Pasando ejercicios?" interrumpe Jack, con un tono que destila desdén. "Estos chicos necesitan aprender a patinar antes de pensar siquiera en manejar un disco. Estamos haciendo suicidas".

La cara del entrenador se sonroja, haciendo un espectacular contraste con su pelo pelirrojo. "Espera un momento..."

Pero Jack ya está patinando hacia el centro del hielo, con su silbato chirriando en el aire. "¡Muy bien, escuchad! Vamos a empezar con un calentamiento propio de la NHL. ¡Quiero ver empuje, gente!"

Los jóvenes jugadores se apresuran a entrar en el hielo, y su entusiasmo se transforma rápidamente en confusión cuando Jack inicia una serie de ejercicios que no estarían fuera de lugar en un campo de entrenamiento olímpico. Cruces, giros cerrados y ejercicios de patinaje

hacia atrás se suceden rápidamente.

"¡Vamos, acelera el ritmo!" Jack ladra, demostrando sin esfuerzo un complejo patrón de juego de pies. "¡Mi abuela podía patinar más rápido, y lleva muerta una década!".

Tommy Hawkins, un jugador de baja estatura con más pecas que coordinación, se esfuerza por seguir el ritmo del implacable taladro de Jack. Su palo se agita salvajemente, más como un estorbo que como una ayuda, mientras jadea para respirar. Los otros niños se adelantan, dejando a Tommy a su paso.

"¡Hawkins!" La voz de Jack cruje como un látigo sobre el hielo. "¿Qué en el nombre de Gordie Howe crees que estás haciendo?"

El rostro de Tommy, ya enrojecido por el esfuerzo, adquiere un alarmante tono carmesí. Le tiembla el labio inferior, un dique que retiene un torrente de lágrimas y sueños rotos. Parpadea rápidamente, tratando de enfocar el hielo a través del borrrón acuoso.

Desde la barrera, Amanda ha visto suficiente. Su instinto maternal, perfeccionado tras años de cuidar a jóvenes patinadores, se pone en marcha.

"¡Muy bien, todo el mundo!" Suena la voz de Amanda, clara y autoritaria. "¡Pausa para el agua! ¡Cinco minutos!"

Jack se da la vuelta, su cara es una nube de fastidio. "Estamos en medio de un simulacro aquí, Perkins."

Amanda se encuentra con su mirada de frente. "Y ahora estamos en medio de un corte de agua, Hamilton. A menos que te gustaría explicar a un grupo de padres por qué sus hijos se derrumbaron de deshidratación en su reloj? "

Los niños no esperan la respuesta de Jack. Se dispersan y se dirigen hacia las botellas de agua. Tommy es el último en irse, con sus patines raspando abatido contra el hielo.

Mientras los niños tragan agua, el entrenador James Miller aprovecha su oportunidad. Aparta a Jack, con cara de cortesía forzada.

"Mira, Jack", empieza James, su voz baja y urgente. "Aprecio tu entusiasmo. Pero estos chicos no son aspirantes a la NHL. Están aquí para divertirse, aprender lo básico, tal vez ganar un partido o dos contra el pueblo de al lado".

La ceja de Jack se arquea tanto que amenaza con desaparecer en la línea de su pelo. "¿Divertido? Esto no es una fiesta de cumpleaños, Miller. Es hockey. Cuanto antes aprendan estos chicos a esforzarse, mejor".

James abre la boca para discutir, pero Jack le corta con un gesto desdeñoso. "Créeme, esto es lo que necesitan. Un poco de adversidad forja el carácter. Me lo agradecerás cuando estén levantando el trofeo del campeonato estatal".

Antes de que James pueda formular una respuesta que no implique cuestionar la paternidad de Jack, la voz de Amanda vuelve a atravesar la pista. "¡Muy bien, equipo! Volved al hielo. Preparémonos para el partido".

Comienza la práctica, y si los ejercicios anteriores fueron un huracán de categoría tres, éste es un apocalipsis sobre hielo en toda regla. Jack merodea por los tableros, su voz se eleva por encima del choque de palos y el roce de los patines.

"¡Thompson! ¡Forecheck! ¡Forecheck! ¿Sabes siquiera lo que significa?" brama Jack a una desconcertada niña de trece años.

"¡Chen! ¿Qué clase de cheque fue ese? Mi abuela podría haberte robado, ¡y es legalmente ciega!"

"¡Hawkins"! ¿Intentas interrogar al portero o pedirle una cita? ¡Entra ahí y crea algo de tráfico!"

Los niños intercambian miradas de pánico, sus caras son una máscara uniforme de confusión y frustración creciente. Se están ahogando en un mar de jerga de la NHL, dando tumbos en ejercicios diseñados para jugadores que les doblan en edad y nivel.

Amanda mira desde el área de castigo, olvidando su portapapeles mientras se masajea las sienes. El entrenamiento se ha convertido en un caos, y los sueños de Jack de jugar en la NHL se estrellan contra la realidad del hockey juvenil de un pequeño pueblo.

Cuando los gritos de Jack alcanzan su punto álgido, Amanda endereza los hombros. Es hora de darle caña a "El Martillo". Esta pista de hielo puede ser pequeño, pero es su reino, y ella está a punto de poner en escena una intervención real.

El disco patina por el hielo, un pase perfecto que incluso un novato podría manejar. Tommy Hawkins, con cara de determinación, estira el bastón. Por un momento, parece que por fin lo va a conseguir. Pero el destino y la dudosa coordinación mano-ojo de Tommy tienen otros planes. El disco pasa junto a su palo y sigue su alegre camino por la pista.

La paciencia de Jack, más delgada que el hielo en primavera, se hace añicos. Se lanza como un cohete hacia Tommy, con sus patines dejando pequeñas crestas de furia en el hielo. Se eleva sobre el chico, un imponente monolito de decepción y rabia apenas contenida.

"¿Qué demonios fue eso, Hawkins?" La voz de Jack retumba, resonando en las vigas y haciendo temblar las mismas tablas. "¿Lo estás intentando, o sólo estás aquí para hacernos perder el tiempo?"

Tommy se encierra en sí mismo, como si intentara fundirse en el hielo. Sus hombros tiemblan con sollozos silenciosos, cada palabra dura de Jack es otro golpe a su ya maltrecha confianza.

"Lo s-siento, señor Hamilton", logra decir Tommy entre jadeos. "Lo haré mejor, lo prometo".

"Sentirlo no gana partidos, chico", gruñe Jack, con la cara a escasos centímetros de la de Tommy. "Sentirlo es para..."

Pero por qué lo siente exactamente, Tommy nunca lo averigua. En ese momento, Amanda Perkins llega a la escena, sus patines rociando hielo como ella se inserta entre Jack y el niño tembloroso.

"Ya basta, Hamilton", sisea Amanda, con voz grave y peligrosa. Sus ojos, normalmente cálidos y acogedores, brillan ahora con la furia de mil madres de hockey. "Aléjate del niño antes de que use tu ego sobredimensionado como un Zamboni".

Jack parpadea, momentáneamente sorprendido por la vehemencia de la voz de Amanda. Pero su sorpresa se transforma rápidamente en indignación. "No te metas, Perkins. No tienes ni idea de entrenar al hockey".

"Lo siento", replica Amanda con voz sarcástica. "No me había dado cuenta de que 'entrenar hockey' era sinónimo de 'traumatizar niños'. Error mío".

Sus voces se elevan, la discusión se intensifica más rápido que los minutos de penalti de un novato. La cara de Jack se enrojece, una vena palpita en su frente mientras gesticula salvajemente. "Estos chicos tienen que endurecerse. El mundo no va a mimarlos".

Amanda le iguala decibelios a decibelios, su coleta se agita de un lado a otro mientras le clava un dedo en el pecho. "Son niños, no pequeños Navy SEALs. No se trata de endurecerlos, sino de tu ego exagerado".

Toda la pista ha enmudecido, el equipo observa con los ojos muy abiertos como si estuviera presenciando un partido de ping-pong especialmente intenso. Desde las gradas, un puñado de padres se inclinan hacia delante, divididos entre el susto y una fascinación morbosa normalmente reservada para los accidentes de coche y los reality shows.

"¡Estás socavando mi autoridad!" Jack brama, su voz se quiebra ligeramente en la última palabra.

"¿Qué autoridad?" Amanda responde. "¿La autoridad para hacer llorar a los niños? ¿Para aplastar su amor por el juego antes de que tenga la oportunidad de crecer? Felicidades, Hamilton. Te has convertido oficialmente en el mayor penalti de esta pista".

Por un momento, parece que Jack podría entrar en combustión espontánea. Pero Amanda no ha terminado. Se pone a su altura (lo que, hay que admitir, la deja una buena cabeza más baja que Jack) y asesta el golpe final.

"Sal de mi hielo", dice, su voz repentinamente tranquila pero no menos intensa. "Ahora mismo".

El silencio que sigue es ensordecedor. Jack mira fijamente a Amanda, abriendo y cerrando la boca. Por un instante, parece que va a seguir discutiendo. Pero algo en la inquebrantable mirada de Amanda debe de haber penetrado incluso en su grueso cráneo.

Con un gruñido de frustración, Jack gira sobre sus talones y se dirige hacia la salida. Golpea la puerta de la pista de patinaje con fuerza suficiente para hacer sonar el plexiglás, y el sonido retumba en el silencio atónico.

Cuando el eco se desvanece, Amanda es plenamente consciente de la docena de pares de ojos que la miran. Los niños permanecen inmóviles, con sus jóvenes rostros convertidos en un caleidoscopio de emociones: miedo, confusión y una pizca de asombro. Desde las gradas, los padres hablan en voz baja y lanzan miradas de preocupación a sus conmocionados hijos.

Amanda respira hondo, obligando a su acelerado corazón a calmarse. Pega una sonrisa que espera que parezca más tranquilizadora de lo que se siente. "Muy bien, equipo", dice, con voz un poco temblorosa. "¿Quién quiere jugar al pilla-pilla?"

Cuando los niños empiezan a sonreír y a moverse de nuevo, Amanda echa un vistazo a la salida. Puede que los Hammer hayan abandonado el edificio, pero ella tiene la sensación de que este juego está lejos de haber terminado.

♡ Capítulo 4 ♡

Amanda Perkins entra en el garaje de Zamboni con el portapapeles pegado al pecho como un escudo. El aire mohoso, cargado de olor a aceite de motor y hielo rancio, no ayuda a calmar sus nervios. Dobla la esquina y casi choca contra la sólida pared de una ex estrella de la NHL.

Jack Hamilton está de pie delante de la Zamboni, mirándola como un caballero que observa a un dragón particularmente intratable. Su mano recorre el flanco de la máquina, con una mezcla de curiosidad y desprecio en sus rasgos cincelados.

Sus miradas se cruzan y la temperatura del ya frío garaje desciende otros diez grados. Amanda se aclara la garganta y el sonido resuena en las paredes de hormigón como un desafío.

"Sr. Hamilton", dice, su voz tan crujiente como el hielo fresco. "Veo que ha encontrado a su nuevo mejor amigo".

Las cejas de Jack se arquean tanto que amenazan con desaparecer en su nacimiento. "Ah sí, el sueño de toda estrella de la NHL. Pasar de las bofetadas a lo que sea que se llame esta monstruosidad".

"Se llama Zamboni", responde Amanda, incapaz de evitar un deje de orgullo en su voz. "Y es el héroe anónimo de todas las pistas de hielo de aquí a Tombuctú".

Se lanza a explicar las funciones del Zamboni, con palabras cortantes y profesionales. "Coloca una fina capa de agua, que se congela casi instantáneamente, creando una superficie lisa para patinar. La parte delantera recoge la nieve y los escombros, mientras que la parte trasera..."

Jack asiente con la cabeza, con los ojos vidriosos de fingido desinterés. Pero a Amanda no le pasa desapercibida la forma en que su mano se detiene en la reluciente superficie de la Zamboni, casi acariciándola.

"Muy bien, hotshot", dice Amanda, moviéndose hacia el asiento del conductor. "Es hora de tu primera lección. Presta atención porque sólo te voy a enseñar una vez".

Se desliza en el asiento, con movimientos fluidos y experimentados. Jack se inclina para observar, sus anchos hombros tapan las luces del techo. Amanda es plenamente consciente de su presencia: el calor que irradia su cuerpo, el tenue aroma de su colonia mezclado con los olores industriales del garaje.

"Gira la llave así", le demuestra, con voz ronca de repente. Se aclara la garganta, molesta por la traición de su cuerpo. "Luego accionas el..."

Pero sus palabras se interrumpen cuando se da cuenta de lo cerca que está Jack. Su aliento le hace cosquillas en la oreja, provocándole un escalofrío involuntario. Amanda se pone rígida, con los nudillos blancos sobre el volante.

"¿Así?" La voz de Jack retumba, baja y demasiado cercana para ser cómoda. Le pasa la mano por

encima y le roza el brazo mientras señala una palanca.

Amanda se aparta como quemada, casi cayéndose del asiento en su precipitación. "¡Sí! Quiero decir, no. Quiero decir... ¿por qué no lo intentas tú misma?"

Ella se aparta para hacerle sitio. Jack sonríe, claramente consciente del efecto que está causando en ella, y se desliza en el asiento con su gracia habitual.

O al menos, lo intenta. En un momento de justicia cósmica, el pie de Jack se engancha en el borde del Zamboni. Se tambalea y sus brazos se balancean cómicamente mientras lucha por recuperar el equilibrio.

Amanda se lleva la mano a la boca, conteniendo a duras penas una carcajada. La visión de la estrella de NHL, por lo general suave, agitándose es casi demasiado para soportar.

Jack se corrige, con las mejillas sonrojadas por una mezcla de vergüenza e indignación. Mira fijamente a Amanda, retándola a que comente algo.

Pero algo ha cambiado en el aire entre ellos. El hielo del comportamiento de Amanda se ha resquebrajado un poco. Una sonrisa se dibuja en la comisura de sus labios y una genuina diversión sustituye a su anterior frialdad.

"Buen movimiento, Hammer", bromea ella, incapaz de resistirse. "Ya veo por qué te pagan tanto dinero".

La mirada de Jack se intensifica por un momento antes de fundirse inesperadamente en una sonrisa apenada. "Sí, bueno, guarda los aplausos para cuando realmente ponga a esta bestia en movimiento".

Mientras Jack tantea los controles, refunfuñando en voz baja, Amanda se relaja a pesar de sus esfuerzos. Hay algo casi entrañable en ver al poderoso Jack Hamilton abatido por una pieza del equipo de la pista.

"Muy bien, Tony Stewart", dice, su tono más ligero de lo que ha sido desde que Jack llegó a Benson Ridge. "Veamos lo que tienes. Intenta no chocar contra un muro, ¿vale? Odiaría tener que explicárselo a tu agente de la condicional".

De repente, el Zamboni se pone en marcha y casi catapulta a Jack y Amanda. La mano de Amanda sale disparada instintivamente, agarrándose al objeto estable más cercano, que resulta ser el impresionantemente sólido hombro de Jack.

El contacto les produce una sacudida, como la chispa de un cable de alta tensión caído. Amanda retira la mano como si le quemara, mientras Jack abre los ojos con sorpresa. Por un momento, ambos se quedan congelados, atrapados en un cuadro de incómoda tensión.

"Lo siento", murmura Amanda, con las mejillas sonrojadas. "Pensé que estábamos a punto de convertirnos en el adorno de capucha menos digno del mundo".

Jack se aclara la garganta, con su habitual sonrisa ligeramente ladeada. "No te preocupes. Aunque si querías sentir mis músculos, Perkins, podías habérmelo pedido".

Amanda pone los ojos en blanco con tanta fuerza que le sorprende que no se le caigan de la cabeza. "En tus sueños, Hamilton. Ahora, los ojos en el hielo. A menos que quieras explicarle a Bill por qué el Zamboni es de repente una parte permanente de las tablas".

Mientras recorren el perímetro de la pista de patinaje, Amanda echa un vistazo a Jack. Se da cuenta de cosas que antes había pasado por alto: la arruga en el raballo del ojo cuando se concentra, la suave fuerza de sus manos al guiar la máquina, la forma en que su presencia parece llenar el espacio cavernoso. Cada observación añade otra grieta a los muros que ha construido alrededor de su corazón.

Espera, ¿entrañable? Amanda se da una bofetada mental. Se trata de Jack "El Martillo" Hamilton, el chico malo de NHL y actual pesadilla de su existencia. No hay nada entrañable en él. Nada de nada.

Excepto tal vez la forma en que frunce el ceño cuando está pensando mucho. O la sonrisita de triunfo cuando consigue navegar en línea recta sin desviarse. O-

El traidor tren de pensamientos de Amanda es desbaratado por una maldición particularmente colorida de Jack. El Zamboni gime ominosamente mientras lucha con un giro, la máquina claramente contemplando la rebelión.

"Vaya", dice Amanda, incapaz de contener la diversión en su voz. "Estás conduciendo un Zamboni, no intentando clasificarte para la Indy 500".

Antes de que pueda pensarlo mejor, Amanda se inclina y coloca su mano sobre la de Jack en el volante. "Así", dice suavemente, guiándole en el movimiento. "Lento y constante. Deja que la máquina haga el trabajo".

El tiempo parece ralentizarse. Amanda es muy consciente del calor de la mano de Jack bajo la suya, de los sutiles callos de su palma, de la fuerza de sus dedos. Puede sentir su aliento, ligeramente irregular, haciéndole cosquillas en la mejilla.

El momento persiste, flotando en el filo de la navaja entre la instrucción profesional y algo más. Algo peligroso y emocionante y absolutamente fuera de los límites.

Jack se aclara la garganta, rompiendo el hechizo. "Creo que ya lo tengo", dice, con la voz extrañamente ronca.

Amanda aparta la mano de un tirón y casi se cae del Zamboni por las prisas. "Bien. Muy bien. Tienes talento natural. Más o menos. En el sentido de que algún día no serás una amenaza para el equipo de la pista".

Después de lo que parece una eternidad de dar vueltas alrededor de la pista (y sólo un roce con el área de penalti), por fin se dan por vencidos. Amanda lleva a Jack a las gradas y saca un maltrecho termo de su bolso.

"Toma", dice, sirviendo una humeante taza de cacao y entregándosela a Jack. "Me imagino que después de esa actuación, te vendrá bien el azúcar".

Jack acepta la taza con una carcajada que parece sorprender a ambos. "Gracias", dice, tomando un sorbo. "No está mal. Aunque normalmente prefiero mi cacao con un chute de humillación y un poco de orgullo herido".

Amanda sonríe a pesar de sus esfuerzos. "Bueno, has venido al lugar adecuado. Servimos ese especial todos los días aquí en la Pista de Hielo de Benson Ridge".

Se sientan en silencio durante un momento. Es Jack quien finalmente rompe el silencio.

"Así que", dice, haciendo un gesto vago con su taza. "¿Cómo acabaste aquí? Dirigiendo una pista de hockey de pueblo, quiero decir. Está claro que sabes de hockey".

Amanda enarca las cejas, sorprendida. ¿Está Jack "El Martillo" Hamilton realmente haciendo un esfuerzo por conversar? ¿No cesarán nunca las maravillas?

"Nací y crecí sobre el hielo", dice, con una pizca de orgullo en la voz. "Papá tiene esta pista desde antes de que yo naciera. Me puse los patines casi antes de andar".

Jack asiente, un destello de comprensión en sus ojos. "Negocios familiares, ¿eh? Lo entiendo. Mi viejo me tenía tirando discos en la entrada desde que podía sostener un palo".

Y así se abren las compuertas. Intercambian anécdotas sobre los entrenamientos matutinos, el olor a hielo fresco y el sonido de los patines al deslizarse por una pista perfecta. Jack describe la emoción de su primer hat trick, mientras que Amanda cuenta la vez que llevó a su equipo de patinaje artístico del instituto a una victoria inesperada en los campeonatos estatales.

A medida que hablan, la tensión entre ellos disminuye y es reemplazada por la fácil camaradería de dos personas que comparten un profundo amor por el juego. Amanda se ríe de la impresión que Jack tiene de su primer entrenador, un hombre que parece ser en parte sargento instructor, en parte orador motivacional y en parte lunático fugitivo.

Sólo cuando mira el reloj, Amanda se da cuenta de que llevan hablando más de una hora. El sol se ha puesto, pintando la pista con suaves tonos crepusculares. Se levanta y estira los músculos agarrotados por estar sentada en las duras gradas.

"Probablemente deberíamos dejarlo por hoy", dice, sorprendida de no querer terminar la conversación.

Jack asiente, levantándose también. "Sí, supongo que sí. Gracias por el café. Y las... lecciones de Zamboni".

Mientras caminan hacia la salida, Amanda siente que algo ha cambiado entre ellos. El hielo no se ha derretido del todo, pero se están formando grietas.

Observa la figura de Jack que se aleja mientras se dirige a su coche, con sus emociones revueltas. Por un lado, sigue siendo la arrogante estrella de la NHL que casi traumatiza a su equipo juvenil. Por otro...

Amanda sacude la cabeza y cierra la pista con más fuerza de la necesaria. Una conversación civilizada no cambia nada. Jack Hamilton sigue siendo un problema sobre patines, y ella haría bien en recordarlo.

De camino a casa, recuerda momentos de la velada: el calor de la mano de Jack, el sonido de su risa, la forma en que arrugaba los ojos cuando sonreía. Sacude la cabeza, tratando de despejarla. Se trata de Jack Hamilton, se recuerda a sí misma. La arrogante estrella de la NHL que casi aterroriza a su equipo juvenil. El hombre que representa todo lo que ella juró evitar.

Pero al entrar en su casa, Amanda no puede negar la pequeña chispa de emoción que le produce la idea de volver a verle mañana. De repente, Benson Ridge parece estar lleno de posibilidades inesperadas y, por primera vez en mucho tiempo, Amanda está deseando ver qué le depara el nuevo día.

Mientras tanto, Jack conduce hacia su casa en un silencio pensativo, con los acontecimientos de la noche reproduciéndose en bucle en su mente. Piensa en la apasionada descripción de la infancia de Amanda, en cómo se le iluminaban los ojos cuando hablaba de la pista de patinaje. Recuerda la sensación de su mano en la suya, el sonido de su risa.

Por primera vez desde que llegó a Benson Ridge, Jack no siente el peso sofocante de sus errores pasados. En su lugar, hay una ligereza en su pecho, una sensación de potencial. Mientras aparca el coche y mira al cielo estrellado, mucho más claro aquí que en la ciudad, Jack se permite una pequeña sonrisa.

Tal vez, sólo tal vez, este pequeño pueblo tiene más que ofrecer de lo que él pensaba inicialmente. Y puede que Amanda Perkins no sea la reina de hielo que él creía. Mientras Jack se dirige a su casa, se da cuenta de que está deseando que llegue el entrenamiento de mañana y se pregunta qué otras sorpresas le tendrá reservadas Benson Ridge.

♡ Capítulo 5 ♡

Apenas ha salido el sol cuando el Audi de Jack Hamilton entra ronroneando en el aparcamiento de la pista de hielo de Benson Ridge. Sale, muy lejos de la hosca estrella de la NHL que llegó por primera vez a la ciudad. Lleva una pila de notas arrugadas y manchadas de café bajo el brazo.

Jack se detiene en la entrada de la pista y respira profundamente el aire fresco de la mañana. Atraviesa las puertas y el aroma familiar del hielo y el combustible de la Zamboni le recibe como a un viejo amigo. La pista está inquietantemente silenciosa, el hielo es un lienzo en blanco esperando a ser tallado.

"Muy bien, Hamilton", murmura para sí mismo, dando zancadas hacia los tableros. "Es hora de demostrarles a estos chicos de qué estás hecho".

Extiende sus apuntes sobre el banquillo, cada página cubierta de diagramas garabateados e ideas anotadas apresuradamente. Hay más líneas tachadas que texto legible, prueba de que ha pasado la noche luchando con nuevos conceptos de entrenamiento.

El sonido de una charla que se aproxima rompe la concentración de Jack. Levanta la vista y ve al equipo juvenil entrando, sus caras son una mezcla de entusiasmo y temor. Ha desaparecido la fanfarronería de la estrella de la NHL; en su lugar hay un hombre decidido a enmendar su error.

"¡Buenos días, equipo!" Jack llama, su voz cálida y acogedora. "Tommy, ¿cómo va ese tiro de muñeca? Emma, ¿lista para trabajar en esos cruces?"

Los chicos intercambian miradas de sorpresa. ¿Es el mismo entrenador que hace unos días les ponía a hacer ejercicios de nivel NHL?

Tommy Hawkins, normalmente el primero en retroceder, se acerca cautelosamente. "¿Recuerda mi nombre, Sr. Hamilton?"

Jack se arrodilla y mira a Tommy a los ojos. "Claro que sí, amigo. Y tengo planeados unos ejercicios geniales que creo que te van a encantar".

Desde su posición ventajosa cerca del área penal, Amanda Perkins observa la escena con una mezcla de curiosidad y optimismo cauteloso. Estaba preparada para intervenir a la primera señal de problemas, pero esto es inesperado.

Jack arrastra una gran caja de cartón hasta el hielo. Mete la mano y saca un surtido de fideos de piscina y pelotas de tenis.

"Muy bien, equipo", anuncia Jack, sonriendo como un niño la mañana de Navidad. "¿Quién está listo para un poco de Noodle Hockey?"

La pista estalla en una cacofonía de risas y charlas excitadas. Jack empieza a repartir los fideos de billar y las pelotas de tenis entre los jugadores, explicando las reglas de su improvisado juego

con gestos animados.

"El objetivo", dice, haciendo una demostración con movimientos exagerados, "es usar tu fideo para guiar la pelota de tenis hasta la portería. Pero aquí está el truco: ¿tienes que hacer al menos tres pases antes de poder marcar!".

El hielo pronto se convierte en un caos colorido de fideos de piscina agitándose y pelotas de tenis rebotando. Las risas resuenan en las vigas mientras los niños intentan dominar el ejercicio poco ortodoxo, y su aprensión anterior se desvanece como el hielo de primavera.

Amanda sonríe a pesar de sus esfuerzos. Observa cómo Jack va patinando de jugador en jugador, animando y corrigiendo suavemente. Choca los cinco con Emma tras un pase especialmente inteligente y luego se arrodilla junto a Tommy para ajustar su agarre del fideo de piscina.

"Pues que me aspen", dice una voz ronca a su lado. Amanda se gira y ve al entrenador James Miller, con los brazos cruzados y las cejas pobladas, sorprendido.

"Estaba dispuesto a calificar todo esto de desastre", continúa James, sacudiendo la cabeza. "Pero míralos. No había visto al equipo tan emocionado desde... bueno, desde siempre".

Observan cómo Jack reúne a los niños en una rápida reunión, con el rostro iluminado por un genuino entusiasmo. Los niños se agrupan a su alrededor, pendientes de cada una de sus palabras.

"Se le dan bien", admite Amanda, con una nota de asombro en la voz. "¿Quién lo hubiera pensado?"

James gruñe de acuerdo. "Supongo que hay algo más en el Hammer que sólo una mala bofetada."

A medida que avanza el entrenamiento, Amanda se da cuenta de la transformación de Jack. Ya no es la estrella arrogante de la NHL, sino un entrenador que parece realmente interesado en el crecimiento y la diversión de su equipo. Amanda le ve hacer una maniobra complicada con el fideo de piscina y su cara se dibuja en una amplia sonrisa cuando Tommy consigue imitar el movimiento.

Por un momento, sus miradas se cruzan a través de la pista. La sonrisa de Jack se suaviza, convirtiéndose en algo más personal, más genuino. Amanda siente un repentino calor en las mejillas que no tiene nada que ver con la temperatura de la pista.

Rápidamente aparta la mirada, ocupándose de su portapapeles. Pero no puede deshacerse de la imagen de la sonrisa de Jack ni de la forma en que hizo que su corazón diera un vuelco.

Mientras el sonido de las risas y el chasquido de los fideos de piscina llenan el aire, Amanda se permite una pequeña sonrisa. Tal vez Jack Hamilton está lleno de sorpresas después de todo.

Los ojos de Jack recorren el hielo, observando el caos organizado de su práctica poco ortodoxa. Su mirada se posa en Tommy Hawkins, con la cara del niño contraída por la concentración.

mientras intenta maniobrar la pelota de tenis con su fideo de piscina. Los movimientos de Tommy son espasmódicos, la frustración evidente en cada torpe golpe.

En lugar de ladrar órdenes desde el otro lado de la pista, Jack se acerca patinando, con movimientos suaves y decididos. Se detiene junto a Tommy y se arrodilla para quedar a la altura de sus ojos.

"Hola, Tommy", dice Jack suavemente, su voz apenas se oye por encima de los gritos excitados de los otros niños. "¿Tienes problemas con ese cruce?"

Tommy asiente, con el labio inferior temblándole ligeramente. "No consigo hacerlo bien, señor Hamilton. Quizá no soy lo bastante bueno para el hockey".

La expresión de Jack se suaviza, un destello de comprensión cruza sus facciones. "Un momento, campeón. ¿Sabes cuántas veces me caí de bruces aprendiendo este movimiento? Digamos que el hielo y yo estuvimos muy unidos durante un tiempo".

Una sonrisa tentativa se dibuja en los labios de Tommy. Jack le devuelve la sonrisa y se coloca junto al chico.

"Muy bien, obsérvame atentamente", instruye Jack, demostrando el movimiento a cámara lenta. "¿Ves cómo cambio mi peso? Es como si intentaras dibujar un ocho con tus patines".

Los ojos de Tommy se abren de par en par mientras observa, absorbo en cada detalle. Jack le guía a través del movimiento, sus manos ajustan suavemente la postura de Tommy.

"Eso es", anima Jack mientras Tommy hace un intento tambaleante. "¡Eso es! Lo estás consiguiendo, colega!"

Desde su lugar cerca de las tablas, Amanda observa la interacción, con su portapapeles colgando olvidado a su lado. La suave paciencia en la voz de Jack, la sonrisa alentadora en su rostro, todo dista mucho de la impetuosa estrella de la NHL que irrumpió por primera vez en Benson Ridge.

Una pequeña sonrisa se dibuja en los labios de Amanda cuando ve a Jack chocar los cinco con un Tommy radiante. Siente una calidez en el pecho que no puede explicar del todo... o quizá no quiere examinar demasiado de cerca.

"¡Muy bien, equipo!" La voz de Jack retumba en la pista. "¿Quién está listo para un juego de Hockey Tag?"

Los niños estallan en vítores cuando Jack les explica las reglas: una mezcla del tradicional pilla-pilla, el control del disco y varias habilidades del hockey. Pronto, la pista se llena del alegre caos de los patines raspando el hielo, los palos chasqueando y las risas de los niños resonando en las vigas.

Jack serpentea entre los jugadores y de vez en cuando se une a ellos para perseguir juguetonamente a un niño risueño o demostrar un movimiento. Su rostro está lleno de auténtica alegría, muy lejos del hombre ceñudo que llegó por primera vez a la pista.

Mientras Amanda observa, siente que su percepción de Jack cambia, como el hielo que se rompe con el deshielo primaveral. Los bordes duros de su impresión inicial se están suavizando, revelando destellos de un hombre que nunca esperó ver.

"¡Pausa para beber!" grita Jack después de una ronda especialmente estridente. Los niños patinan hacia las tablas, con las caras enrojecidas por el esfuerzo y la emoción.

Jack se sienta en el banco, rodeado de su pequeño equipo. Mientras beben agua a tragos, se inclina para conspirar.

"Sabes, todo esto me recuerda a mi primer día en la NHL", empieza, con un brillo travieso en los ojos. "Imagínate esto: Jack 'El Martillo' Hamilton, un novato extraordinario, pavoneándome en el vestuario como si fuera el dueño del lugar".

Los niños se inclinan hacia él, pendientes de cada una de sus palabras. Han desaparecido el miedo y la aprensión de las prácticas anteriores. En su lugar hay una atención embelesada y una admiración incipiente.

"Así que ahí estoy, intentando parecer guay", continúa Jack, con voz animada. "Y voy a sentarme en mi flamante sitio, pero no llego a tocar el banco y caigo de culo".

El equipo estalla en carcajadas. Incluso Amanda, a pesar de sus esfuerzos, se ríe de la imagen mental.

"Todo el equipo se partió de risa", dice Jack, sonriendo al recordarlo. "¿Y sabes qué? Fue lo mejor que me podía haber pasado. Me enseñó que, incluso en las grandes ligas, a veces tienes que ser capaz de reírte de ti mismo".

A medida que Jack continúa su historia, interrumpida por las risas y preguntas de los niños, Amanda se siente atraída. Se apoya en las tablas, aparentemente revisando sus notas, pero en realidad sólo observa la escena que tiene delante.

Jack la mira a los ojos, su sonrisa se suaviza por un momento y se convierte en algo más personal. Amanda siente un revoltijo en el estómago que no tiene nada que ver con el frío de la pista.

Por un breve instante, mientras el sonido de las risas de los niños llena el aire y los ojos de Jack se cruzan con los suyos a través del hielo, Amanda se permite preguntarse si tal vez Jack Hamilton es más de lo que nunca imaginó.

A medida que la sesión de práctica se acerca a su fin, Amanda se desliza hacia Jack, su escepticismo anterior sustituido por un optimismo cauteloso. "Tengo que admitirlo, Hamilton, esto es inesperado. Los chicos parecen estar disfrutando de verdad".

Sus miradas se cruzan, una corriente de comprensión mutua pasa entre ellos. Jack esboza una media sonrisa. "Gracias, Perkins. Resulta que entrenar es algo más que gritar y suicidarse".

El momento es interrumpido por la voz ansiosa de Tommy. "¡Sr. Hamilton! ¿Puede enseñarme otra vez eso del slapshot?".

La cara de Jack se ilumina. "Lo tienes, campeón. Veamos lo que tienes".

Mientras los demás jugadores se retiran del hielo, Jack se arrodilla junto a Tommy y le demuestra pacientemente la técnica. "Todo está en el seguimiento, colega. Como si intentaras chocar los cinco con el poste de la portería".

Tommy frunce el ceño, concentrado, y su pequeño cuerpo se tensa con determinación. La pista se queda en silencio, con todos los ojos puestos en la insólita pareja.

"Está bien, Tommy", dice Jack suavemente. "Cuando estés listo".

El tiempo parece ralentizarse mientras Tommy se prepara. El chasquido del palo al chocar con el disco resuena en el estadio. El proyectil se arquea en el aire, un borrón negro sobre el fondo blanco.

¡Twack!

El disco encuentra su objetivo, anidando en la esquina superior de la red. Durante un instante reina el silencio.

Luego, el pandemónium.

Los compañeros de Tommy se arremolinan en el hielo y suben al aturdido chico a sus hombros. Su rostro se descompone en una sonrisa de pura alegría.

En medio del caos, los ojos de Jack buscan a Amanda. Está de pie junto a los tablones, con el portapapeles pegado al pecho y una sonrisa genuina en los labios. Ella lo mira y asiente con la cabeza, un gesto que vale más que mil palabras.

El hielo entre Amanda y la estrella de la NHL no se ha derretido del todo, pero las grietas se están ensanchando, dejando entrar astillas de calidez y posibilidades. Cuando Jack se vuelve hacia el jubiloso equipo y carga a Tommy sobre sus hombros, Amanda se pregunta qué otras sorpresas podría depararle este inesperado entrenador.

♡ Capítulo 6 ♡

La campana sobre la puerta de la cafetería suena, anunciando la llegada de Jack. La conversación se detiene, los tenedores se congelan en el aire. Se acerca al mostrador, consciente de los ojos que le clavan en la espalda.

Mientras Jack hojea el menú, el comedor estalla en murmullos. "¿Oíste lo del entrenamiento de ayer?" "Oí que hizo llorar a Tommy Hawkins". "Bueno, mi Sarah dice que en realidad es bastante agradable."

En el mercado de Benson Ridge, Amanda escruta las cajas de cereales, debatiéndose entre el contenido en fibra y el subidón de azúcar.

"¡Amanda, querida!" La Sra. Johnson se materializa, casi sobresaltando a Amanda en la pantalla. "He oído que nuestra estrella residente de la NHL es todo un encanto. Esas lecciones privadas de Zamboni deben ser esclarecedoras".

Las mejillas de Amanda se inflaman. "No es..."

"Oh, no seas tímida", guiña la Sra. Johnson. "Un hombre guapo como ese, solo en la ciudad..."

Al otro lado de la ciudad, la alcaldesa Phillips frunce el ceño al ver la escena bajo su ventana. Jack, rodeado de pequeños entusiastas del hockey, los guía cuidadosamente a través de Main Street. Su risa se mezcla con las risitas infantiles que arrastra la brisa.

La alcaldesa aprieta la mandíbula y marca un número que le resulta familiar.

En el despacho de la pista, Bill Perkins se acerca el teléfono a la oreja. "Rhonda, ¿no crees que estás exagerando? Jack no ha hecho más que..."

La voz chillona del alcalde Phillips crepita a través del auricular. Bill aprieta con fuerza los nudillos.

"Comprendo tu preocupación, pero he visto cómo ha cambiado. Los niños adoran..."

Otra ráfaga de objeciones cargadas de estática. Bill suspira, sintiendo el peso de la política pueblerina.

"Bien", concede. "Vigilaré más de cerca las cosas. ¿Pero Rhonda? Dale al hombre una oportunidad. La gente puede sorprenderte".

Más tarde, en la pista de patinaje, el estrépito de los palos de hockey y los patines llena la sala de equipamiento mientras Jack y Amanda ordenan el caos. Sus hombros se rozan, provocando una risita compartida.

"Recuérdame otra vez por qué no podemos tirarlo todo en un montón y llamarlo arte moderno". bromea Jack, haciendo malabarismos con un brazo lleno de cordones enredados.

Amanda pone los ojos en blanco, pero su sonrisa traiciona su diversión. "Porque a diferencia de ti, Hamilton, algunos preferimos el orden al caos".

Sus juguetonas bromas flotan a través de la puerta abierta, haciendo girar las cabezas. Un par de madres se quedan, con las cejas levantadas en señal de comunicación silenciosa.

Al otro lado de la ciudad, la cámara del consejo bulle de agitación. La alcaldesa Phillips golpea su mazo, luchando por acallar las voces.

"¡Es una amenaza!" brama el concejal Edwards. "¿Qué clase de ejemplo da a nuestros jóvenes una estrella de la NHL caída en desgracia?".

"¿Has visto a los niños últimamente?" Contesta la concejala Chen. "¡Están más entusiasmados que nunca con el hockey!".

La alcaldesa se masajea las sienes, siente que le duele la cabeza. "Por favor, abordemos esto racionalmente".

Horas después, la luz de la luna pinta de plata la pista vacía. Jack permanece inmóvil en las gradas, sumido en sus pensamientos. Unos pasos suaves rompen su ensueño.

"¿Un penique por tus pensamientos?" Amanda se acomoda a su lado, su calidez contrasta con el aire frío.

La sonrisa de Jack está teñida de melancolía. "No estoy seguro de que valgan tanto".

Hablan, hablan de verdad, por primera vez. Sobre los sueños postergados, el peso de las expectativas y el miedo a defraudar. La pista se convierte en un confesionario, envuelto en sombras y vulnerabilidad compartida.

El amanecer los encuentra aún inmersos en una conversación.

Durante el almuerzo en la escuela primaria Benson Ridge, Jamie se abalanza sobre Amanda con la ferocidad de un guepardo con cafeína. "¡Desembucha! He oído que Jack y tú estuvisteis en la pista de patinaje hasta altas horas de la madrugada".

La cara de Amanda arde. "No es... sólo estábamos hablando".

La sonrisa de Jamie se ensancha. "Ajá. 'Hablar'. ¿Así es como lo llaman los niños hoy en día?".

Mientras Amanda se niega, no puede contener el aleteo en su pecho al recordar la risa de Jack resonando en la pista vacía.

La campana de la ferretería Handy Hank's tintinea cuando Jack entra, asintiendo al alegre saludo del dueño. Recorre los pasillos en busca de un tinte para madera con el que embellecer los desgastados bancos de la pista.

Un grupo de voces llega desde el pasillo contiguo. Jack se paraliza al reconocer la inconfundible

cadencia de los cotilleos de un pueblo.

"Te digo que hay algo entre Hamilton y la chica Perkins", insiste una voz grave. Jack la identifica como perteneciente al viejo Jenkins, el autoproclamado pregonero de Benson Ridge.

"¿Tú crees?" Esto de Sally en la oficina de correos. "Quiero decir, pasan mucho tiempo juntos en esa pista."

"Lecciones de Zamboni, mi pie", se burla Jenkins. "Recuerda mis palabras, habrá campanas de boda antes de que acabe el año".

Jack aprieta la mandíbula y agarra con fuerza el bote de barniz. Se obliga a respirar hondo y examina un expositor de brocas con fingida fascinación.

"¿Pero qué pasa con su regla?" Una tercera voz interviene, la del joven Bobby de la gasolinera. "Ya sabes, todo eso de 'nada de jugadores de hockey'."

"Las reglas están hechas para romperse, hijo", dice Jenkins con una risita. "Especialmente cuando el alto, moreno y NHL llega a la ciudad".

Jack pierde la paciencia. Da la vuelta a la esquina y hace callar al trío de cotillas.

"Buenas tardes, amigos", dice, con voz engañosamente ligera. "Hace un tiempo precioso. Casi tan agradable como la vista desde tu propio negocio".

Se pasea por delante de sus rostros boquiabiertos, lanzando por encima del hombro: "Ah, ¿y para que conste? Esas 'lecciones de Zamboni' son parte de mi servicio comunitario. Pero no dejes que eso te impida planear la boda".

La puerta de la ferretería se cierra detrás de él con un final satisfactorio.

Al otro lado de la ciudad, Amanda hace malabarismos con un montón de papeles mientras tantea la puerta de la oficina de la pista de patinaje. Una voz familiar la congela en seco.

"¿Necesitas ayuda con eso, Mandy?"

Se gira y se encuentra cara a cara con un fantasma de su pasado. "¿Bryce? ¿Qué estás haciendo aquí?"

Bryce Carter, antigua estrella de los Benson Blizzards y rompedor del corazón de Amanda, se apoya en la pared con despreocupación. Su sonrisa fácil hace que a Amanda se le acelere el pulso, para su disgusto.

"¿No puede un tío visitar su ciudad natal?". Bryce se aparta de la pared y le quita de los brazos la pila de papeles que se tambalea. "¿Especialmente cuando hay cierta hermosa gerente de pista con la que ha querido ponerse al día?"

La mente de Amanda se acelera. La marcha de Bryce a un equipo más llamativo en una ciudad más grande la había dejado destrozada. Y ahora él vuelve a su vida como si los últimos tres años

no hubieran existido.

"Yo... me alegro de verte", se las arregla, odiando lo sin aliento que suena. "Pero en realidad estoy bastante agobiada ahora mismo."

La sonrisa de Bryce no vacila. "No te preocupes. ¿Qué tal si cenamos esta noche? Por los viejos tiempos".

Antes de que Amanda pueda formular una respuesta, se oye un carraspeo detrás de ellos. Se vuelve y encuentra a Jack, con los brazos cargados de bolsas de ferretería, mirando a Bryce con mal disimulada suspicacia.

"¿Todo bien aquí, Perkins?" Jack pregunta, su tono engañosamente casual.

Amanda se siente atrapada entre el pasado y el presente, con el peso de la historia sin resolver presionándola. "Bien", dice, un poco demasiado alegre. "Jack, este es Bryce. Un viejo... amigo".

El silencio cargado de testosterona que sigue podría dar energía a una pequeña ciudad.

Esa misma semana, la recaudación de fondos anual de Benson Ridge "Salvar a las salamandras" transforma la plaza del pueblo en una bulliciosa feria. Jack y Amanda se encargan de la caseta "Dunk-an-NHL-Star" y sus risas dominan el bullicio festivo.

"Todavía no puedo creer que aceptaras esto", dice Amanda, riendo y ajustando el ridículo sombrero de salamandra de espuma de Jack.

Jack sonríe y adopta una pose heroica en la plataforma del tanque. "¿Qué puedo decir? Me encantan los anfibios en apuros".

Sus bromas atraen a un flujo constante de clientes, deseosos de probar suerte con el famoso residente de la ciudad. Los niños chillan de alegría cada vez que Jack se zambulle en el agua, de la que sale con un exagerado chisporroteo y una charla de mal gusto.

Desde el otro lado de la plaza, la alcaldesa Phillips observa la escena con el ceño fruncido. Observa cómo Jack ayuda a Amanda a subir a la plataforma y sus manos se detienen demasiado tiempo. Los labios de la alcaldesa se fruncen, los engranajes mentales giran mientras calcula las posibles consecuencias de este incipiente lo-que-sea.

Cuando la recaudación de fondos llega a su fin, Jack y Amanda se encuentran caminando por el perímetro de la pista vacía, rozándose los hombros a la luz de la luna que entra por las altas ventanas.

"Todavía no me puedo creer que hablaras mal del pequeño Timmy después de que te mojara", dice Amanda riendo entre dientes.

Jack finge ofenderse. "Oye, ese chico tiene un brazo como un cañón. Estaba defendiendo mi honor".

Sus risas resuenan en las paredes, llenando de calidez el espacio cavernoso. A medida que se desvanece, un silencio confortable se instala entre ellos.

"Entonces," Jack se aventura, su tono cuidadosamente neutral. "Ese tipo Bryce. Es el ex, ¿verdad? El que..."

"¿Se fue a pastos más verdes?" Amanda termina, su sonrisa se vuelve melancólica. "Sí, es él".

Jack asiente, procesando. "Y ahora ha vuelto".

"Eso parece".

Siguen caminando, ensimismados. Sus manos se acercan, rozando sus nudillos a cada paso. El roce accidental provoca una sacudida en ambos.

Hacen una pausa y el aire se llena de posibilidades. Jack se vuelve hacia Amanda, con una expresión inusualmente vulnerable. Ella lo mira, con el pulso acelerado.

Por un instante, el resto del mundo se desvanece. Sólo están Jack y Amanda, de pie en el precipicio de algo nuevo, estimulante y aterrador.

El sonido de un portazo resuena en la pista, rompiendo el momento. Se separan de repente, conscientes de lo que les rodea.

"Probablemente debería ir a comprobarlo", dice Amanda, con la voz ligeramente ronca.

Jack asiente, pasándose una mano por el pelo. "Sí, por supuesto. ¿Te veo mañana?"

Cuando se separan, ambos muy conscientes de las cosas no dichas que hay entre ellos, el peso de las expectativas de Benson Ridge vuelve a recaer sobre sus hombros. En un pueblo pequeño donde todo el mundo conoce los asuntos de los demás, es más fácil no decir algunas cosas.

♡ Capítulo 7 ♡

El olor antiséptico del hospital Benson Ridge asalta los sentidos de Amanda cuando irrumpe por la puerta de urgencias. Su pelo, recogido apresuradamente en una coleta desordenada, se agita detrás de ella mientras corre hacia el mostrador de recepción.

"Bill Perkins", jadea, con los nudillos blancos sobre el mostrador. "¿Dónde está?"

Una enfermera comprensiva la guía por un pasillo estéril. El corazón de Amanda late a un ritmo frenético, al mismo ritmo que sus apresurados pasos sobre el suelo de linóleo.

Se detiene en la puerta de la habitación 204 y se arma de valor antes de empujar la puerta. La visión que la recibe casi la hace caer de rodillas.

Bill Perkins, la presencia más grande que la vida que siempre ha sido su roca, yace pálido e inmóvil contra unas sábanas blancas. Tubos y cables serpentean a su alrededor, con el pitido constante de los monitores como lúgubre banda sonora.

"¿Papá?" La voz de Amanda se quiebra al acercarse a la cama.

Bill abre los ojos y una débil sonrisa se dibuja en sus labios. "Hola, chaval", ronca. "Supongo que debería haber dejado esos perros con chile, ¿eh?"

Amanda suelta una carcajada que se acerca peligrosamente a un sollozo y agarra la mano de su padre. La siente más pequeña y frágil de lo que recordaba.

Mientras tanto, en la pista de patinaje de Benson Ridge, Jack Hamilton frunce el ceño al comprobar su reloj por tercera vez en otros tantos minutos. La ausencia de la meticulosa organización de Amanda es palpable, lo que altera el ritmo del día.

"¿Te has enterado?" Una voz baja viene del bar. "Bill Perkins se desmayó esta mañana. Ataque al corazón, dicen."

Jack levanta la cabeza y su cuerpo se tensa como un resorte. En un instante, las piezas encajan: la ausencia de Amanda, el malestar que invade la pista.

Sin vacilar, Jack se dirige al centro de la pista y aplaude para llamar la atención de todos. "Muy bien, amigos, hoy hay un ligero cambio de planes", anuncia, proyectando una confianza que no siente del todo. "Yo llevaré las riendas hasta nuevo aviso. Mostremos a Amanda y Bill de qué está hecho este equipo, ¿sí?".

A medida que avanza el día, Jack hace malabarismos con el entrenamiento, el mantenimiento y las tareas administrativas con una destreza sorprendente. Su experiencia en la NHL en situaciones de alta presión le sirve de mucho, aunque lo cambiaría todo por la presencia estable de Amanda.

El sol está bajo en el cielo cuando Amanda regresa por fin, con los hombros caídos por el peso

de la preocupación y el cansancio. Atraviesa las puertas de la pista, preparándose para el caos que espera encontrar.

En su lugar, la recibe Jack Hamilton, con las mangas arremangadas y el pelo despeinado, maniobrando con pericia el Zamboni sobre el hielo. Él la ve de inmediato y sus facciones se llenan de alivio.

Jack apaga el motor y baja de un salto, cruzando la distancia que los separa a grandes zancadas. Sin mediar palabra, la atrae hacia sí en un abrazo. Momentos después, la mantiene a distancia.

Sus miradas se cruzan y, en ese instante, mil palabras tácitas se cruzan entre ellos. Preocupación, gratitud y algo más profundo, algo que ninguno de los dos está preparado para nombrar, crepitan en el aire.

"¿Cómo está?" pregunta Jack suavemente, guiando a Amanda hacia el despacho con una mano suave en la parte baja de su espalda.

Amanda respira entrecortadamente. "Estable, por ahora. Lo tienen en observación, pero...". Se interrumpe, la magnitud de la situación amenaza con abrumarla.

Jack asiente, con la comprensión escrita en las líneas de su rostro. "¿Qué puedo hacer?"

La simple pregunta, cargada de sinceridad, casi la deshace. Amanda pestañea y gesticula vagamente alrededor de la pista. "Ya has hecho tanto. No sé cómo agradecértelo".

Una sonrisa irónica se dibuja en los labios de Jack. "Bueno, aún no he quemado el lugar, así que estamos en paz".

A pesar de todo, Amanda se ríe. El nudo de tensión en su pecho se afloja, sólo un poco.

En el despacho desordenado de Bill, Amanda y Jack se apiñan sobre pilas de registros financieros. La gravedad de la situación flota en el aire mientras revisan años de recibos y libros de contabilidad.

"Mira esto", dice Jack, señalando una columna de cifras. "Estos costes de equipamiento parecen inflados. Y aquí las primas del seguro son mucho más altas de lo que deberían ser para una pista de este tamaño".

Amanda parpadea, sorprendida. "¿Cómo sabes todo esto?"

Jack se encoge de hombros, aflorando un atisbo de su antigua arrogancia. "Se aprenden algunas cosas negociando contratos de la NHL. Además, puede que haya tomado algunas clases de negocios fuera de temporada".

A medida que profundizan en los libros, empieza a emerger un panorama sombrío. La situación financiera de la pista de patinaje es mucho más precaria de lo que Amanda creía, y está al borde de la insolvencia.

"Oh, papá", susurra Amanda, pasándose una mano por el pelo. "¿Por qué no me dijiste que era tan malo?"

Jack le pone una mano reconfortante en el hombro. "Oye, ya lo solucionaremos. Tengo algunas ideas que podrían ayudar a recortar gastos, y tal vez podamos aumentar los ingresos con algunos eventos especiales."

El peso de la realidad financiera de la pista de patinaje es finalmente demasiado para Amanda. Su fachada cuidadosamente construida se desmorona, sus hombros tiemblan con sollozos silenciosos. "No puedo perder este lugar, Jack", se atraganta. "No es sólo un negocio, lo es todo. Toda la vida de papá está en estas paredes. Si dejo que fracase, lo estaré defraudando. Estaré defraudando a todos".

Jack se queda paralizado por la emoción que desprende la serena Amanda. Vacilante, extiende la mano y le da una torpe palmada en el hombro. "Oye, está bien. Bueno, no está bien, pero lo resolveremos..."

Su torpe intento de consolarla sólo parece intensificar la crisis de Amanda. Actuando por instinto, Jack la estrecha suavemente entre sus brazos. Amanda se pone rígida por un momento antes de derretirse en el abrazo, sus lágrimas empapando su camisa.

"No estás sola en esto", murmura Jack, apoyando la barbilla en la cabeza de ella. "Puedo ser un jugador de hockey fracasado, pero tengo algunos trucos bajo la manga. Vamos a salvar esta pista, Perkins. Te lo prometo".

Las horas se confunden en una tormenta de ideas que se alarga hasta la noche. Hay tazas de café vacías en el escritorio y papeles arrugados en la papelería. Jack y Amanda se apiñan sobre un cuaderno gastado, tocándose los hombros mientras garabatean ideas.

"¿Qué tal un partido de hockey benéfico?" Jack sugiere, su aliento caliente contra la mejilla de Amanda. "Podría pedir algunos favores, conseguir que vengan algunos chicos de la NHL".

Amanda asiente, hiperconsciente de su proximidad. "Eso podría funcionar. ¿Quizás combinarlo con una subasta silenciosa?"

Cuando se gira para anotar la idea, su nariz casi roza la de Jack. Se quedan inmóviles, con los ojos fijos y el aire entre ellos cargado de una posibilidad tácita. Por un instante, el mundo se reduce a ellos dos, el suave vaivén de su respiración es el único sonido de la habitación.

El hechizo se rompe con el lejano ruido de la aspiradora del conserje nocturno. Se separan de un salto, con las mejillas sonrojadas, evitando cuidadosamente mirarse.

"Así que, subasta silenciosa", dice Jack, tosiendo. "Buena idea."

Al día siguiente, Amanda vuelve al hospital, sentada al borde de la cama de su padre. Bill parece algo mejor, sus mejillas recuperan algo de color mientras Amanda le pone al día de la situación de la pista.

"...y entonces Jack sugirió un partido benéfico. Estamos pensando que tal vez podríamos involucrar a algunos negocios locales, convertirlo en un evento de toda la comunidad", termina Amanda, su mano libre gesticulando animadamente.

Los ojos de Bill brillan con una mezcla de orgullo y diversión. "Parece que Jack y tú formáis un buen equipo", dice, dándole un apretón cómplice en la mano.

Amanda siente que el calor le sube por el cuello. "Papá, no es... sólo estamos trabajando juntos para salvar la pista".

"Mhm", tararea Bill, sin molestarse en ocultar su sonrisa. "Bueno, me alegro de que tengas a alguien a tu lado. Jack es un buen hombre, Amanda. No dejes que tus viejas reglas te impidan verlo".

Antes de que Amanda pueda balbucear una respuesta, una enfermera entra y la despide para llevarla a las pruebas vespertinas de Bill. Amanda besa la mejilla de su padre y su mente se llena de implicaciones mientras regresa a la pista de patinaje.

El sonido del metal al chocar y las maldiciones ahogadas saludan a Amanda cuando cruza las puertas de la pista. Sigue la conmoción hasta el garaje Zamboni, donde se encuentra con una visión que la detiene en seco.

Jack Hamilton, ex superestrella de la NHL, yace semienterrado bajo la vieja Zamboni. Sus vaqueros de diseño están manchados de grasa, con una llave inglesa en una mano mientras lucha con un perno especialmente testarudo. Una mancha de aceite estropea su cincelada mandíbula y su pelo, normalmente perfectamente peinado, es un desastre.

"Vamos, montón de cascarrabias... Oh, hola Perkins", dice Jack, notando su presencia. Sale de debajo de la máquina con una sonrisa ladeada. "Sólo estoy poniendo a punto a nuestro viejo amigo. Creo que podemos ahorrar algo de dinero si me encargo yo mismo del mantenimiento".

Amanda parpadea, asimilando la escena que tiene ante sí. Esto dista mucho del hombre pulido y algo arrogante que llegó a la ciudad. Hay algo innegablemente atractivo en esta versión de Jack: con las mangas arremangadas, las manos sucias y totalmente comprometido a salvar la pista de patinaje de su familia.

"No sabía que tuvieras inclinaciones mecánicas", se las arregla, tratando de ignorar la forma en que su corazón salta al ver su sonrisa fácil.

Jack se encoge de hombros y se limpia las manos con un trapo. "Crecí trabajando en coches con mi padre. Resulta que un Zamboni no es tan diferente de un Chevy del 67, sólo mucho más frío".

Cuando Jack se vuelve hacia el Zamboni y le explica las reparaciones que está haciendo, Amanda se da cuenta de que lo ve bajo una luz totalmente nueva. Los muros que tan cuidadosamente había construido alrededor de su corazón comienzan a desmoronarse, al igual que las defensas financieras de la pista de patinaje.

Le observa trabajar y siente un calor en el pecho que no tiene nada que ver con la mala

ventilación del garaje. Por primera vez desde el colapso de su padre, Amanda se permite albergar esperanzas, no sólo por el futuro de la pista de patinaje, sino por la posibilidad de algo que había descartado hacía tiempo.

Días después, se presentan ante el ayuntamiento armados con carpetas de colores y determinación. Jack esboza su plan para un partido benéfico, desplegando todo su carisma natural.

"Y con la subasta silenciosa", Amanda retoma suavemente donde Jack lo dejó, "proyectamos unos ingresos potenciales de..."

"Al menos el doble de nuestros ingresos mensuales actuales", termina Jack, mostrando a Amanda una rápida sonrisa.

La alcaldesa Phillips observa desde su asiento elevado, con los ojos entrecerrados, su fluido vaivén. La fácil sincronización entre la estrella de la NHL y la chica de oro de Benson Ridge suscita murmullos en la cámara.

Mientras el consejo delibera, Amanda y Jack intercambian una mirada cargada de cautelosa esperanza. Pase lo que pase, están juntos en esto.

Horas después, cruzan las puertas de la pista de patinaje, exhaustos pero triunfantes. El Consejo ha aprobado sus planes, aunque con algunas condiciones.

"Todavía no puedo creer que consiguieras encandilar al viejo Jenkins", dice Amanda, sacudiendo la cabeza con asombro. "Pensé que se iba a quemar cuando mencionaste usar su preciado barco de pesca para la subasta".

Jack se ríe entre dientes. "¿Qué puedo decir? Se me dan bien los viejos cascarrabias. Debe ser todo ese tiempo pasado con entrenadores de la NHL".

Se detienen en el centro de la pista y de repente son conscientes del vacío que les rodea. En la penumbra que se filtra por las altas ventanas, la pista adquiere un aspecto casi etéreo.

Amanda se vuelve hacia Jack, con palabras de agradecimiento en los labios, pero la intensidad de su mirada la deja sin aliento. Están muy cerca, demasiado cerca para poder negarlo, demasiado lejos para lo que ambos desean en el fondo.

"Amanda", murmura Jack, su voz baja y áspera. "I-"

El aire cruje entre ellos, años de muros cuidadosamente contruidos se desmoronan en un instante. Los ojos de Amanda se desvían hacia los labios de Jack y luego vuelven a sus ojos. Se inclinan hacia él, atraídos como imanes, el resto del mundo se desvanece.

Sus labios están a un suspiro de distancia cuando las puertas se abren de golpe con un estruendo que resuena como un disparo.

"Vaya, vaya, vaya", la voz del alcalde Phillips atraviesa el momento como una cuchilla. "¿No es

esto acogedor?"

Jack y Amanda se separan como electrocutados. Las mejillas de Amanda se inflaman mientras Jack desarrolla de repente un intenso interés por sus skatelaces.

La alcaldesa se acerca dando zancadas, con sus tacones repiqueteando ominosamente sobre el cemento. "No recuerdo que las 'citas fuera de horario' formaran parte del plan de recaudación de fondos aprobado", dice arqueando una ceja.

"Alcalde Phillips", Amanda logra, su voz sólo ligeramente estrangulada. "Estábamos discutiendo la logística."

"¿Y supongo que esa logística requería una consulta tan estrecha?", afirma el alcalde, claramente poco convencido.

Jack se aclara la garganta y finalmente se encuentra con la férrea mirada del alcalde. "¿Hay algo en lo que podamos ayudarle, alcalde? Es bastante tarde para una visita social".

Los labios del alcalde Phillips se afinan en una línea de desaprobación. "En efecto. Quería una actualización de la situación del patrocinio. El consejo está preocupado por la viabilidad de sus planes".

Cuando Amanda se lanza a hacer un detallado resumen de sus progresos, evitando deliberadamente los ojos de Jack, la cargada atmósfera se disipa. Pero el recuerdo de lo que estuvo a punto de ocurrir persiste, un tentador atisbo de posibilidad que ninguno de los dos puede eludir.

La alcaldesa escucha, con la mirada fija en Jack y Amanda. Lo que ve, o cree ver, no encaja con su visión de Benson Ridge.

Al final de la improvisada reunión, una cosa queda muy clara: el camino a seguir para Jack, Amanda y la pista de patinaje se acaba de complicar.

♡ Capítulo 8 ♡

La oficina de la pista de hielo de Benson Ridge parece una sala de guerra en plena sesión de estrategia cargada de cafeína. Amanda se inclina sobre un cuaderno y su bolígrafo vuela por la página con una intensidad maníaca. Frente a ella, Jack camina como un tigre enjaulado, gesticulando enloquecidamente mientras desgrana ideas.

"¿Qué tal un concurso de tarta en la cara?". sugiere Jack, evitando por los pelos una torre de carpetas apiladas precariamente. "Apuesto a que la gente pagaría un buen dinero por romperle un pastel en la cara al chico malo de NHL residente en la ciudad.

Amanda resopla, sin levantar la vista de sus frenéticos garabatos. "Por muy divertida que sea esa imagen mental, Hamilton, no estoy segura de que cubra nuestros impuestos de propiedad".

Jack se pasa una mano por el pelo, dejándoselo recogido en ángulos extraños. "Buen punto. Vale, ¿qué tal si...?"

"¡Una subasta benéfica!" Exclaman al unísono, los ojos se encuentran en un momento de perfecta sincronización. "¿Quizá también un lavado de coches o una venta de pasteles?". Amanda añade.

Días después, se presentan ante el consejo municipal armados con carpetas codificadas por colores y una férrea determinación. Jack se muestra encantador, su sonrisa fácil y su humor autocrítico suavizan incluso el ceño perpetuo del concejal Edwards.

Amanda, normalmente tan serena, habla con cruda pasión de la importancia de la pista de patinaje para Benson Ridge. "No se trata sólo de salvar un negocio", implora, con la voz cargada de emoción. "Se trata de preservar el corazón de nuestra comunidad".

Mientras el consejo delibera, la alcaldesa Phillips clava su mirada en Jack y Amanda. Sus labios se fruncen, claramente en conflicto entre el innegable mérito de sus propuestas y su persistente sospecha de la influencia de la estrella de la NHL.

Finalmente, con un fuerte suspiro, el alcalde asiente. "Muy bien. Se aprueban sus planes de recaudación de fondos. Pero", añade, fulminándoles con la mirada, "vigilaré de cerca las cosas".

La recaudación de fondos para el lavado de coches transforma el aparcamiento de la pista en un espectáculo espumoso. Jack, en un momento de brillantez comercial (o de descarada autopromoción, según a quién preguntes), se deshace de su camisa. El resultado es una afluencia de clientes que no tiene nada que ver con parabrisas sucios.

Amanda se obliga a concentrarse en el portapapeles que tiene en las manos, el peso familiar de la responsabilidad es una distracción bienvenida ante la visión de Jack, su imagen pulida habitual sustituida por una versión desaliñada y salpicada de agua que está resultando demasiado atractiva.

"¿Ves algo que te guste, Perkins?", bromea, flexionando exageradamente.

A Amanda le arden las mejillas. Abre la boca para replicar, pero se ve interrumpida por un escuadrón de adolescentes que ríen a carcajadas, provistas de esponjas y de una adoración apenas disimulada.

"Salvado por tu club de fans", murmura Amanda, ignorando la inexplicable punzada que siente en el pecho mientras Jack es arrastrado por una marea de admiradoras con ojos de estrella.

La venta de pasteles trae otro tipo de caos a la pista. Las mesas gimen bajo el peso de tartas, galletas y un número alarmante de ensaladas de gelatina (una especialidad de Benson Ridge de dudoso mérito culinario).

Amanda observa la escena con satisfacción hasta que su mirada se posa en Jack. Está de pie ante una bandeja de magdalenas desnudas, blandiendo una manga pastelera como un arma de destrucción masiva. El glaseado salpica su camisa, la encimera y, de algún modo, su ceja izquierda.

"¡Hamilton!" Amanda se acerca, dividida entre la exasperación y la diversión. "¿Qué te han hecho esas pobres magdalenas?"

Jack ofrece una sonrisa tímida. "¿Ellos empezaron?"

Amanda puso los ojos en blanco y le quitó la manga pastelera de las manos. "Déjame enseñarte. Está todo en la muñeca".

Hace una demostración, creando un remolino perfecto sobre una magdalena. Jack la observa atentamente, con el ceño fruncido por la concentración. Cuando llega su turno, Amanda le cubre la mano, guiándole en el movimiento.

El tiempo parece ir más despacio. Amanda nota el calor de Jack en su espalda, la ligera aspereza de sus dedos bajo los suyos. Levanta la vista y encuentra su mirada en el reflejo de la vitrina. La intensidad que encuentra allí le roba el aliento.

Un estruendo procedente de la cocina rompe el momento. Se separan de repente, fascinados por la simetría de las magdalenas y la consistencia del glaseado.

"Bueno", empieza Jack. Se aclara la garganta, haciendo un gesto a su creación moderadamente menos desastrosa. "Creo que le he cogido el truco. Gracias, entrenador".

Amanda asiente, deseando que su ritmo cardíaco vuelva a la normalidad. "Cuando quieras. Pero tal vez nos limitemos al hockey, ¿sí? Por el bien de la glucemia colectiva de Benson Ridge".

Mientras Jack se ríe y vuelve a su carnicería de magdalenas, Amanda se permite una pequeña sonrisa. Quién habría pensado que Jack "El Martillo" Hamilton, el extraordinario chico malo de NHL, se desharía por un glaseado de crema de mantequilla?

Y lo que es más importante, ¿quién iba a pensar que ella, Amanda "No Hockey Players" Perkins,

lo encontraría tan entrañable?

El equipo juvenil de hockey de Benson Ridge salta a la pista, con unos movimientos más seguros y coordinados que nunca. El entrenador, James Miller, está de pie junto al tablero, con los brazos cruzados y una sonrisa en la comisura de su boca, habitualmente severa.

"Muy bien, Hawkins", dice James. "Muéstranos ese slapshot en el que hemos estado trabajando."

Tommy Hawkins, que antes era el jugador más indeciso del equipo, cuadra los hombros con una nueva determinación. Se levanta, en perfecta forma, y deja volar el disco. El disco vuela por el aire, un borrón negro sobre el hielo blanco, y encuentra su marca en la esquina superior de la red con un golpe satisfactorio.

La pista estalla en vítores. Los compañeros de Tommy se arremolinan en torno a él, alborotándole el pelo y golpeándole la espalda. El entrenador Miller deja aflorar su sonrisa y asiente con la cabeza.

Desde su posición cerca del área de penalti, Jack y Amanda intercambian una mirada de orgullo compartido.

"Mira eso", murmura Jack, con voz cálida de admiración. "El chico tiene un cañón".

Amanda choca su hombro contra el suyo. "Casi como si tuviera un entrenador bastante decente o algo así".

La sonrisa de Jack se ensancha. "O algo así", asiente, sin apartar los ojos del equipo que celebra. Hay una suavidad en su expresión que hace que el corazón de Amanda dé un vuelco peculiar.

Al final del entrenamiento, el entrenador Miller se acerca a ellos. "Tengo que reconocerlo, Hamilton", dice bruscamente. "Tus métodos pueden ser poco ortodoxos, pero están dando resultados".

Jack enarca las cejas con fingida sorpresa. "¿Ha sido un cumplido, entrenador? ¿Debería alertar a los medios?"

Miller pone los ojos en blanco, pero no lo hace de forma acalorada. "No te pases, pez gordo. Sigue trabajando así".

Mientras Miller se aleja, Jack se vuelve hacia Amanda con una sonrisa que sólo puede describirse como de vértigo. "¿Lo has oído? Ha dicho que estoy haciendo un buen trabajo".

Amanda se ríe, el sonido ligero y desprevenido. "Cuidado, Hamilton. Si tu cabeza crece más, no cabrás por la puerta".

Esa misma noche, mucho después de que se haya ido el último cliente, Jack y Amanda se refugian en la oficina. Hojas de cálculo y folletos promocionales llenan todas las superficies disponibles. El calendario de pared es un laberinto de notas adhesivas codificadas por colores, cada una de las cuales representa otro evento de recaudación de fondos o reunión de patrocinio.

Amanda se desploma en su silla, frotándose las sienes. "Si miro una proyección presupuestaria más, creo que se me van a salir los ojos de la cabeza".

Jack se estira, su espina dorsal crujendo audiblemente. "Bueno, no podemos tener eso. Esos azules de bebé son una de tus mejores características".

Amanda levanta la cabeza, con una réplica en los labios, pero Jack ya está de pie. "Vamos, Perkins. Necesitamos un descanso".

Antes de que ella pueda protestar, él la empuja hacia la pista. Pronto se atan los patines y la rutina familiar calma sus nervios.

En el momento en que sus cuchillas tocan el hielo, se produce una transformación. El peso de las hojas de cálculo y las reuniones de patrocinadores desaparece, sustituido por la simple alegría del movimiento. Se deslizan una al lado de la otra, entrando en un ritmo fácil.

"¿Correrte hasta el otro extremo?" Jack desafía, con un brillo travieso en los ojos.

Amanda sonríe, y ya se pone en posición de salida. "Te toca, Hamilton. El perdedor paga el café durante una semana".

Salen disparadas, con el espíritu competitivo a flor de piel. La técnica de Amanda es impecable, cada empujón preciso y eficiente. Pero la potencia bruta y la zancada más larga de Jack le dan ventaja.

Van codo con codo mientras se acercan a las tablas del fondo. En el último segundo, Jack estira la mano y roza el brazo de Amanda. El leve contacto es suficiente para desequilibrarla. Se tambalea y sus brazos se mueven cómicamente.

Jack aprovecha su oportunidad y cruza la línea de meta imaginaria con un pelo de ventaja. Se gira, dispuesto a regodearse, sólo para ver que Amanda sigue luchando por recuperar el equilibrio. Sin pensárselo, la coge por la cintura justo cuando empieza a caer.

El tiempo parece ralentizarse mientras permanecen allí, apretados, con las manos de Amanda agarrando los bíceps de Jack. Sus alientos se mezclan en el aire frío, creando pequeñas bocanadas de vapor entre ellos.

"Creo que esa es mi raza", dice Jack en voz baja, sin hacer ningún movimiento para soltarla.

Amanda levanta la vista hacia él, sus ojos brillan con una mezcla de fastidio y algo más profundo. "Hiciste trampa", le reprocha, pero no hay ira en su tono.

"Todo vale en el amor y en el hockey", bromea Jack, y su sonrisa se suaviza hasta convertirse en algo más genuino.

El momento se alarga, cargado de posibilidades. Luego, como de mutuo acuerdo, ambos retroceden, aclarándose la garganta con torpeza.

"¿Los dos mejores de tres?" Amanda sugiere, sus mejillas sonrojadas por algo más que el esfuerzo.

La sonrisa de Jack es a partes iguales de alivio y decepción. "Te toca, Perkins".

Sus risas resuenan en las gradas vacías mientras corren una y otra vez, y el estrés del día desaparece con cada vuelta.

A la mañana siguiente, parpadean bajo los focos de las cámaras. Un equipo de periodistas locales se ha instalado frente a la pista de patinaje, ansiosos por cubrir la historia de la lucha por la supervivencia de una pista de hielo de un pequeño pueblo.

"Díganos", le pregunta la periodista, "¿cómo surgió esta insólita asociación?"

Jack y Amanda intercambian una mirada, semanas de intensa colaboración pasan entre ellos en un instante.

"Bueno", empieza Amanda, "todo empezó cuando un jugador de la NHL se presentó a su servicio comunitario..."

"-y conocí al director de pista más testarudo y apasionado a este lado de la frontera canadiense", termina Jack, con un tono cálido de afecto.

La periodista levanta una ceja, claramente interesada. "Parece que formáis un buen equipo. ¿Salen chispas del hielo?"

Amanda balbucea, mientras la sonrisa fácil de Jack vacila por un momento. "Estamos centrados en salvar la pista", dice Amanda, ignorando el calor que le sube por el cuello.

"Exacto", asiente Jack, quizá demasiado rápido. "Se trata de la comunidad, ¿sabes? Unir a la gente, preservar las tradiciones..."

A medida que van terminando las frases del otro, la periodista sonríe cada vez más. Para cuando las cámaras dejan de grabar, está claro que la historia que va a contar tiene muy poco que ver con las métricas de recaudación de fondos.

Días después, Amanda y Jack se encuentran en la sala de conferencias de la startup tecnológica de más éxito de Benson Ridge. El posible patrocinio podría hacer o deshacer toda su campaña.

Mientras el director general habla sin parar de sinergias de marca y penetración en el mercado, Amanda siente que su confianza flaquea. Las cifras que le piden son asombrosas, mucho más de lo que había imaginado.

Debajo de la mesa, oculta a la vista, siente una cálida presión en la mano. Los dedos de Jack se entrelazan con los suyos, dándole un apretón tranquilizador. El contacto le produce una sacudida, como la electricidad estática, pero infinitamente más agradable.

Amanda echa un vistazo a Jack. Está concentrado en el director general, asintiendo con la cabeza

y haciendo preguntas perspicaces. Pero su pulgar traza pequeños círculos en el dorso de la mano de ella, un mensaje silencioso de apoyo.

El contacto se prolonga más de lo necesario, ya que ninguno de los dos está dispuesto a romper la conexión. Cuando por fin se separan, Amanda echa de menos el calor.

Cuando salen de la reunión, con un acuerdo tentativo asegurado, Amanda choca su hombro contra el de Jack. "Gracias", dice en voz baja. "Por... ya sabes".

La sonrisa de Jack es amable y comprensiva. "Cuando quieras, Perkins. Estamos juntos en esto, ¿recuerdas?"

Las palabras resuenan en la mente de Amanda mucho después de que se hayan separado. Estamos juntos en esto. De alguna manera, sin que ella se diera cuenta, Jack Hamilton se ha convertido en una parte integral de su mundo. La idea debería aterrorizarla, pero en su lugar, la llena de un calor que no tiene nada que ver con el calor del verano.

Mientras abre las puertas de la pista y se prepara para otra larga noche de planificación y cálculos, Amanda sonríe. Sean cuales sean los retos del mañana, sabe que no los afrontará sola.

A finales de semana, el partido del equipo juvenil está a punto de terminar. Suena el pitido final, resonando en la pista de hielo de Benson Ridge. Durante un instante reina el silencio. Después, estalla el pandemónium.

El equipo juvenil entra en el hielo, una maraña de extremidades agitadas y gritos de júbilo. Lo han conseguido: su primera victoria de la temporada, un reñido 3-2 contra sus rivales del otro lado de la ciudad.

Jack salta por encima de las tablas, abandonando su gracia habitual en favor de una alegría pura y desenfrenada. Es arrastrado a la celebración, desapareciendo momentáneamente bajo una pila de pequeños jugadores de hockey.

Cuando sale, sus ojos buscan inmediatamente a Amanda. Ella está de pie al borde de la pista, su rostro es un lienzo de emociones contradictorias: orgullo, excitación y algo más profundo, más vulnerable.

Sin pensárselo, Jack patina hacia ella. En un movimiento fluido, le rodea la cintura con los brazos y la levanta de los pies, haciendo girar a ambos en un círculo vertiginoso.

Amanda suelta una carcajada sorprendida y sus manos se agarran instintivamente a los hombros de Jack para mantener el equilibrio.

Cuando Jack la deja en el suelo, ambos se congelan, conscientes de repente de su proximidad. Las manos de Amanda permanecen sobre los hombros de Jack, los brazos de él siguen rodeando su cintura. Sus caras están a escasos centímetros, lo bastante cerca como para sentir el calor del aliento del otro.

El tiempo parece ralentizarse, la cacofonía de la celebración se desvanece en un zumbido

distante. Los ojos de Jack se desvían hacia los labios de Amanda y luego vuelven a sus ojos. Amanda se queda sin aliento.

El momento se alarga, tenso de posibilidades. Entonces, como si salieran de un trance, ambos dan un paso atrás. Amanda se inclina para recoger su portapapeles, con las mejillas sonrojadas. Jack se pasa una mano por el pelo, mirando a cualquier parte menos a ella.

"Deberíamos... ir a felicitar al equipo", se las arregla Amanda, con la voz ligeramente entrecortada.

Jack asiente, agradecido por la distracción. "Sí. Sí. El equipo. Buena idea".

Mientras patinan hacia los jugadores que celebran el gol, ambos se miran cuando creen que no les van a pillar. La electricidad de ese casi momento persiste, como una promesa de algo más que se cuece a fuego lento bajo la superficie.

Días después, Jack y Amanda se encuentran atrincherados en la oficina de la pista, rodeados por una fortaleza de papeleo. El partido de hockey benéfico se vislumbra en el horizonte, y cada hora que pasa trae nuevas pesadillas logísticas.

"Vale", dice Amanda con un suspiro, masajeándose las sienes. "Así que tenemos el tiempo de hielo asegurado, los ex alumnos de la NHL confirmados, y los artículos de la subasta silenciosa ordenados. ¿Qué nos falta?"

Jack frunce el ceño ante su lista de tareas, ahora con más elementos tachados que texto legible. "Uh... ¿nuestra cordura?"

Amanda gime, desplomándose hacia delante para apoyar la frente en el escritorio. "No me tientes, Hamilton. Estoy así de cerca de sugerir que finjamos nuestras propias muertes y huyamos a Tahití".

Los ojos de Jack se iluminan con repentina picardía. Alcanza su teléfono, golpeando la pantalla con exagerado sigilo.

"¿Qué estás haciendo?" Amanda pregunta, sospecha coloreando su tono.

Los primeros acordes de una alegre canción pop llenan la estrecha oficina. Jack se levanta y extiende la mano con una floritura. "Nosotros, la Sra. Perkins, estamos teniendo un descanso de baile."

Amanda mira fijamente su mano extendida como si fuera a morderla. "¿Has perdido completamente la cabeza?"

"Probablemente". Jack sonríe. "Vamos, vive un poco. Órdenes del médico".

Antes de que ella pueda protestar, Jack la coge de la mano y la pone en pie. La hace girar en un torpe círculo y casi los hace estrellarse contra el archivador.

La risa de Amanda, sorprendida y genuina, se mezcla con la música metálica. "Eres ridículo", dice.

Bailan -si es que se puede llamar "bailar" a sus sacudidas descoordinadas- por la pequeña oficina. Jack intenta una ambiciosa zambullida que termina con Amanda agarrándose a su camisa para evitar caerse. Se ríen a carcajadas y los brazos de Jack rodean instintivamente la cintura de Amanda para estabilizarla.

A medida que la canción se desvanece, se encuentran balanceándose suavemente, aún envueltos en los brazos del otro. El ambiente lúdico cambia, cargado de algo más profundo, más intenso.

Amanda levanta la vista y se encuentra con la mirada de Jack. La risa se apaga en sus labios al ver la calidez y el anhelo en sus ojos. Es un espejo de todo lo que se ha esforzado por ignorar.

La música metálica del teléfono de Jack cambia a una melodía más lenta. Ninguno de los dos se mueve para cambiarla. En lugar de eso, continúan su suave vaivén, perdidos en el momento y el uno en el otro.

Una semana después, tras un día especialmente duro de llamadas para recaudar fondos y tensas reuniones con posibles patrocinadores, Jack y Amanda se desploman contra las tablas de la pista. La superficie fría es un bálsamo para sus músculos doloridos y sus nervios crispados.

"Creo que me sangran los oídos de tantas conferencias telefónicas", gime Jack, echando la cabeza hacia atrás para mirar las vigas.

Amanda emite un sonido sin compromiso, demasiado cansada para las palabras. Tiene los ojos cerrados y unas ojeras prominentes sobre su piel pálida.

Jack se vuelve para mirarla, con la preocupación grabada en las líneas de su rostro. Un mechón de pelo se ha escapado de la impecable coleta de Amanda y le cae por la mejilla. Sin pensárselo, Jack estira la mano y le pasa el mechón por detrás de la oreja.

Los ojos de Amanda se abren al contacto. Encuentra a Jack mirándola, con una expresión tan tierna que la deja sin aliento.

"Jack", susurra, su voz apenas audible.

El uso de su nombre de pila, tan poco frecuente en los labios de ella, parece desatar algo en ambos. El aire entre ellos crepita de tensión, semanas de emociones reprimidas salen a la superficie.

Es imposible decir quién se mueve primero. En un momento se miran fijamente, al borde de algo monumental. Al siguiente, sus labios se encuentran en un beso que es a partes iguales desesperación y anhelo.

La mano de Jack acaricia la mejilla de Amanda y su pulgar traza suaves círculos sobre su piel. Los dedos de Amanda se enredan en la tela de la camisa de Jack, tirando de él más cerca.

Semanas de tensión, de límites cuidadosamente mantenidos, se desvanecen en un instante. El beso se hace más profundo, apasionado y hambriento, como si quisieran recuperar el tiempo perdido.

Cuando por fin se separan, ambos se quedan sin aliento. Se miran fijamente, con los ojos muy abiertos, y la magnitud de lo que acaba de ocurrir se asienta sobre ellos como un peso físico.

"Yo... vaya", consigue Jack, su elocuencia habitual le abandona.

Amanda asiente, igualmente aturdida. "Sí. Guau".

Permanecen cerca, con las frentes casi tocándose, ninguno de los dos dispuesto a romper el hechizo. Las implicaciones de sus acciones flotan en el aire entre ellos: las líneas cruzadas, las reglas rotas, la posibilidad de un desengaño amoroso y de algo hermoso.

La pista vacía es testigo mudo de este momento crucial, el hielo reluciente es un lienzo en blanco listo para cualquier historia que decidan escribir a continuación.

♡ Capítulo 9 ♡

La oficina de la pista de hielo de Benson Ridge está bañada por el suave resplandor de la luz de primera hora de la mañana, con las motas de polvo bailando en el aire como diminutas figuras de patinaje sin rumbo. Amanda Perkins permanece inmóvil, con la mirada fija en una fotografía descolorida entre el desorden de su escritorio.

En la imagen, una versión más joven de sí misma mira a la cámara, acurrucada entre sus padres. El orgullo de su padre es evidente, rodeando a su familia con el brazo. Pero es el rostro de su madre el que atrae la atención de Amanda: la sonrisa brillante que nunca llega a sus ojos, la sutil tensión de su postura. Signos que Amanda, de niña, había sido demasiado ingenua para reconocer.

Los dedos de Amanda trazan el contorno del rostro de su madre, el cristal frío bajo su tacto. Recuerda el día en que se hizo esta foto, pocas semanas antes de que su mundo se derrumbara. Antes de que su madre huyera con Sean O'Malley, el apuesto jugador de hockey que había arrasado Benson Ridge como una tormenta invernal, dejando devastación a su paso.

El dolor de esa traición, enterrado durante mucho tiempo bajo capas de determinación y muros cuidadosamente contruidos, sale a la superficie. Amanda aprieta la mandíbula y sus ojos se endurecen con determinación.

"Nunca más", susurra a la oficina vacía, con voz apenas audible. Las palabras tienen el peso de un juramento y refuerzan las reglas que ha seguido durante años. Nada de jugadores de hockey. Nada de riesgos. Nada de corazones rotos.

El sonido lejano de las puertas de la pista de patinaje al abrirse rompe la ensoñación de Amanda. Sabe sin mirar que es Jack: sus pasos, antes desconocidos, se han vuelto tan reconocibles para ella como los latidos de su propio corazón.

El pánico se apodera del pecho de Amanda al recordar los acontecimientos de la noche anterior. El beso, eléctrico y arrollador. La forma en que Jack la había mirado después, como si fuera algo precioso y aterrador a la vez. El torrente de emociones que había amenazado con barrer años de defensas cuidadosamente mantenidas.

Mete la fotografía en un cajón y lo cierra con más fuerza de la necesaria. Para cuando los pasos de Jack llegan a la puerta del despacho, Amanda ya se ha armado de valor y su expresión es una máscara de indiferencia cuidadosamente elaborada.

"¡Buenos días, Perkins!" La voz de Jack es cálida, teñida con un trasfondo de excitación. "Estaba pensando que podríamos repasar la alineación del partido benéfico y quizás coger algo..."

Amanda pasa junto a él sin decir palabra, rozándole apenas el hombro al salir del despacho. No se atreve a mirarlo, teme que una mirada a esos ojos serios pueda echar por tierra su determinación.

Las palabras de Jack mueren en sus labios, su mano extendida cae sin fuerza a su lado. La confusión nubla sus facciones, seguida rápidamente por un destello de dolor. Se queda solo en la puerta del despacho y el silencio se hace de repente opresivo.

"¿Amanda?", la sigue en su retirada, pero ya ha desaparecido al doblar la esquina.

Horas más tarde, el sonido de los patines tallando el hielo llena la pista mientras el equipo juvenil realiza sus ejercicios. Pero algo falla. El ambiente habitual de camaradería y concentración ha sido sustituido por una tensión palpable.

Jack patina de un lado a otro a lo largo de las tablas, con movimientos bruscos y agitados. Atrás queda el entrenador paciente y alentador de las últimas semanas. En su lugar hay un hombre al límite, con una frustración evidente en cada instrucción cortada y en cada suspiro exasperado.

"¡Vamos, Chen!", ladra cuando Emma falla un pase. "Hemos hablado de esto cientos de veces. ¡Concéntrate!"

Los hombros de la joven se hunden y su entusiasmo anterior se desinfla visiblemente. Sus compañeras intercambian miradas preocupadas, poco acostumbradas a esta versión de su entrenadora.

"¡Hawkins, acelera el paso!" La voz de Jack resuena en la pista. "¡Estás patinando como si tuvieras cemento en los patines!"

Tommy, que ya se esfuerza por mantener el ritmo, redobla sus esfuerzos. Su rostro es una máscara de concentración y ansiedad apenas disimulada.

Desde su posición en las gradas, Amanda observa la escena con creciente preocupación. Su intención era aprovechar el tiempo de entrenamiento para ponerse al día con el papeleo, pero es incapaz de concentrarse en otra cosa que no sea el creciente desastre en el hielo.

Ve la creciente frustración en la postura de Jack, la confusión y el dolor en los ojos de los niños. Una parte de ella quiere ir hasta allí y poner fin a todo esto. Sacudir a Jack por los hombros y exigir saber qué le pasa. Consolar a los niños y asegurarles que todo irá bien.

Pero otra parte de ella, la que aún se tambalea al recordar la traición de su madre, la retiene. Por eso, piensa con una mezcla de reivindicación y desesperación, no puede acercarse a Jack. Los jugadores de hockey son volátiles, poco fiables. Aparecen, ponen tu mundo patas arriba y te dejan para que recojas los pedazos.

Cuando Tommy tropieza durante un ejercicio especialmente difícil y casi choca contra las tablas, Amanda se levanta a medias de su asiento. Su instinto de proteger, de cuidar, lucha con su determinación de mantener la distancia.

Permanece congelada en ese estado intermedio, dividida entre la acción y la inacción, mientras la voz de Jack resuena una vez más.

"¡Eso es, Hawkins! ¡Da una vuelta y piensa si realmente estás comprometido con este equipo!"

A Tommy se le encoge la cara y se le llenan los ojos de lágrimas mientras se aleja del grupo patinando. Los otros niños lo miran alejarse, con una mezcla de simpatía y miedo en sus jóvenes rostros.

Amanda se hunde en su asiento, con el corazón oprimido. Sabe que debería intervenir, que éste no es el Jack que ha conocido en las últimas semanas. Pero intervenir significa comprometerse, y comprometerse significa arriesgar su corazón de nuevo.

A medida que la práctica continúa en espiral, Amanda se encuentra en una encrucijada. Puede aferrarse a la seguridad de sus reglas autoimpuestas, observando desde lejos cómo Jack se autodestruye y se lleva consigo la moral del equipo. O puede arriesgarse, pisar el hielo en sentido literal y figurado y enfrentarse al hombre que ha conseguido burlar sus defensas.

La decisión que tome en los próximos momentos marcará no sólo el futuro de la pista, sino el rumbo de su propio corazón. Y mientras observa a Jack, con su cara convertida en una nube de emociones, Amanda se da cuenta de que a veces los movimientos más peligrosos son los que no hacemos.

La puerta de los vestuarios se cierra de golpe, amortiguando el sonido de los patines raspando el hielo cuando los últimos miembros del equipo juvenil salen. Dentro, el aire está cargado de tensión y de un persistente olor a sudor.

El entrenador James Miller está de pie con los brazos cruzados y las cejas pobladas fruncidas en un formidable ceño. Frente a él, Jack camina como un animal enjaulado, pasándose una mano por el pelo revuelto.

"¿Qué demonios fue eso ahí fuera, Hamilton?" La voz ronca de James rompe el silencio. "Se supone que estás entrenando a estos chicos, no dirigiendo una especie de campamento de entrenamiento de la NHL".

Jack se gira hacia él, con los ojos brillantes. "Intento que den lo mejor de sí mismos. ¿No es eso lo que se supone que debe hacer un entrenador?"

"Empujarlos, sí. ¿Aplastar sus espíritus? No tanto". James da un paso más, bajando la voz. "Esto no es por los niños, ¿verdad? ¿Qué te pasa realmente?"

Por un momento, la máscara de frustración de Jack se desvanece, revelando una vulnerabilidad que pilla a James desprevenido. Pero antes de que Jack pueda responder, un grito ahogado al otro lado de la puerta llama su atención.

Se giran para ver los grandes ojos de Tommy Hawkins asomando por la rendija, detrás de él se ven otras pequeñas caras. La expresión del chico es una mezcla de miedo y decepción que golpea a Jack como un mazazo físico.

Mientras los niños se dispersan y sus preocupaciones susurradas resuenan por el pasillo, Jack se desploma en un banco cercano. "Lo he estropeado todo, ¿verdad?", dice, más para sí mismo que para James.

La expresión del entrenador mayor se suaviza ligeramente. Pone una mano en el hombro de Jack, su tacto inesperadamente suave. "La pregunta es, ¿qué vas a hacer para arreglarlo?"

Al otro lado de la ciudad, en Rosie's Diner, Amanda mira fijamente su té sin tocar, observando cómo el vapor sube en espirales perezosas. Frente a ella, Jamie Kellington espera pacientemente, con la preocupación grabada en el rostro.

"Le besé, Jamie", susurra finalmente Amanda, su voz apenas audible por encima del estrépito de los platos y las conversaciones murmuradas. "Besé a Jack, y fue... Dios, fue todo lo que temía".

Jamie cruza la mesa y aprieta la mano de Amanda. "¿Y eso es malo porque...?"

Amanda levanta la vista, sus ojos brillan con lágrimas no derramadas. "Porque no puedo volver a hacerlo. No puedo ser mi madre, tirándolo todo por la borda por un jugador de hockey que se irá cuando aparezca algo mejor".

"Oh, cariño", dice Jamie con un suspiro. "Jack no es Sean O'Malley. Y tú no eres tu madre".

Una lágrima se escapa, recorriendo la mejilla de Amanda. "Puede que no. Pero no puedo correr ese riesgo. La pista, los niños... necesitan que sea fuerte. No puedo permitirme ser vulnerable, no ahora".

Cuando Amanda rompe por fin la compostura y unos sollozos silenciosos sacuden sus hombros, Jamie se sienta al lado de su amiga. Rodea a Amanda con un brazo, ofreciéndole un apoyo silencioso mientras se desahogan años de emociones contenidas.

De vuelta a la pista, mucho después de que los últimos ecos del entrenamiento se hayan desvanecido, Jack se sienta solo en el banquillo de los jugadores. Tiene los codos apoyados en las rodillas y la cabeza entre las manos. El peso de los acontecimientos del día le presiona como una fuerza física.

El sonido de unos tacones chasqueando sobre el cemento rompe su autorrecriminación. Jack levanta la vista y ve acercarse a la alcaldesa Rhonda Phillips, con una expresión ilegible.

"¿Un día duro, Sr. Hamilton?", pregunta, con un tono aparentemente informal.

Jack se endereza, la cautela sustituye al abatimiento. "Se podría decir que sí. ¿Vienes a regodearte?"

Los labios del alcalde se crispan en lo que podría ser diversión. "Contrariamente a la creencia popular, en realidad no disfruto viendo sufrir a la gente". Se sienta en el banco a su lado y se alisa la falda. "Sin embargo, me preocupo profundamente por esta ciudad y sus habitantes".

Jack la mira con escepticismo. "¿Y supongo que piensas que soy una amenaza para eso?"

"Creo", dice Rhonda con cuidado, "que tienes el potencial de ser un gran activo para Benson Ridge. O un lastre. La pregunta es, ¿cuál eliges ser?".

Antes de que Jack pueda formular una respuesta, el alcalde se levanta. "Esta ciudad tiene una manera de cambiar a la gente, Sr. Hamilton. A veces para mejor, a veces no. Depende de usted decidir qué camino tomará".

Cuando los pasos de Rhonda se desvanecen, Jack se queda pensando en sus palabras, la pista vacía de repente se siente demasiado grande y con eco.

La noche anterior al partido del equipo juvenil, Amanda se siente atraída por la pista de patinaje, incapaz de conciliar el sueño. Cuando cruza las puertas, un sonido familiar llega a sus oídos: el rítmico roce de los patines sobre el hielo.

Sigue el ruido y encuentra a Tommy Hawkins solo en la pista, practicando tenazmente el mismo ejercicio una y otra vez. Tiene la cara pequeña y decidida, aunque puede ver el miedo y la incertidumbre en la línea tensa de sus hombros.

"¿Tommy?", le llama en voz baja, sin querer asustarle.

El chico levanta la vista, con sorpresa y una pizca de vergüenza en sus facciones. "Hola, señora Perkins. Sólo estaba practicando".

Amanda pisa el hielo y se desliza hacia él. "¿No podías dormir, eh?"

Tommy niega con la cabeza, el labio inferior le tiembla ligeramente. "¿Y si lo estropeo mañana? ¿Y si decepciono a todo el mundo?"

La vulnerabilidad de su voz llega al corazón de Amanda. Se arrodilla a su altura y le mira a los ojos. "Tommy, escúchame. No vas a defraudar a nadie. ¿Sabes por qué?"

Sacude la cabeza, con los ojos muy abiertos.

"Porque ya eres un ganador. Cada vez que pisas este hielo, cada vez que te esfuerzas al máximo, estás ganando. El marcador no importa tanto como el corazón que pones en el partido".

Mientras habla, Amanda se da cuenta de que ya no está hablando sólo con Tommy. Se está hablando a sí misma, a la niña asustada que aún vive dentro de ella, temerosa de correr riesgos.

La cara de Tommy se ilumina, una sonrisa tentativa sustituye su ceño fruncido de preocupación. "¿En serio?"

Amanda asiente, apretándole suavemente el hombro. "De verdad. Ahora, ¿qué te parece si practicamos ese ejercicio juntos un rato?"

Mientras patinan codo con codo, el corazón de Amanda se hincha de afecto por este niño tan decidido y por todos sus compañeros de equipo. Se da cuenta, con una mezcla de alegría y temor, de lo mucho que este equipo, esta familia improvisada, ha llegado a significar para ella.

A medida que la luna se eleva sobre Benson Ridge, proyectando largas sombras sobre las gradas vacías, Amanda empieza a preguntarse si, después de todo, quizá merezca la pena correr algunos

riesgos.

Llega el día del partido y la pista de hielo de Benson Ridge bulle con una energía eléctrica que no se había visto en años. Todos los asientos están llenos y los más rezagados se pelean por estar de pie junto a los tableros. El aire huele a palomitas y a expectación.

Amanda está cerca del banquillo del equipo local. Sus ojos recorren la pista, observando cada detalle, excepto la alta figura que se pasea a unos metros de distancia.

Jack, por su parte, es un manojo de energía nerviosa. Repasa mentalmente las estrategias de última hora y evita mirar a Amanda.

Cuando el árbitro pita el comienzo del partido, sus miradas se cruzan durante un fugaz segundo. La conexión es eléctrica, cargada de una mezcla de anhelo, frustración y algo más profundo que ninguno de los dos está dispuesto a nombrar. Amanda se apresura a sentarse en las gradas mientras Jack vuelve su atención al hielo.

El partido se desarrolla como un tornillo de banco que se aprieta lentamente. El equipo de Benson Ridge, a pesar de sus recientes mejoras, lucha contra sus oponentes más experimentados. Los pases salen mal, los tiros no dan en el blanco y la ventaja del equipo contrario crece sin cesar.

Jack camina detrás del banco, su resolución anterior de mantener la calma se desmorona con cada oportunidad perdida. "¡Vamos, Chen! Tienes que anticiparte al pase", grita, intentando que su voz se oiga por encima de la multitud. "¡Hawkins, mantén la cabeza alta!".

Desde su posición en las gradas, Amanda observa con creciente preocupación. Ve los hombros caídos de los jugadores, la frustración grabada en sus jóvenes rostros. Le pican los dedos por coger un silbato, por pisar el hielo y ofrecer el aliento que sabe que el equipo necesita desesperadamente.

Sin embargo, permanece clavada en su asiento, el recuerdo de su distancia autoimpuesta de Jack la mantiene en su sitio. Aun así, se inclina hacia delante, deseando en silencio que el equipo -y su entrenador- encuentren el equilibrio.

Al comienzo del último periodo, Benson Ridge va perdiendo por un solo gol. El aire de la pista está cargado de tensión, la esperanza se mezcla con el miedo a partes iguales. Jack está de pie junto a los tableros, con los nudillos blancos mientras se agarra al borde.

En un momento de frustración, se aparta del hielo y recorre con la mirada las gradas. Casi contra su voluntad, sus ojos encuentran a Amanda. Está de pie, se lleva la mano a la boca y cada línea de su cuerpo irradia preocupación por el equipo.

Sus miradas se cruzan y, en ese instante, algo cambia. Los muros que han construido, la distancia que han mantenido... todo desaparece. En su lugar hay una comprensión compartida, un reconocimiento de lo que realmente importa.

La expresión de Jack se suaviza, las duras líneas de frustración se funden en algo más cálido,

más alentador. Se vuelve hacia el banquillo y se arrodilla para estar a la altura de sus jóvenes jugadores.

"Escuchad, equipo", dice, con voz baja y firme. "Sé que estáis cansados. Sé que parece que todo va mal. Pero quiero que miréis alrededor de esta pista. Mira a toda esta gente que cree en ti. Que están aquí para apoyarte, pase lo que pase".

Los ojos de los niños se abren de par en par al ver las gradas abarrotadas, el mar de caras conocidas.

"Todos habéis trabajado muy duro para llegar hasta aquí", continúa Jack. "Y no podría estar más orgulloso de todos y cada uno de vosotros. Así que salgamos ahí fuera y demostremos a Benson Ridge de qué estamos hechos. No por el marcador, sino por amor al juego. ¿Qué decís?"

Un coro de decididos "¡Sí!" se eleva desde el banquillo. Cuando el equipo salta al hielo para disputar los últimos minutos, hay una nueva energía en sus movimientos, una chispa reavivada.

El reloj avanza y cada segundo parece una eternidad. A falta de treinta segundos, Benson Ridge se hace con la posesión del disco. Emma Chen corre por el hielo esquivando a los defensas con una elegancia inusitada.

En el último segundo, se la pasa a Tommy Hawkins, situado justo fuera del pliegue. El tiempo parece ralentizarse mientras Tommy da cuerda, con la cara convertida en una máscara de concentración.

El disco sale de su palo, un borrón negro que surca el aire. El portero contrario se lanza en plancha, estirándose en un intento desesperado por salvar el balón.

El sonido de la goma golpeando el fondo de la red queda ahogado por el ensordecedor rugido del público. Tommy permanece inmóvil durante una fracción de segundo, con la incredulidad dibujada en sus facciones. Luego es acosado por sus compañeros de equipo, cuyos gritos de júbilo llenan la pista.

En el caos de la celebración, Jack y Amanda se ven arrastrados el uno hacia el otro. Antes de que puedan pensarlo, están envueltos en un fuerte abrazo, la alegría del momento anulando todo lo demás.

Por un instante, el mundo se reduce a ellos dos. Amanda siente el sólido calor del pecho de Jack, su corazón palpita al ritmo del de ella. Jack respira el aroma familiar de su pelo y sus brazos se tensan instintivamente.

Entonces, tan rápido como empezó, el momento se rompe. Se separan de repente, conscientes de los cientos de ojos que los observan. Las mejillas de Amanda se sonrojan mientras Jack se pasa una mano por el pelo, con una expresión mezcla de euforia y confusión.

Cuando suena la chicharra final y se confirma el empate, Jack y Amanda se encuentran a pocos metros de distancia. El aire entre ellos crepita con una tensión no resuelta, la alegría del logro del equipo en guerra con la complejidad de sus propias emociones.

Intercambian una mirada cargada de cosas no dichas: orgullo por el equipo, añoranza de lo que podría haber sido, miedo a lo que depara el futuro. Amanda se da la vuelta y se pierde entre la multitud de simpatizantes que rodea a los jóvenes jugadores.

Jack la ve partir, con el corazón encogido a pesar de la victoria. Mientras las celebraciones continúan a su alrededor, no puede evitar la sensación de que acaba de perder algo mucho más importante que cualquier partido de hockey.

La pista de patinaje bulle de emoción, la ciudad está entusiasmada con el regreso de su equipo. Pero para Jack y Amanda, el camino a seguir es más turbio que nunca, lleno de preguntas que ninguno de los dos está seguro de estar preparado para responder.

♡ Capítulo 10 ♡

Las luces fluorescentes de la oficina de la Pista de Hielo de Benson Ridge zumban suavemente, arrojando un duro resplandor sobre el rostro de Jack Hamilton mientras mira fijamente el calendario de la pared. Su mano se detiene en la fecha marcada con tinta roja: el último día de los servicios comunitarios que le ha impuesto el tribunal.

Los dedos de Jack trazan el contorno del círculo, su expresión es un complejo tapiz de emociones. Hay alivio, sin duda: el peso de sus errores del pasado por fin desaparece. Pero entrelazado con ese alivio hay un dolor inesperado, un vacío que no había previsto.

Piensa en los chicos del equipo juvenil, en sus caras iluminadas cuando dominan una nueva habilidad. Piensa en Bill Perkins, que se recupera en el hospital pero sigue apasionado por la pista. En la gente del pueblo que, poco a poco y a regañadientes, ha empezado a aceptarle como uno de los suyos.

Y de Amanda. Siempre de Amanda.

La mano de Jack se separa del calendario y se cierra en un puño. Había llegado a Benson Ridge esperando cumplir su condena y salir lo antes posible. En lugar de eso, ¿qué había encontrado? ¿Un propósito? ¿Un hogar?

El estridente timbre de su teléfono móvil se interpone en sus cavilaciones. Jack mira el identificador de llamadas y suspira antes de contestar.

"Hola, Mike", dice, el nombre de su agente le sabe amargo en la lengua. "¿Cuál es la palabra?"

Mientras Mike se lanza a un emocionante repaso de posibles oportunidades de regreso a la NHL, la mirada de Jack se desvía hacia el calendario. Hace los ruidos apropiados de interés, los años de entrenamiento en medios de comunicación entran en acción automáticamente.

Ni Jack ni Mike se dan cuenta del suave grito ahogado que se oye justo al otro lado de la puerta del despacho.

Amanda Perkins se queda paralizada, con una mano en la boca para ahogar cualquier sonido. Había venido para hablar de la próxima recaudación de fondos, otro de sus interminables esfuerzos por mantener la pista a flote. Ahora, los papeles que tiene en la mano tiemblan ligeramente cuando la voz de Mike entra por la puerta parcialmente abierta.

"...serio interés de al menos tres equipos, Jack. ¡Este podría ser tu boleto de regreso a las grandes ligas!"

Amanda retrocede lentamente, con el corazón latiéndole con fuerza en el pecho. Por supuesto. Por supuesto que Jack se iría. ¿No era para esto para lo que se había estado preparando todo el tiempo?

Se da la vuelta y corre por el pasillo, parpadeando rápidamente para disipar la traicionera

humedad que se acumula en sus ojos.

Al otro lado de la pista, Amanda se sumerge en una montaña de papeleo y su bolígrafo rasca furiosamente las páginas del libro mayor. Lleva horas trabajando en ello, utilizando la aburrida tarea de conciliar el presupuesto como escudo contra la agitación de su corazón.

Percibe que Jack se acerca antes de verlo, su cuerpo está en sintonía con su presencia de una forma que no está dispuesta a examinar demasiado de cerca. Amanda se pone rígida, redoblando su atención en los números que tiene delante.

"Hola, Perkins". La voz de Jack es vacilante, carente de su habitual confianza. "¿Tienes un minuto?"

El bolígrafo de Amanda se detiene un instante antes de reanudar su frenético baile por la página. "Lo siento, Hamilton. Estoy desbordada. ¿Quizás más tarde?"

Se arriesga a levantar la vista y se arrepiente de inmediato. El dolor en los ojos de Jack es crudo, desprotegido. Por un momento, Amanda no desea otra cosa que tenderle la mano, salvar el abismo que se ha abierto entre ellos.

En lugar de eso, recoge sus papeles y se levanta bruscamente. "Debería archivar esto", dice, pasando junto a Jack hacia la salida. No mira atrás mientras se aleja a toda prisa, sin ver cómo los hombros de Jack se hunden en señal de derrota. Se queda solo en las gradas vacías, rodeado por los ecos de las oportunidades perdidas y las verdades no dichas.

Cuando Amanda desaparece por la esquina, Jack se vuelve hacia el hielo. El equipo juvenil ha reanudado sus ejercicios, sus movimientos un poco menos entusiastas, un poco más inseguros. Los observa, a esos chicos que han llegado a significar tanto para él, y siente el peso de su inminente decisión presionándole como una fuerza física.

¿Quedarse o irse? ¿La vida que siempre había soñado o la que nunca supo que quería?

La sala del personal de la pista de hielo de Benson Ridge está en silencio, salvo por el zumbido de la antigua cafetera y el crujido ocasional de las sillas plegables de metal. Jack Hamilton está sentado encorvado, con los codos apoyados en las rodillas, mientras el entrenador James Miller se apoya en el mostrador con los brazos cruzados.

"No sé qué hacer, James", admite Jack, con la voz apenas por encima de un susurro. "La NHL ha sido toda mi vida. Pero ahora..."

James asiente, su expresión habitualmente ruda se suaviza por la comprensión. "Ahora está Amanda. Y el equipo. Y toda esta maldita ciudad".

Jack levanta la vista, con la sorpresa grabada en el rostro. James se ríe, el sonido como grava en un vaso. "¿Qué? ¿Crees que no lo hemos visto todos? ¿La forma en que la miras, la forma en que este lugar se te ha metido bajo la piel?"

"No es tan sencillo", protesta Jack débilmente.

"Por supuesto que no lo es", asiente James. "Nada que merezca la pena lo es". Se aparta del mostrador y cruza para sentarse junto a Jack. "Déjame preguntarte algo. Cuando estás ahí fuera en el hielo con esos niños, o trabajando hasta tarde con Amanda para salvar este lugar... ¿qué se siente?".

Jack frunce el ceño mientras piensa en la pregunta. "Se siente bien", dice lentamente. "Como si estuviera exactamente donde debo estar".

James asiente con la cabeza, un atisbo de sonrisa se dibuja en sus labios. "¿Y cuántas veces te sentiste así en la NHL?".

La pregunta flota en el aire, cargada de insinuaciones. Jack abre la boca para responder, pero vuelve a cerrarla al darse cuenta.

Al otro lado de la ciudad, en el Hospital General de Benson Ridge, Amanda Perkins está sentada junto a la cama de su padre. Las lágrimas corren por su rostro mientras agarra la mano de Bill.

"No puedo hacerlo otra vez, papá", se atraganta. "No puedo ver a otra persona que me importa irse por algo más grande y mejor. No soy lo suficientemente fuerte".

Bill le aprieta la mano, con tacto suave pero firme. "Cariño", dice, con la voz áspera por la emoción. "Eres la persona más fuerte que conozco. Pero la fuerza no consiste en que nunca te hagan daño. Se trata de tener el valor de arriesgarse".

Amanda sacude la cabeza con vehemencia. "No. No, no me permitiré ser tan vulnerable otra vez. Jack se va, como hizo mamá, como hacen todos".

"Amanda, mírame", dice Bill, esperando hasta que ella encuentra su mirada. "No todos los jugadores de hockey son Sean O'Malley. Y tú no eres tu madre. Eres Amanda Perkins, la mujer que ha mantenido esta pista -y a este viejo- en las buenas y en las malas".

Le quita una lágrima de la mejilla. "Jack no es tu madre, cariño. Y él no es Sean. Tal vez es hora de dejar de castigarlo -y a ti misma- por los errores de otras personas".

El suave resplandor de la lámpara de escritorio proyecta largas sombras sobre la oficina de la pista cuando Amanda entra, con los brazos cargados de informes de recaudación de fondos. Se detiene al ver la chaqueta de Jack colgada desordenadamente sobre el respaldo de la silla. Su decisión de mantener las distancias vacila por un momento, recordando tiempos más fáciles en los que su presencia la reconfortaba en lugar de angustiarla.

Mientras se mueve para despejar un espacio en el desordenado escritorio, un sobre blanco le llama la atención. El logotipo de la NHL estampado en la esquina le produce una sacudida. Con dedos temblorosos, saca el contrato de su funda y sus ojos escudriñan la jerga legal hasta que se posan en los números que la dejan sin aliento.

Sólo el salario supera el presupuesto anual de la pista. Las promesas de apariciones en los medios, contratos de patrocinio y una oportunidad de redención en el mayor escenario del hockey saltan de la página.

Amanda se hunde en la silla, con el peso del contrato entre las manos. Puede imaginárselo todo con demasiada claridad: Jack, resplandeciente con la camiseta de un nuevo equipo, deslumbrando a multitudes en estadios de todo el país. Mientras tanto, Benson Ridge y su humilde pista de patinaje se desvanecen en nada más que una nota a pie de página en su historia de regreso.

La vista se le nubla, no sabe si por las lágrimas no derramadas o por lo tarde que es. El contrato se le escapa de las manos, flotando en el suelo como las hojas de otoño: bellas, fugaces y, en última instancia, destinadas a quedar atrás.

Al otro lado de la ciudad, el cálido resplandor del Rosie's Diner contrasta con la confusión que reina en la mente de Jack. Se sienta frente a Jamie Kellington y remueve distraídamente una taza de café que se está enfriando.

"Simplemente no lo entiendo", dice Jack, la frustración evidente en cada línea de su cuerpo. "Un minuto estamos trabajando juntos, riendo, y al siguiente... es como si volviera a ser el enemigo público número uno. ¿Qué ha cambiado?"

Jamie suspira, con el conflicto claramente reflejado en su rostro. Está atrapada entre la lealtad a su mejor amiga y el cariño genuino que ha desarrollado por Jack en los últimos meses.

"No es mi historia", empieza con cuidado. "Pero Amanda ha sido herida antes. De gravedad".

Jack se inclina hacia delante, con toda su atención puesta en las palabras de Jamie. Ella continúa, eligiendo sus palabras con precisión. "Había un tipo, Sean O'Malley. Un jugador de hockey, como tú. Arrasó la ciudad, lo puso todo patas arriba, y entonces..."

"Se fue", termina Jack, con la conciencia reflejada en sus ojos.

Jamie asiente. "Pero no sólo dejó atrás a Amanda. Su madre se fue con él".

Jack se echa hacia atrás, con todo el peso de esta revelación asentándose sobre él. De repente, los muros de Amanda, su reticencia a dejarle entrar, cobran un doloroso sentido.

"Está asustada", dice Jamie en voz baja. "Miedo de que la vuelvan a dejar atrás. De abrir su corazón solo para que lo destrocen. Y tu, Jack... tu representas todo de lo que ella ha estado tratando de protegerse."

La mente de Jack corre.. "Pero yo no soy Sean. Yo no..."

"Lo sé", interrumpe Jamie suavemente. "Y en el fondo, creo que Amanda también. Pero el miedo no siempre es racional. A veces es más fácil alejar a la gente que arriesgarse a que te vuelvan a hacer daño."

Mientras Jack procesa esta nueva información, siente que una renovada determinación se instala en sus huesos. Tiene mucho que pensar y aún más que demostrar.

Pasan los días y la tensión entre Jack y Amanda aumenta con cada interacción. Una noche, tras una sesión de entrenamiento especialmente agotadora, la tensión llega a su punto álgido.

Jack observa cómo Amanda cierra metódicamente la pista, con movimientos precisos y decididos. Puede ver la rigidez de sus hombros y la forma en que evita mirarle.

"Amanda", grita, su voz resuena en la arena vacía. "Tenemos que hablar.

Se pone rígida pero no se da la vuelta. "Estoy ocupada, Hamilton. En otro momento".

"No", dice Jack con firmeza, patinando hacia ella. "No más evasivas. ¿Qué te pasa? ¿Por qué me dejas fuera?"

Amanda se gira hacia él y sus ojos brillan con una potente mezcla de ira y miedo. "¿Dejarte fuera? Eso es rico, viniendo del tipo que ya tiene un pie fuera de la puerta".

Jack retrocede como si le hubieran abofeteado. "¿De qué estás hablando?"

"Oh, por favor", se burla Amanda. "Vi el contrato, Jack. El gran regreso a la NHL. Te felicito. Espero que Benson Ridge haya sido una agradable parada en tu camino de regreso al estrellato".

La amargura de su voz es profunda. Jack siente que su propia frustración se eleva para enfrentarse a ella. "¿Es eso lo que crees que era? ¿Algún tipo de qué, proyecto de rehabilitación?"

"¿No lo era?" Amanda desafía, dando un paso más cerca. "Un pueblo pequeño, un director de pista guapo, niños que te adoran... debió de ser una gran historia de redención. Bien hecho, tienes lo que querías. Así que, ¿por qué no te vas?"

Jack se enfada. "¿No sabes nada de lo que quiero! Has estado tan ocupado alejándome que ni siquiera te has molestado en preguntar".

"¿Por qué debería?" La voz de Amanda se eleva, quebrándose de emoción. "¿Para que puedas darme las mismas frases sobre quedarte, sobre lo 'diferente' que eres? Ya he oído todo eso antes, Jack. Y no voy a caer de nuevo".

"¿No soy Sean O'Malley!" Jack grita, el nombre le sabe amargo en la lengua. "Y tú no eres tu madre. ¿Cuándo vas a dejar de castigarme por los errores de otros?"

Amanda retrocede como si la hubieran golpeado. "¿Cómo te atreves?", sisea. "No sabes nada de mi madre, ni de mí".

"¿Porque no me dejas entrar!" La voz de Jack resuena en las vigas. "Hablas de confianza, de compromiso, pero tienes un pie fuera de la puerta desde el día que llegué. Tienes tanto miedo de que te hagan daño que estás dispuesto a tirar por la borda algo real antes de que tenga siquiera la

oportunidad de empezar."

Las lágrimas corren ahora por el rostro de Amanda, sus muros cuidadosamente contruidos se desmoronan. "¿Y qué hay de ti? Sr. Superestrella de la NHL, con el mundo a tus pies. ¿Por qué has elegido esto?" Hace un gesto alrededor de la pista, su voz se quiebra. "¿Elegirme a mí?"

La vulnerabilidad de su pregunta coge desprevenido a Jack. Da un paso hacia ella, su ira se desinfla. "Amanda, yo..."

Pero ella ya está retrocediendo, sacudiendo la cabeza. "No. No, no puedo hacer esto. No seré el premio de consolación, el 'y si' en el que piensas cuando estás viviendo la vida de tus sueños. Sólo... sólo vete, Jack. Es en lo que eres bueno, ¿no?"

Con eso, se da la vuelta y huye, el sonido de la puerta de la pista de patinaje resonando como un disparo en el espacio cavernoso.

Jack está solo sobre el hielo, con el frío calándole hasta los huesos. El peso de las palabras no dichas, de las oportunidades perdidas y los malentendidos, se asienta sobre él como una pesada manta.

Cuando los últimos ecos de su discusión se desvanecen, Jack se da cuenta de que puede haber perdido algo mucho más valioso que cualquier contrato de la NHL. La cuestión ahora es si él tiene el valor -y Amanda la confianza- para luchar por lo que realmente importa.

♡ Capítulo 11 ♡

La luz de la mañana se filtra débilmente a través de las raídas cortinas de la habitación de motel de Jack, proyectando largas sombras sobre la gastada moqueta. Jack se mueve por el pequeño espacio con la eficiencia de alguien acostumbrado a vivir con una maleta. Sus manos doblan la ropa y empaquetan los bártulos en piloto automático mientras su mente se aleja de la tarea que tiene entre manos.

Cuando coge un montón de papeles de la mesilla, una fotografía se escapa y cae al suelo. Jack se agacha para recogerla y se queda sin aliento al reconocer la imagen. Es una foto del equipo de hace unas semanas, con los jugadores de hockey juvenil de Benson Ridge agrupados a su alrededor, con los rostros radiantes de orgullo y emoción.

Los dedos de Jack recorren los bordes de la foto, deteniéndose en las caras conocidas. Ahí está Tommy Hawkins, con una sonrisa de oreja a oreja que demuestra la confianza que ha ganado. Emma Chen, con su palo en alto en señal de triunfo. En el centro de todo, el propio Jack parece más feliz y más en paz de lo que recuerda en años.

Se dispone a guardar la foto, pero duda. Tras un largo momento, se la mete en el bolsillo de la chaqueta, cerca del corazón.

Al otro lado de la ciudad, la oficina de la pista de hielo de Benson Ridge es un estudio del caos apenas contenido. Amanda Perkins está sentada ante su mesa, rodeada de un mar de papeles: avisos de morosidad, extractos bancarios y propuestas de patrocinio cada vez más desesperadas. Las ojeras hablan de las noches que ha pasado dando vueltas en la cama, con la mente desbocada por los cálculos y los peores escenarios.

Coge su taza de café y hace una mueca al darse cuenta de que hace tiempo que se ha enfriado. Al apartarla, su mirada se posa en una foto enmarcada de su padre, Bill, de pie y orgulloso frente a la pista el día de su inauguración. La imagen le provoca una nueva oleada de determinación, teñida de una profunda y dolorosa tristeza.

"No te defraudaré, papá", susurra, con la voz ronca por la falta de sueño y las lágrimas no derramadas. "Encontraré la manera de salvar este lugar. Tengo que hacerlo".

Pero incluso mientras redobla sus esfuerzos y repasa los números por enésima vez, una parte traidora de su mente se pregunta cuánto más fácil sería todo esto si Jack siguiera a su lado. Aleja ese pensamiento con fuerza, ignorando el dolor que deja tras de sí.

En Rosie's Diner, el bullicio habitual de la mañana se ve acentuado por una corriente eléctrica de cotilleos. La noticia de la marcha de Jack Hamilton se ha extendido por Benson Ridge con la rapidez e intensidad de un incendio de pradera.

"He oído que ha fichado por los Maple Leafs", susurra la Sra. Johnson a su club de bridge. "Un acuerdo multimillonario".

A pesar de su resistencia inicial, Jack se ha convertido en parte del tejido de Benson Ridge. Su ausencia dejará un hueco más grande de lo que muchos están dispuestos a admitir.

Hank, el dueño del restaurante, limpia el mostrador con más fuerza de la necesaria. "Lástima lo de la pista", dice a nadie en particular. "No sé cómo se las arreglarán sin su ayuda en ese partido benéfico".

Un silencio sombrío se apodera de los clientes, cada uno sumido en sus propios pensamientos sobre lo que la marcha de Jack podría significar para su querida ciudad.

Esa misma tarde, el equipo juvenil de hockey de Benson Ridge entra en la pista como un torbellino de charlas y traqueteo de equipos. Sin embargo, su entusiasmo se desvanece rápidamente cuando se dan cuenta de que falta algo, o alguien.

El entrenador James Miller está solo en el centro del hielo, con su habitual actitud ruda suavizada por un nerviosismo poco característico. Los niños se reúnen a su alrededor, con una confusión evidente en sus jóvenes rostros.

"¿Dónde está el entrenador Jack?" Tommy Hawkins grita, expresando la pregunta en la mente de todos.

James se aclara la garganta, de repente le resulta difícil encontrarse con las miradas expectantes de sus jugadores. "Jack, eh... el entrenador Hamilton no se unirá a nosotros hoy", se las arregla, su voz más gruñona de lo habitual. "O por un tiempo, en realidad".

Una ola de consternación recorre el equipo. Emma Chen levanta la mano. "¿Está enfermo? ¿Deberíamos hacerle una tarjeta?"

James sacude la cabeza, deseando desesperadamente estar mejor preparado para esta conversación. "No, Emma, no está enfermo. Está... bueno, está siguiendo adelante. Vuelve a la NHL".

El silencio que sigue es ensordecedor. James observa cómo se asimila la noticia y ve cómo la esperanza deja paso a la decepción en los rostros de los jóvenes.

"Pero prometió ayudarme con mi slapshot", dice Tommy, con el labio inferior tembloroso.

"¿Y el partido benéfico?", dice otro jugador. "¡Dijo que jugaríamos todos!".

James levanta las manos, intentando contener la marea de preguntas y acusaciones. "Lo sé, lo sé. Es complicado. A veces los adultos tienen que tomar decisiones difíciles. Pero oye, todavía tenemos un gran equipo aquí, ¿verdad? Seguiremos trabajando duro, como nos enseñó el entrenador Jack".

Pero cuando observa los rostros cabizbajos de sus jugadores, James sabe que ningún discurso de ánimo puede llenar el vacío dejado por la abrupta marcha de Jack. El hielo, que ha sido un lugar de alegría y crecimiento para estos chicos, de repente se siente más frío y vacío que nunca.

Al comenzar el entrenamiento, apagado y carente de su energía habitual, James se pregunta si Jack comprende realmente el impacto que ha tenido en este equipo y en Benson Ridge en su conjunto. Y lo que es más importante, si se da cuenta exactamente de lo que está dejando atrás.

Las luces fluorescentes del mercado de Benson Ridge proyectan un resplandor áspero sobre la sección de frutas y verduras donde Amanda Perkins está de pie, examinando distraídamente un manojo de zanahorias. Su mente está lejos de la planificación de comidas, perdida en un laberinto de cálculos presupuestarios y peores escenarios.

"¡Amanda!" La aguda voz de la alcaldesa Rhonda Phillips atraviesa su ensoñación como un cuchillo. Amanda se pone rígida y esboza una sonrisa que no le llega a los ojos cuando se gira para mirar a la alcaldesa que se acerca.

"Alcalde Phillips", saluda, su voz cuidadosamente neutra. "Bonito día, ¿verdad?"

Pero a Rhonda no le interesan las conversaciones triviales. Mira fijamente a Amanda, con los labios apretados en una fina línea. "Iré al grano, Amanda. ¿Cómo va a afectar la marcha de Hamilton a los esfuerzos de recaudación de fondos de la pista?"

La pregunta golpea a Amanda como un mazazo físico, pero lucha por mantener la compostura. "Estamos ajustando nuestros planes", se las arregla, odiando el ligero temblor de su voz. "El partido benéfico seguirá adelante como estaba previsto".

Rhonda arquea una ceja con escepticismo. "¿Sin la estrella de la NHL que se suponía que era su principal atractivo? Vamos, Amanda. Ambas sabemos que ese partido era el eje de toda tu estrategia de recaudación de fondos".

Amanda siente que su fachada cuidadosamente construida empieza a resquebrajarse. Las noches sin dormir, la preocupación constante, y ahora este interrogatorio en medio de la tienda de comestibles, todo se está convirtiendo en demasiado.

"Ya se nos ocurrirá algo", insiste ella, levantando ligeramente la voz. "Siempre lo hacemos. La pista ha sobrevivido a cosas peores".

Pero incluso cuando las palabras salen de su boca, Amanda puede oír la desesperación que hay en ellas. La expresión de Rhonda se suaviza casi imperceptiblemente, un destello de auténtica preocupación se abre paso a través de su comportamiento oficial.

"Espero que tengas razón, Amanda", dice con un tono más suave. "Esa pista significa mucho para esta ciudad. Para todos nosotros".

Mientras el alcalde se aleja, Amanda se desploma contra el expositor de productos, con el peso de las expectativas y la incertidumbre presionándola como una fuerza física.

Al otro lado de la ciudad, en el Hospital General de Benson Ridge, Jack Hamilton se encuentra incómodo a los pies de la cama de Bill Perkins. La pequeña habitación se siente sofocante, cargada de emociones no expresadas.

"Así que", dice Bill, rompiendo el incómodo silencio. "Realmente te vas, ¿eh?"

Jack asiente, incapaz de encontrar la mirada del hombre mayor. "Sí. Yo, eh, tengo una oferta. De mi antiguo equipo".

El suspiro de Bill parece llenar toda la habitación. "Ya veo. ¿Y no hay nada aquí en Benson Ridge por lo que merezca la pena quedarse?"

La pregunta flota en el aire, cargada de insinuaciones. Jack abre la boca para responder, pero vuelve a cerrarla porque las palabras se le atascan en la garganta.

"¿Sabes?", continúa Bill, con voz suave pero afilada, "cuando te conocí, pensé que no eras más que otro pez gordo de paso. Pero estos últimos meses, he visto cómo eres con esos niños. Con Amanda. Con todo este pueblo".

Jack se mueve incómodo, sintiendo el peso de la decepción de Bill como una presencia física. "No es tan sencillo", murmura.

"¿No lo es?" Bill desafía. "A veces, hijo, las paradas más importantes que hacemos no están en el hielo".

Mientras Jack abandona el hospital, las palabras de Bill resuenan en su mente, mezclándose con el recuerdo de las caras jóvenes decepcionadas y los ojos llenos de dolor de Amanda. El camino de vuelta a la gloria de NHL, una vez tan claro y tentador, de repente parece rodeado de dudas.

Otro día de partido amanece claro y despejado, pero hay una pesadez palpable en el aire cuando el equipo juvenil de Benson Ridge entra en el hielo. Su entusiasmo habitual antes del partido se ha apagado, sustituido por una energía nerviosa que se manifiesta en pases fallidos y movimientos vacilantes durante el calentamiento.

Desde su asiento en las gradas, Amanda observa con el corazón oprimido por dos cargas. El lugar vacío detrás del banquillo donde debería estar Jack parece burlarse de ella, un recordatorio evidente de lo que han perdido y a quién han perdido. Y debajo de ese dolor personal está la preocupación constante por el futuro de la pista, cada tiro fallado y cada jugada fallida se sienten como otro clavo en su ataúd.

A medida que avanza el partido, queda dolorosamente claro que el equipo tiene dificultades sin la guía de Jack. Las jugadas que habían sido perfectas bajo su dirección ahora se desmoronan, y la confianza de los niños disminuye visiblemente con cada oportunidad perdida.

Pero es Tommy Hawkins quien realmente encarna la sensación de pérdida del equipo. El joven que había florecido bajo la tutela de Jack ahora parece perdido en el hielo, sus movimientos vacilantes e inseguros. El corazón de Amanda se aprieta al ver a Tommy mirar repetidamente hacia el banquillo, buscando el aliento de un entrenador que no está allí.

Durante una jugada especialmente dura, Tommy acaba tendido sobre el hielo tras un choque con un jugador rival. Mientras se levanta, sus ojos vuelven a posarse en el lugar vacío detrás del banquillo. Por un momento, le tiembla el labio inferior y Amanda puede ver las lágrimas que

lucha por contener.

La visión es casi más de lo que puede soportar. Amanda se encuentra a medio levantarse de su asiento, con un impulso instintivo de consolar al chico en guerra con su necesidad de mantener cierta distancia profesional.

Mientras se hunde de nuevo, Amanda siente una claridad repentina y abrumadora. Esto, este momento, este equipo, esta ciudad, es lo que realmente importa. No los contratos de la NHL ni los desengaños del pasado, sino el aquí y el ahora. La comunidad que han construido, las vidas que han tocado.

Y en algún lugar ahí fuera, Jack Hamilton se aleja de todo.

Amanda se da cuenta de ello como si de una pesada manta se tratara y siente una mezcla de tristeza, rabia y feroz determinación. Mientras observa al equipo en apuros sobre el hielo, un plan empieza a formarse en su mente.

Puede que Jack se haya marchado, pero Benson Ridge -y su querida pista de aterrizaje- no se van a rendir sin luchar. Y Amanda Perkins está dispuesta a liderar esa lucha, cueste lo que cueste.

El marcador se ilumina acusadoramente al comenzar el último periodo, Benson Ridge va perdiendo por cuatro goles. Amanda mira desde las gradas, con el corazón roto por los jóvenes jugadores abatidos que parecen haber perdido toda esperanza.

De repente, impulsada por un impulso que no acaba de comprender, Amanda se pone en movimiento. Camina decidida hacia el banquillo, ignorando las miradas curiosas de los espectadores. El entrenador Miller la mira sorprendido.

"¿Te importa si te acompaño?" Amanda pregunta, su voz más firme de lo que se siente.

James, claramente fuera de sí, asiente agradecido. Amanda ocupa su lugar detrás del banquillo, inclinándose hacia delante para captar la atención del equipo durante una pausa en el juego.

"Escuchad, equipo", grita, su voz atraviesa el hielo. "Sé que las cosas parecen difíciles ahora mismo. Pero sois unas jugadoras increíbles. Habéis trabajado muy duro y habéis llegado muy lejos. No dejéis que este partido os defina. Mostradles de qué está hecho Benson Ridge".

Los jugadores la miran, un destello de su antigua chispa vuelve a sus ojos. Tommy Hawkins endereza los hombros y asiente con determinación.

Al reanudarse el juego, se nota un cambio de energía. Los pases se conectan con más precisión, los disparos vuelan con renovado propósito. Emma Chen marca un bonito gol tras una asistencia de Tommy, y el público estalla en vítores.

Pero a pesar de sus valientes esfuerzos, la desventaja es demasiado grande para superarla. Suena la bocina final y Benson Ridge sigue perdiendo, aunque por un margen menor.

Tras los apretones de manos y la reunión de equipo, Amanda se dirige a los vestuarios. El sonido

de sollozos ahogados la atrae hacia un rincón alejado, donde encuentra a Tommy Hawkins encorvado, con la cara enterrada entre las manos.

"Oh, Tommy", dice Amanda suavemente, arrodillándose a su lado. "No pasa nada. Hoy te has dejado la piel".

Tommy levanta la vista, con las mejillas manchadas de lágrimas. "Pero perdimos", dice, con hipo. "Y el entrenador Jack no estaba aquí. Prometió que me ayudaría con mi slapshot, pero se fue. Igual que mi padre".

El dolor crudo en la voz del chico golpea a Amanda como un golpe físico. Abraza suavemente a Tommy, con los ojos escocidos por las lágrimas no derramadas.

"Sé que duele", murmura ella, acariciándole el pelo. "Pero a veces la gente tiene que irse. No significa que no se preocupen por nosotros".

Mientras lo dice, Amanda se pregunta a quién quiere convencer: a Tommy o a sí misma.

Horas más tarde, mucho después de que el último coche haya abandonado el aparcamiento, Amanda se siente atraída de nuevo por la pista. En la penumbra de la noche, el espacio cavernoso parece imposiblemente grande y vacío.

Sus pasos resuenan cuando entra en el hielo, sin preocuparse por los patines. Se detiene en el centro del hielo, el mismo lugar donde Jack y ella habían compartido tantos momentos: discusiones acaloradas, celebraciones triunfales y conversaciones tranquilas que parecían existir en un mundo aparte.

Por primera vez desde la marcha de Jack, Amanda permite que sus muros cuidadosamente contruidos se derrumben. Un sollozo se escapa de su garganta, el sonido tragado por la arena vacía. Ahora las lágrimas fluyen libremente, años de emociones reprimidas se derraman en una liberación catártica.

"Maldito seas, Jack Hamilton", susurra a la pista vacía. "Maldito seas por hacer que me importe".

Sin embargo, cuando el eco de sus palabras se desvanece, Amanda siente que algo cambia en su interior. El dolor sigue ahí, crudo e innegable. Pero junto a él hay una férrea determinación que creía haber perdido.

Puede que Jack se haya ido, pero la pista -y la comunidad a la que sirve- permanece. Y Amanda Perkins no está dispuesta a dejarlo escapar sin luchar.

Se endereza y se seca las lágrimas de las mejillas con renovado propósito. Hay trabajo por hacer, una pista que salvar y un equipo de jóvenes jugadores que la necesitan ahora más que nunca.

Cuando Amanda sale del hielo, con la mente llena de planes y posibilidades, no se da cuenta de la figura solitaria que la observa desde las sombras de las gradas superiores. Bill Perkins, que ha convencido a una comprensiva enfermera para que le saque del hospital durante unas horas, sonríe suavemente al ver a su hija alejarse.

"Esa es mi chica", dice con orgullo. "Tienes esto, Amanda. Siempre lo has tenido".

♡ Capítulo 12 ♡

El aire de la noche es fresco y tranquilo cuando Amanda se acerca a la pista de hielo de Benson Ridge, sus pasos crujen suavemente sobre la grava del aparcamiento. El edificio se cierne ante ella, una silueta oscura contra el cielo tachonado de estrellas. Parece más grande, más imponente en su vacío.

La mano de Amanda tiembla ligeramente al introducir la llave en la cerradura. Esta acción familiar, que ya ha realizado en innumerables ocasiones, tiene ahora un significado especial. Cuando la puerta se abre, la golpea el reconfortante olor a hielo y combustible de Zamboni, un olor que siempre ha significado hogar.

Duda en el umbral, con un pie en la oscuridad y otro fuera. Por un momento, Amanda se plantea volver atrás, regresar a la seguridad de su apartamento y a la aburrida distracción del papeleo. Pero la atracción de la pista es demasiado fuerte para resistirse.

Respira hondo y entra, dejando que la puerta se cierre tras ella con un suave golpe que resuena en el edificio vacío.

A kilómetros de distancia, al borde mismo de Benson Ridge, Jack Hamilton permanece inmóvil en su coche al ralentí. El letrero "Leaving Benson Ridge" brilla débilmente en sus faros, un presagio de neón de la elección que tiene ante sí.

Sus manos agarran el volante con tanta fuerza que sus nudillos se han vuelto blancos, a juego con la palidez de su rostro. Jack mira entre la carretera abierta que se extiende ante él y el espejo retrovisor, donde las lejanas luces de Benson Ridge centellean como estrellas terrestres.

El GPS de su salpicadero parpadea insistentemente, con la ruta hacia el estadio de su nuevo equipo ya programada. Sería tan fácil arrancar, dejar que el impulso y la familiaridad le llevaran de vuelta a la vida que una vez conoció.

La mirada de Jack se detiene en esas luces distantes, cada una de las cuales representa un recuerdo, una conexión, una posibilidad que nunca vio venir. Su pulgar se cierne sobre la palanca de cambios, temblando con el peso de la indecisión.

De vuelta a la pista, la mano de Amanda encuentra el interruptor de la luz sólo por memoria muscular. Duda un instante antes de pulsarlo, cerrando los ojos contra la repentina inundación de luz.

Cuando su vista se ajusta, la pista se materializa a su alrededor en todo su esplendor. Los tableros desgastados, las banderas de los campeonatos descoloridas que cuelgan de las vigas, el ligero desnivel de las gradas donde innumerables aficionados han animado y gemido a lo largo de los años... todo está exactamente igual que siempre.

Y, sin embargo, se siente fundamentalmente cambiado.

Los pasos de Amanda resuenan con fuerza mientras se dirige hacia el hielo. Cada paso es deliberado, casi ceremonial. Se detiene al borde de la pista, con los dedos de los pies tocando el límite donde las alfombras de goma dan paso a la posibilidad de congelarse.

Durante un largo rato, se queda mirando la extensión de hielo blanco, sin marcas de patines ni rozaduras de discos. En su prístino vacío, el hielo parece albergar todo el potencial del mundo, y también toda la soledad.

En su coche, Jack suelta por fin su agarre mortal al volante. Con una exhalación temblorosa, apaga el motor y se sumerge en un silencio roto únicamente por el suave tictac del metal al enfriarse.

Se echa hacia atrás en su asiento y cierra los ojos ante el insistente resplandor de la señal de "Leaving Benson Ridge". En cuanto cierra los párpados, es como si alguien le hubiera dado al play en un vídeo de las últimas semanas.

Las imágenes inundan su mente en rápida sucesión:

La cara de Tommy Hawkins se ilumina cuando por fin domina un ejercicio difícil, con una sonrisa más ancha que la propia pista.

Todo el equipo se le echa encima tras su primera victoria, una maraña de miembros y risas y alegría pura y desenfrenada.

Hank de la cafetería le desliza un trozo extra de tarta, guiñándole un ojo conspirador mientras dice: "Para nuestro entrenador estrella".

La aprobación a regañadientes del alcalde Phillips tras un acto de recaudación de fondos especialmente exitoso.

Y Amanda. Siempre Amanda. Sus ojos brillando con picardía mientras corren por la pista vacía. El ceño fruncido cuando estudia hojas de cálculo presupuestarias hasta altas horas de la noche. La forma en que su rostro se suaviza cuando habla de la pista, de los niños, del futuro que imagina para Benson Ridge.

Jack abre los ojos de golpe y respira entrecortadamente cuando se le viene encima todo el peso de lo que está considerando dejar atrás.

"¿Qué estoy haciendo?", susurra al vagón vacío, con la voz ronca por la emoción.

Mientras la pregunta queda en el aire, sin respuesta, Jack se da cuenta de la elección que tiene ante sí. El camino abierto puede prometer un retorno a la gloria de NHL, pero Benson Ridge ofrece algo que él apenas está empezando a entender el valor de.

Con dedos temblorosos, coge las llaves que aún cuelgan del contacto. En este momento, en equilibrio sobre el filo de la navaja entre dos futuros posibles, Jack Hamilton se prepara para tomar una decisión que alterará el curso no sólo de su vida, sino de las vidas de todos en Benson Ridge.

Los dedos de Amanda se mueven por sí solos, atándose los cordones de los patines con facilidad. La rutina familiar ofrece una pequeña isla de normalidad en el mar de incertidumbre en el que se ha estado ahogando. Mientras se aprieta los cordones y se asegura los tobillos, Amanda se permite recordar todas las veces que ha realizado este sencillo acto: cuando era niña y estaba entusiasmada por su primera clase; cuando era adolescente y encontró consuelo en el hielo tras la marcha de su madre; y, más recientemente, cuando robó momentos de paz en medio del caos de la pista de patinaje.

Respira hondo y pisa el hielo. El roce de sus cuchillas contra la superficie helada resuena en la pista vacía, un sonido a la vez reconfortante e inquietante por su soledad. Durante un instante, Amanda permanece inmóvil, sintiendo cómo el frío se filtra a través de sus patines y cala sus huesos.

Entonces, casi sin pensarlo, empieza a moverse.

A kilómetros de distancia, la mano de Jack tiembla al alcanzar la guantera. Las bisagras crujen suavemente al abrirla, revelando el nítido sobre blanco que contiene su billete de vuelta a la NHL. Saca el contrato, cuyo peso en sus manos es mucho mayor de lo que el simple papel debería permitir.

Jack despliega el documento, sus ojos escrutan las cláusulas cuidadosamente redactadas y las impresionantes cifras. Es todo lo que pensaba que quería: una oportunidad de redención, volver a ser el centro de atención, el rugido del público en un estadio abarrotado.

El contrato que tiene en sus manos le parece frío, impersonal. Ofrece gloria, sí, pero ¿a qué precio?

De vuelta en el hielo, los movimientos de Amanda cobran vida propia. Se desliza por la superficie en bucles cada vez más amplios, cada giro un poco más rápido, un poco más apretado. Las figuras simples evolucionan hacia patrones más complejos: ochos que se transforman en espirales, bordes tan profundos que parecen tallar historias en el propio hielo.

Su patinaje tiene una gracia que habla de años de práctica, de una profunda conexión con el hielo que va más allá del mero deporte. Pero bajo la belleza hay una corriente de tristeza, una pesadez en sus movimientos que delata la agitación de su corazón.

Mientras gira, con los ojos cerrados y los brazos extendidos, Amanda se permite recordar. Las sesiones nocturnas de estrategia con Jack, sus risas resonando en las gradas vacías. La forma en que se le iluminaba la cara cuando uno de los chicos clavaba una jugada difícil. La electricidad que parecía crepitar entre ellos cada vez que estaban cerca, una conexión que ninguno de los dos era lo bastante valiente como para reconocer del todo.

El aire de la noche es fresco contra la cara de Jack cuando sale del coche, el repentino silencio casi ensordecedor después del persistente zumbido del motor. Se apoya en el capó y echa la cabeza hacia atrás para contemplar el cielo estrellado.

La vista le deja sin aliento, igual que aquella noche semanas atrás, cuando él y Amanda se habían

quedado hasta tarde en la pista de patinaje, estudiando minuciosamente los planes de recaudación de fondos. Amanda insistió en mostrarle el cielo nocturno "de verdad", lejos de la contaminación lumínica de las grandes ciudades a las que estaba acostumbrado.

"Esto", había dicho, su voz llena de silencioso asombro. "Esta es la razón por la que nunca pude dejar Benson Ridge. No tienes vistas como estas en las grandes ligas, Hamilton".

El recuerdo golpea a Jack como un golpe físico. Recuerda la forma en que la luz de las estrellas se reflejaba en las facciones de Amanda, suavizándolas como nunca antes había visto. Cómo, por un momento, se había olvidado de los regresos de NHL y de los arcos de redención, perdido en la simple belleza de una noche de pueblo y en la mujer que encarnaba todo lo que nunca supo que quería.

Los patines de Amanda esculpen intrincados patrones en el hielo, cada giro y torsión es un reflejo de los recuerdos que se arremolinan en su mente. Mientras se desliza, el presente se desvanece y ella es transportada a través del tiempo:

Tiene cinco años. Las fuertes manos de Bill la sostienen mientras da sus primeros pasos tambaleantes sobre el hielo. Su sonrisa de orgullo es más brillante que las luces del techo.

Es una adolescente que encuentra consuelo en la pista de patinaje tras la marcha de su madre, y el rítmico ruido de las cuchillas ahoga el dolor del abandono.

Entonces se encuentra cara a cara con Jack Hamilton por primera vez, la arrogancia de él choca con la determinación de ella, sin que ninguno de los dos sepa cómo sus vidas están a punto de entrelazarse.

Los recuerdos llegan ahora más rápido, un vertiginoso carrusel de momentos.

Trasnochando para recaudar fondos, con la risa de Jack resonando en las gradas vacías.

El casi beso después de un entrenamiento especialmente agotador, el aire entre ellos cargado de posibilidades.

Su última y acalorada discusión, palabras como puñales que dejan heridas que están lejos de cicatrizar.

Empiezan a caer lágrimas, que se congelan casi instantáneamente al golpear el hielo bajo los pies de Amanda. Cada gota es un lamento cristalizado, un testimonio de lo que se ha perdido y de lo que podría no ser nunca.

A kilómetros de distancia, Jack está sentado en su coche, con el teléfono en la mano y la información de contacto de Amanda brillando en la pantalla. Su pulgar se cierne sobre el teclado, temblando ligeramente mientras intenta encontrar las palabras adecuadas.

Escribe: "Amanda, lo siento. Cometí un error. I-"

Borrar.

"No puedo irme. Benson Ridge es..."

Borrar.

"Tenías razón. No soy la persona que pensaba que era. Soy..."

Borrar.

Cada intento le parece insuficiente, incapaz de captar la tormenta de emociones que se desata en su interior. ¿Cómo puede explicar algo que él mismo está empezando a comprender? Que, en algún lugar entre los sueños de NHL y la realidad de un pequeño pueblo, ha descubierto una versión de sí mismo que no sabía que existía, y le aterroriza perderla.

De vuelta a la pista, los patines de Amanda se detienen en el centro del hielo. Su pecho se agita por el esfuerzo y los sollozos apenas contenidos. Está allí, en el corazón de la pista que ha sido su hogar desde que tiene memoria y, por primera vez, se permite imaginar que ha desaparecido.

Las gradas vacías y acumulando polvo. El hielo se derritió, dejando nada más que una losa de hormigón y recuerdos que se desvanecen. Las risas de los niños, el roce de los patines, el ruido de los discos contra las tablas... todo silenciado para siempre.

El peso de la pérdida potencial amenaza con abrumarla. Mientras Amanda se hunde en el hielo, se da cuenta de que está de luto por algo más que la pista de patinaje: está de luto por el futuro que apenas se había permitido imaginar, un futuro que ahora parecía tan frágil como la más delgada capa de hielo.

"No puedo hacerlo sola", susurra a la pista vacía, con la voz entrecortada. "No soy lo suficientemente fuerte".

Mientras las lágrimas de Amanda caen, creando una pequeña constelación de gotas heladas a su alrededor, los primeros indicios del amanecer empiezan a colorear el cielo exterior. La pálida luz que se filtra por las altas ventanas parece marcar un punto de inflexión, el final de un capítulo y el tímido comienzo de otro.

En su coche, Jack observa cómo el amanecer pinta el cielo con tonos rosas y dorados. Su belleza, tan diferente de los amaneceres de la ciudad a los que está acostumbrado, parece cristalizar algo en su interior. Respira hondo y toma una decisión.

El motor ruge, pero en lugar de dirigir el coche hacia la carretera y su antigua vida, Jack gira hacia Benson Ridge. Su corazón late con una mezcla de miedo y alegría, pero por primera vez en mucho tiempo, siente que está conduciendo hacia algo en lugar de alejarse de ello.

Mientras Jack recorre las calles familiares de la ciudad a la que ha llegado a llamar hogar, Amanda se levanta lentamente del hielo. Se seca las lágrimas congeladas de las mejillas y su expresión pasa de la desesperación a una férrea determinación.

"No", dice con firmeza, su voz resuena en la pista vacía. "Así no es como termina nuestra

historia".

Aunque separados por kilómetros de distancia, Jack y Amanda parecen llegar a una resolución silenciosa y compartida al amanecer del nuevo día. El camino que tienen por delante es incierto, plagado de retos que sólo pueden empezar a imaginar. Pero en este momento, cuando la primera luz verdadera de la mañana baña Benson Ridge con su resplandor, ambos deciden dar un paso adelante hacia lo desconocido, juntos, aunque todavía no se den cuenta.

La pista, que ha sido testigo de tantos momentos cruciales en sus vidas, contiene la respiración. Al comenzar un nuevo día, el hielo que durante tanto tiempo ha sido escenario de sus viajes individuales espera ahora a ver qué historia pueden escribir juntos.

El juego está lejos de terminar para Benson Ridge, para la pista y para Jack y Amanda. De hecho, parece que acaba de empezar.

♡ Capítulo 13 ♡

El timbre sobre la puerta del Rosie's Diner tintinea cuando Jack Hamilton entra, el olor familiar del café y el bacon le envuelve como una manta reconfortante. Se detiene, con la mano aún en el picaporte, mientras el peso de lo que está a punto de hacer se apodera de él.

Pero antes de que pueda dirigirse al mostrador, una conversación en una cabina cercana capta su atención.

"No sé qué haremos si cierran la pista", dice un anciano con la voz llena de emoción. "Sabes lo mucho que le gusta el hockey al pequeño Timmy. Es lo único que le ha sacado de su caparazón desde que Sarah murió".

"Lo sé, Harold", responde su compañero, acercándose a la mesa para acariciarle la mano. "A Emma le pasa lo mismo. Esa pista es algo más que hielo y tablas. Es donde nuestros nietos volvieron a encontrar la sonrisa".

Jack se queda helado, las palabras de la pareja le golpean como una bofetada en el pecho. Sabía que la pista de patinaje era importante para Benson Ridge, pero oírlo tan claramente, en términos de vidas reales e impacto real, cambia algo fundamental en su interior.

Casi aturdido, Jack se desliza en una cabina vacía, olvidado su café. Saca su teléfono, una idea toma forma en su mente con la velocidad y la intensidad de una jugada de ruptura.

Su pulgar se posa sobre el teclado, una lista de nombres se desplaza por su cabeza. Antiguos compañeros de equipo, rivales, leyendas del fútbol... Gente que le debe favores o que podría convencerse ante la perspectiva de una buena publicidad.

Jack respira hondo, preparándose para lo que está a punto de hacer. Luego, con una determinación que no había sentido en meses, marca el primer número.

¿"Mikey"? Soy Jack. Jack Hamilton. Sí, mucho tiempo sin hablar. Escucha, tengo una idea loca, y necesito tu ayuda."

La risa inicial de Mikey "El Misil" Johnson ante el concepto de un partido benéfico en una pista de patinaje de un pequeño pueblo es exactamente lo que Jack esperaba. Pero cuando empieza a explicar apasionadamente lo que Benson Ridge y su pista de patinaje significan para la comunidad, Jack puede oír el cambio en el tono de su antiguo compañero de equipo.

"Espera, espera", interrumpe Mikey, su voz ahora teñida de curiosidad. "¿Me estás diciendo que este pueblo de mala muerte tiene al gran Jack 'El Martillo' Hamilton todo entusiasmado con el hockey juvenil y el espíritu comunitario? ¿Quién eres y qué has hecho con mi antiguo compañero de línea?"

Jack se ríe entre dientes, pero hay un deje de seriedad en su voz cuando responde. "Lo sé, lo sé. Pero Mikey, tienes que ver este lugar. Estos chicos, esta ciudad, me han enseñado lo que es

realmente el hockey. Y ahora podrían perderlo todo. No puedo dejar que eso pase. No sin luchar".

Hay un momento de silencio al otro lado de la línea y Jack contiene la respiración. Entonces..:

"Muy bien, Hammer. Me apunto. Y puede que conozca a otros tipos que se apunten por una buena causa. Pero no esperes que sea blando contigo cuando lleguemos al hielo. Juego de caridad o no, todavía tengo una reputación que mantener."

Jack sonríe tanto que le duelen las mejillas al colgar. Una llamada menos, quedan muchas más. Pero por primera vez en semanas, siente una verdadera esperanza en el pecho.

Con energía renovada, Jack se dirige a la pista de hielo de Benson Ridge. Encuentra al entrenador James Miller en su despacho, estudiando detenidamente los diagramas de juego con el ceño fruncido.

"James", dice Jack, apenas esperando a que el hombre mayor levante la vista. "Tengo una idea. Una grande".

Mientras Jack esboza su plan para el partido benéfico, con estrellas de la NHL y la atención de los medios de comunicación nacionales, puede ver cómo el escepticismo en los ojos de James da paso lentamente a un cauto optimismo.

"Es una posibilidad remota, Hamilton", dice James, reclinándose en su silla chirriante. "Pero, de nuevo, toda esta ciudad está construida sobre apuestas arriesgadas. ¿Realmente crees que puedes lograrlo?"

Jack asiente, su determinación evidente en cada línea de su cuerpo. "Tengo que intentarlo. Por los niños, por el pueblo, por Amanda".

Al mencionar el nombre de Amanda, algo se suaviza en la expresión de James. Se levanta y le tiende la mano a Jack. "De acuerdo entonces. Hagámoslo realidad. ¿Qué necesitas de mí?"

Cuando los dos hombres empiezan a discutir la logística, la energía en la pequeña oficina es palpable. Es la sensación de que se está fraguando una jugada que cambiará el partido, de que el impulso cambia a su favor tras un largo y agotador encuentro.

Fuera de la ventana de la oficina, la pista se extiende ante ellos, silenciosa y expectante. Pero en la mente de Jack, ya puede oír el rugido de la multitud, el roce de los patines sobre el hielo, el ruido sordo de los discos contra las tablas. Puede ver el asombro en las caras de los niños cuando comparten el hielo con sus héroes, el orgullo en los ojos de la gente del pueblo cuando su querida pista se convierte en el centro del escenario.

Sobre todo, puede imaginarse la sonrisa de Amanda, esa sonrisa rara y desprevenida que sólo ha visto un puñado de veces. La que le hace sentir que es capaz de cualquier cosa, incluso de salvar los sueños de toda una ciudad con nada más que un palo de hockey y pura determinación.

A medida que Jack y James profundizan en la planificación, el ambiente en la pequeña oficina se

llena de posibilidades. La partida está lejos de estar ganada, pero por primera vez en mucho tiempo, parece que Benson Ridge puede tener una oportunidad de luchar.

Y Jack Hamilton, una vez tan ansioso por dejar esta ciudad en su espejo retrovisor, ahora se encuentra más comprometido que nunca para asegurar su futuro-y, tal vez, su propio lugar dentro de ella.

La puerta de madera pulida del despacho de la alcaldesa Rhonda Phillips se cierra ante Jack, pareciéndole de repente más intimidante que la línea defensiva de cualquier equipo contrario. Respira hondo y cuadra los hombros antes de llamar a la puerta.

"Adelante", grita la nítida voz del alcalde.

Jack entra y encuentra a Rhonda detrás de su imponente escritorio, con las gafas puestas en la punta de la nariz mientras examina una pila de papeles. Levanta la vista y enarca las cejas, sorprendida.

"Sr. Hamilton. Pensé que ya estarías a mitad de camino de tu próximo contrato con la NHL".

Jack esboza una sonrisa irónica. "Cambio de planes, Alcalde Phillips. Tengo una propuesta para usted".

Mientras Jack esboza su idea para el juego benéfico, puede ver cómo cambia la expresión de la alcaldesa. Su habitual semblante severo empieza a resquebrajarse, un atisbo de esperanza ilumina sus ojos.

"A ver si lo entiendo", interrumpe Rhonda, inclinándose hacia delante. "¿Estás proponiendo traer estrellas de la NHL -jugadores actuales de la NHL- a Benson Ridge para un partido benéfico? ¿Para salvar nuestra pista?"

Jack asiente, su confianza crece con cada palabra. "Exacto. No es sólo un partido, alcalde. Es una oportunidad de poner a Benson Ridge en el mapa, de mostrar al mundo lo que este pueblo y su pista significan para la comunidad."

Durante un largo momento, Rhonda se queda mirándole fijamente, con mirada calculadora. Luego, lentamente, una sonrisa se dibuja en su rostro. "Bueno, Sr. Hamilton. Parece que le he subestimado. ¿Qué necesita del pueblo para que esto ocurra?"

Cuando Jack sale del despacho del alcalde, su mente ya está pensando en los siguientes pasos. Saca su teléfono y consulta sus contactos. Es hora de pedir todos los favores, reparar todas las vallas y utilizar todo su encanto.

Las horas siguientes son un torbellino de llamadas telefónicas, cada una de las cuales plantea su propio reto:

"Vamos, Smitty, sé que tú y el entrenador tuvieron esa pelea, pero esto es más grande que eso. Estos chicos nos necesitan".

"Sí, ya sé que es temporada baja, pero piensa en el impulso de relaciones públicas. A tu agente le encantará".

"Lo prometo, Benson Ridge puede ser pequeño, pero la bienvenida será enorme. Créeme, nunca has tocado para un público como este".

Con cada llamada, las habilidades persuasivas de Jack se ponen a prueba. Recorre toda la pista, su voz resuena en las gradas vacías mientras discute, engatusa y acaba convenciendo a un antiguo compañero tras otro.

Pero el verdadero reto llega cuando marca el número de su antiguo entrenador en la NHL, un hombre conocido por su actitud sensata y su escepticismo hacia todo lo que no beneficie directamente al equipo.

"Entrenador", dice Jack, con voz firme a pesar de los nervios que revolotean en su estómago. "Necesito un favor. Uno grande".

Lo que sigue es una intensa conversación que hace que Jack recorra toda la pista varias veces. Explica a grandes rasgos el plan, haciendo hincapié en el impacto positivo en las bases del deporte y en el potencial para obtener una gran publicidad.

"Estos chicos, entrenador", dice Jack con voz apasionada, "me recuerdan por qué me enamoré del hockey. No se trata sólo de salvar una pista. Se trata de preservar el corazón del juego".

Lenta y gradualmente, Jack puede oír cómo la resistencia del entrenador se desvanece. Cuando cuelga, tiene un acuerdo provisional para que participen al menos dos estrellas actuales de la NHL.

El sol ya se ha puesto cuando Jack regresa a la oficina de la pista. Allí encuentra a James, con una gran pizarra apoyada en la pared, llena de garabatos y diagramas.

"Ya has tardado bastante", refunfuña James. "Vamos, tenemos trabajo que hacer".

Durante las horas siguientes, Jack y James se concentran en planificar cada detalle del acto. Discuten sobre los horarios, discuten sobre la distribución de los asientos e idean formas de maximizar el potencial de recaudación de fondos.

A medida que la improvisada pizarra de planificación se llena de notas e ideas, crece su entusiasmo. Lo que empezó como una posibilidad desesperada empieza a parecer una posibilidad real.

"¿Sabes?", dice James durante una pausa, con voz ronca pero teñida de admiración, "cuando apareciste por primera vez, pensé que eras otro pez gordo que utilizaba nuestra ciudad como trampolín. Pero esto es otra cosa, Hamilton".

Jack levanta la vista de la lista de jugadores que ha estado estudiando, y se le hace un nudo en la garganta ante el inesperado elogio. "Sí, bueno", se las arregla, "Benson Ridge tiene una manera de cambiar a una persona".

Al volver a su planificación, Jack no puede evitar sentir una oleada de orgullo y determinación. El camino por delante sigue plagado de desafíos, pero por primera vez desde que llegó a Benson Ridge, siente que está exactamente donde debe estar.

La pista vacía al otro lado de la ventana de la oficina parece zumbar con energía potencial, como si también pudiera sentir que la marea está cambiando. En unas pocas semanas, se convertirá en el escenario de algo realmente espectacular: un testimonio del poder de la comunidad, de las segundas oportunidades y de la magia perdurable del hockey.

Y en algún lugar de su mente, Jack se pregunta qué pensará Amanda cuando se entere de sus planes. Pensar en su reacción, en la posibilidad de recuperar su confianza y tal vez su corazón, añade una motivación extra a su ya ardiente determinación.

Cuando la primera luz del alba empieza a colarse por las ventanas, Jack y James comparten una mirada de agotamiento pero de excitada realización. El plan está listo. Ahora es el momento de ponerlo en marcha. Jack mira fijamente su teléfono, con el pulgar sobre el contacto de su agente. Respira hondo, preparándose para lo que promete ser una conversación difícil.

¿"Mike"? Soy Jack. Tenemos que hablar."

Mientras Jack esboza el plan de beneficencia, prácticamente puede oír cómo le sube la tensión a su agente a través del teléfono.

"¿Estás loco?" Mike balbucea. "¿Tienes idea de la responsabilidad de la que estamos hablando? Por no mencionar la posible violación de las negociaciones de tu contrato actual. Jack, ¡esto podría torpedear todo tu regreso!"

Jack aprieta con fuerza el teléfono. "Mike, escucha. Sé que es un riesgo. Pero esta ciudad, esta pista es importante. Más importante que cualquier regreso".

"¿Más importante que tu carrera?" La voz de Mike es incrédula.

Hay un momento de silencio mientras Jack considera el peso de sus próximas palabras. "Sí", dice finalmente, con voz firme. "Tal vez lo sea".

La conversación que sigue es acalorada: Mike enumera una letanía de posibles desastres y Jack responde a cada uno de ellos con una determinación inquebrantable. Cuando Jack cuelga, está emocionalmente agotado pero decidido. Mike ha accedido a regañadientes a no interferir, aunque sus palabras de despedida - "No vengas a llorarme cuando esto te explote en la cara"- resuenan en los oídos de Jack.

A la mañana siguiente, Jack se presenta ante el consejo municipal de Benson Ridge, con el corazón palpitante pero la voz firme mientras expone el plan completo.

"Señoras y señores", comienza, mirando a los ojos a cada uno de los miembros del consejo, "sé que no siempre he causado la mejor impresión desde que llegué a Benson Ridge. Pero esta ciudad, y especialmente su pista, me han enseñado algo que había olvidado: el verdadero corazón

del hockey y el poder de la comunidad."

A medida que Jack habla, puede ver cómo las expresiones de los miembros del consejo pasan del escepticismo al interés y al entusiasmo genuino. Habla de segundas oportunidades para la pista, para la ciudad y, sí, para sí mismo. De la magia que se produce cuando una comunidad se une en torno a un objetivo común.

"No se trata sólo de salvar un edificio", concluye Jack, con la voz cargada de emoción. "Se trata de preservar los sueños de todos los niños que alguna vez se han atado los patines, de mostrar al mundo de qué está hecho Benson Ridge. Os pido vuestro apoyo, no sólo como concejales, sino como miembros de esta increíble comunidad."

El silencio que sigue a su discurso es ensordecedor. Entonces, lentamente, un miembro del consejo empieza a aplaudir. Otros se unen y pronto la sala se llena del sonido de una aprobación entusiasta.

Cuando Jack abandona el ayuntamiento, animado por el apoyo del consejo, suena su teléfono. Se le revuelve el estómago al leer el mensaje: uno de los jugadores clave, una estrella actual de la NHL cuya presencia habría garantizado la atención de los medios de comunicación, se echa atrás debido a un conflicto de agenda.

Por un momento, Jack siente el peso de un posible fracaso presionándole. Pero entonces piensa en la determinación de Amanda, en las caras de los niños iluminándose en el hielo, en todo el pueblo uniéndose en torno a esta loca idea. No puede defraudarles.

Las horas siguientes son un torbellino de llamadas telefónicas y súplicas apasionadas. Jack pide todos los favores y aprovecha todas las conexiones que ha hecho en el mundo del hockey. Se encuentra con un rechazo tras otro hasta que finalmente, agotado y a punto de darse por vencido, se pone en contacto con un antiguo rival, un jugador con el que una vez tuvo una sonada pelea sobre el hielo.

"Escucha, sé que hemos tenido nuestras diferencias", dice Jack, su voz cruda de sinceridad. "Pero esto no se trata de mí o de ti. Se trata de una ciudad que lucha por su corazón. Estos niños, esta comunidad, necesitan esto. Por favor".

Hay una larga pausa al otro lado de la línea. Luego: "Muy bien, Hamilton. Trato hecho. Pero no creas que esto nos hace amigos o algo así".

La risa de alivio de Jack roza la histeria. "Ni lo sueñes."

Cuando Jack colgó el teléfono, sintió el peso de su decisión presionándole. La NHL había sido su sueño durante tanto tiempo que no estaba seguro de quién sería sin ella. Pero al mirar alrededor de la pista, a la vida que había encontrado en Benson Ridge, se preguntó si tal vez había estado persiguiendo el sueño equivocado todo el tiempo. Ahora el reto no era sólo salvar la pista de patinaje, sino descubrir quién quería ser Jack Hamilton.

Al caer la noche, Jack se siente atraído de nuevo por la pista. Sale a la pista, sin preocuparse por los patines, y se dirige al centro del hielo. De pie, cierra los ojos y se deja llevar por la

imaginación.

Puede oír el rugido del público, ver las gradas repletas de hinchas. Las vigas, normalmente tan vacías y con tanto eco, están llenas de energía y emoción. Se imagina las caras de asombro de los niños cuando comparten el hielo con sus héroes, el orgullo en los ojos de la gente del pueblo cuando su querida pista de patinaje se convierte en el centro del escenario.

Y en algún lugar de esa multitud imaginaria, ve a Amanda: sus ojos brillan, esa rara sonrisa desprevenida ilumina su rostro.

Jack abre los ojos y una lenta sonrisa se dibuja en su rostro. Es una sonrisa que contiene anticipación por los retos que se avecinan, nervios por todo lo que podría salir mal, y una abrumadora comprensión de que de alguna manera, contra todo pronóstico, Benson Ridge se ha convertido en algo más que una parada temporal en su viaje. Se ha convertido en su hogar.

Allí de pie, bañado por el suave resplandor de las luces del techo, Jack Hamilton -otrota tan ansioso por dejar esta ciudad en el retrovisor- siente un propósito y un sentido de pertenencia que no había experimentado en años. El partido benéfico es ahora algo más que una recaudación de fondos. Es una oportunidad de redención, una forma de devolver algo a la comunidad que tanto le ha dado y, tal vez, sólo tal vez, una oportunidad de recuperar el corazón de la mujer de la que nunca quiso enamorarse.

La pista vacía parece zumbear con energía potencial, como si también pudiera sentir los trascendentales acontecimientos que se avecinan. Mientras Jack echa un último vistazo a su alrededor antes de volver a casa, hace una promesa silenciosa a la pista, a la ciudad, a Amanda y a sí mismo.

Pase lo que pase, él lo tiene todo. La lucha de Benson Ridge se ha convertido en su lucha. Y Jack "El Martillo" Hamilton no sabe hacer otra cosa que darlo todo.

♡ Capítulo 14 ♡

El sol de primera hora de la mañana se filtra a través de las polvorientas persianas de la oficina de la pista de hielo de Benson Ridge, proyectando largas sombras sobre el desordenado escritorio en el que se sienta Jack Hamilton, rodeado de un huracán de papeles, horarios y notas garabateadas a toda prisa. Está tan absorto en su trabajo que no oye abrirse la puerta de la oficina.

Amanda Perkins entra, con una pila de informes financieros pegada al pecho, y se queda paralizada. Por un momento, se pregunta si está alucinando: Jack Hamilton, el hombre que ella creía que había abandonado Benson Ridge por el retrovisor, encorvado sobre su mesa como si nunca se hubiera ido.

"¿Jack?" Su voz apenas es más que un susurro, pero es suficiente para que él levante la vista.

Sus miradas se cruzan y el aire entre ellos se carga de un complejo cóctel de emociones: sorpresa, alivio, dolor persistente y algo más profundo que ninguno de los dos está preparado para nombrar. Por un instante, el tiempo parece detenerse.

Jack es el primero en romper el silencio, y sus palabras salen a borbotones. "¡Amanda! Esperaba que vinieras antes. Tengo una idea, es grande, quizá un poco loca, pero creo que podría salvar la pista".

Se lanza a explicar el juego benéfico, gesticulando con las manos mientras describe los compromisos de los jugadores, la cobertura mediática y las previsiones de recaudación de fondos. Amanda escucha, y su escepticismo inicial se va convirtiendo poco a poco en una cautelosa esperanza a medida que se va desvelando el alcance del plan de Jack.

"¿Tú hiciste todo esto?", pregunta, señalando el caos organizado que se extiende por su escritorio. "Creía que te ibas".

La expresión de Jack se suaviza. "Lo intenté. No pude hacerlo. Resulta que Benson Ridge tiene una manera de meterse bajo tu piel".

Sus miradas se cruzan de nuevo, y esta vez, la tensión entre ellos está teñida de posibilidad.

A medida que Jack sigue explicando los detalles de su plan, Amanda se siente atraída por él y su mente analítica ya se está acelerando con nuevas ideas y posibles mejoras. En poco tiempo, se acurrucan juntos sobre el escritorio, rozándose los hombros mientras hablan.

"Esto podría funcionar", dice Amanda, con una chispa de su antigua determinación iluminando sus ojos.

Jack sonríe con una mezcla de orgullo y alivio. "Funcionará. Especialmente ahora que estás a bordo".

La reunión del ayuntamiento de esa noche está abarrotada, con todos los asientos llenos y la

gente alineada en las paredes. Cuando Amanda y Jack suben juntos al estrado, la multitud se queda en silencio.

Presentan el plan benéfico como un frente unido, acompañando perfectamente la explicación. El carisma y la pasión de Jack se equilibran a la perfección con la atención al detalle y la perspicacia comunitaria de Amanda. Mientras hablan, la energía de la sala empieza a cambiar y el escepticismo da paso al entusiasmo.

"No podemos hacerlo solos", dice Amanda, con voz fuerte y clara. "Os necesitamos a todos y cada uno de vosotros para conseguirlo".

La respuesta es inmediata y abrumadora. Las manos se alzan por toda la sala mientras la gente se ofrece voluntaria para diversas tareas, desde alojar a los jugadores visitantes hasta organizar una venta de pasteles para recaudar fondos adicionales.

"Yo me encargaré del transporte de los jugadores", dice el viejo Jenkins, sorprendiendo a todos. Ante las cejas levantadas, se encoge de hombros. "¿Qué? Puede que no me gusten los cambios, pero me encanta esta ciudad. Y esa pista".

A medida que avanza la reunión, el ambiente se vuelve casi eléctrico por las posibilidades. Amanda y Jack intercambian miradas, ambos ligeramente abrumados por la avalancha de apoyo.

Justo cuando están terminando, la alcaldesa Rhonda Phillips se levanta y se aclara la garganta para llamar la atención. La sala se queda en silencio, todos contienen la respiración a la espera de lo que pueda decir la a menudo severa alcaldesa.

"En nombre del ayuntamiento", comienza Rhonda, con su habitual tono cortante suavizado por una pizca de calidez, "me gustaría ofrecer el pleno apoyo de Benson Ridge a esta iniciativa. De hecho, nos gustaría proponer el uso de la plaza del pueblo para un festival previo al partido. Que sea un acontecimiento para recordar".

La sala estalla en vítores. Amanda y Jack se vuelven el uno hacia el otro, con idénticas expresiones de sorpresa y alegría en sus rostros. Sin pensarlo, Amanda rodea a Jack con sus brazos en un abrazo impulsivo. Él le devuelve el abrazo y ambos ríen por la alegría y el alivio del momento.

Cuando se separan, sus miradas se vuelven a cruzar. El dolor y la desconfianza que habían empañado sus interacciones anteriores parecen haberse disipado, sustituidos por un sentimiento compartido de propósito y el renacimiento de algo más profundo.

"Realmente estamos haciendo esto", dice Amanda en voz baja, con un deje de asombro en su voz.

Jack asiente, su expresión es una mezcla de determinación y afecto. "Juntos", responde, con el peso de una promesa.

Mientras la reunión del ayuntamiento se disuelve en charlas animadas y sesiones improvisadas de planificación, Amanda y Jack observan codo con codo la escena. El camino que queda por

recorrer es largo y está plagado de posibles obstáculos, pero en este momento, rodeados por el entusiasmo de su comunidad, todo parece posible.

El suave resplandor de la lámpara de escritorio proyecta largas sombras sobre la oficina de la pista de patinaje mientras Amanda y Jack se encorvan sobre una extensa tabla de asientos. Es más de medianoche, pero ninguno de los dos parece darse cuenta de lo tarde que es.

"Si trasladamos a la familia Johnson a la sección B", reflexiona Amanda, dándose golpecitos con el bolígrafo en el labio inferior, "podremos acomodar a los Henderson en la fila 3".

Jack asiente, inclinándose más cerca para examinar el gráfico. "Buena decisión. ¿Y tal vez podamos meter unos cuantos asientos VIP más cerca del centro del hielo para los mayores donantes?".

Sus cabezas casi se tocan mientras trabajan, el ritmo familiar de su asociación se reafirma poco a poco. Es casi como en los viejos tiempos: las noches planeando, el intercambio de ideas. Casi, pero no del todo.

Hay un trasfondo de tensión que ninguno de los dos puede ignorar por completo. Aflora en momentos fugaces: una mano que se retira rápidamente cuando los dedos se rozan accidentalmente, miradas que se detienen demasiado antes de desviarse, palabras que flotan en el aire, cargadas de un significado tácito.

Cuando Jack se acerca a Amanda para coger una lista de patrocinadores, ella percibe el olor de su colonia. El olor, que antes le resultaba tan familiar, ahora le produce una sacudida. Se pone rígida casi imperceptiblemente y Jack se aparta, con una disculpa en los labios.

"Lo siento, no quería..."

"Está bien", le corta Amanda, quizá demasiado rápido. "Probablemente deberíamos dejarlo por hoy. Pronto será un gran día".

Ambos saben que hay más cosas que decir, más cosas que resolver. Pero por ahora, la tarea que tienen entre manos tiene prioridad, y vuelven a su trabajo, el momento pasa como tantos otros antes.

Tres días antes del evento, ocurre un desastre. Amanda irrumpe en la oficina con el rostro pálido por el pánico. "El resurfacer de hielo está abajo. Fallo mecánico completo".

Jack levanta la cabeza de la lista de jugadores que ha estado ultimando. "¿Qué? ¿Qué tan malo?"

"Lo suficientemente malo como para que no podamos arreglarlo a tiempo. Jack, sin esa máquina, no podemos mantener el hielo. Todo el evento podría arruinarse".

Durante una fracción de segundo, se miran fijamente, con el peso del posible fracaso presionándoles. Luego, como si hubieran accionado un interruptor, entran en acción.

"Vale, necesitamos opciones", dice Jack, ya cogiendo su teléfono. "Llamaré a todas las pistas en un radio de cien millas, a ver si nos prestan una máquina".

Amanda asiente, con su propio teléfono en la mano. "Me pondré en contacto con los fabricantes, tal vez puedan acelerar una reparación o un reemplazo".

Trabajan en tándem, completando los pensamientos del otro y anticipándose a sus necesidades sin mediar palabra. La tensión personal que ha estado latente entre ellos pasa a un segundo plano, eclipsada por su determinación compartida de superar este obstáculo.

Las horas pasan entre llamadas telefónicas, negociaciones y una resolución de problemas cada vez más creativa. Finalmente, cuando están a punto de admitir su derrota, se produce un gran avance.

"¡Lo tengo!" Jack exclama, bombeando su puño en señal de triunfo. "El instituto de Riverton está dispuesto a prestarnos su máquina. Es viejo, pero va a hacer el trabajo".

El alivio de Amanda es palpable. "Gracias a Dios. Organizaré el transporte a primera hora de la mañana".

A medida que la adrenalina de la crisis disminuye, se encuentran cerca, con la electricidad familiar crepitando entre ellos. Por un momento, parece que uno de ellos va a salvar la distancia, que por fin va a hablar de lo que no se ha dicho y que flota en el aire.

Pero entonces suena el teléfono de Jack, rompiendo el momento.

Su expresión se ensombrece al escuchar la llamada. "¿Cómo que se echan atrás?", pregunta con la voz tensa por la frustración.

Amanda observa cómo Jack recorre el despacho con la mano libre pasándosela por el pelo, agitado. Sólo puede oír su parte de la conversación, pero está claro que algo ha ido muy mal con los compromisos de los jugadores.

"Escucha, Mike", dice Jack, su tono pasa de la ira a la súplica sincera. "Estos niños, esta ciudad, cuentan con nosotros. ¿Recuerdas cómo era jugar en la primera pista destartada de tu ciudad? Esta es nuestra oportunidad de devolverles algo, de demostrarles que sus sueños importan".

A medida que Jack se sincera con su antiguo compañero de equipo, Amanda siente que algo cambia en su interior. Ella ve, quizás por primera vez, la verdadera profundidad del compromiso de Jack con Benson Ridge. No se trata sólo de redención o de matar el tiempo durante su suspensión. Él se preocupa de verdad, de una manera que ella nunca se permitió creer posible.

La llamada termina con un tímido nuevo compromiso de los jugadores, pero está claro que la situación sigue siendo precaria. Jack se vuelve hacia Amanda, con una expresión de determinación y vulnerabilidad que hace que a ella le duela el corazón.

"Tenemos que hacer una carrera de suministro a Millbrook", dice, ya agarrando sus llaves.

"Estandartes de emergencia, algo de equipo extra. ¿Te apuntas a un viaje por carretera?"

Amanda duda un momento antes de asentir. "Vámonos."

El trayecto hasta el pueblo vecino es tenso al principio, ambos son conscientes de estar atrapados juntos en el reducido espacio del coche. La radio suena suavemente de fondo y ninguno de los dos está dispuesto a romper el silencio.

Es Jack quien finalmente habla, su voz tranquila pero firme. "No podemos seguir haciendo esto, Amanda. Dando vueltas el uno alrededor del otro, fingiendo que no hay un montón de cosas sin resolver entre nosotros".

Las manos de Amanda se tensan sobre el volante, pero asiente. "Tienes razón. Así que hablemos. Hablemos de verdad".

Lo que sigue es una conversación cruda y sincera que lleva meses gestándose. Hablan sobre la confianza y el miedo, sobre las heridas dejadas por relaciones pasadas y sobre las formas inesperadas en que Benson Ridge les ha cambiado a ambos.

"Tenía miedo", admite Amanda, su voz apenas supera un susurro. "Miedo de dejarte entrar, de creer que realmente podrías quedarte. Era más fácil alejarte que arriesgarme a que me hicieras daño otra vez".

La respuesta de Jack es igualmente vulnerable. "Y tenía miedo de lo mucho que este lugar -lo mucho que tú- había llegado a significar para mí. La NHL era todo lo que siempre quise, hasta que de repente dejó de serlo. Eso es aterrador, Amanda".

A medida que conversan, desnudando sus miedos y esperanzas, la tensión entre ellos comienza a disolverse. Cuando llegan a Millbrook, algo ha cambiado radicalmente. El aire parece más ligero, las posibilidades más abiertas.

Mientras cargan las provisiones en el coche, sus manos se rozan. Esta vez, ninguno de los dos se aparta. En su lugar, los dedos de Jack se entrelazan con los de Amanda, un pequeño gesto que lleva el peso de una nueva comprensión.

El cielo de Benson Ridge se oscurece ominosamente, con pesadas nubes que se acercan a una velocidad alarmante. Amanda está de pie a la entrada de la pista de patinaje, con la cara marcada por la preocupación cuando empiezan a caer las primeras gotas de lluvia.

"Esto no es bueno", murmura ella, justo cuando Jack se acerca trotando, con una expresión igual de sombría.

"El servicio meteorológico dice que va a empeorar", informa, pasándose una mano por el pelo. "Estamos viendo posibles inundaciones repentinas".

Comparten una mirada de comprensión, ambos se dan cuenta de la magnitud de la amenaza. La pista, situada en una ligera depresión, es especialmente vulnerable a las inundaciones.

Sin mediar palabra, entran en acción. Jack coge la lista de teléfonos de emergencia del pueblo y Amanda empieza a llamar a los concejales. En menos de una hora, el aparcamiento está lleno de gente dispuesta a ayudar.

"Muy bien, amigos", dice Jack, su voz se oye por encima de la lluvia que se intensifica. "Tenemos que crear una barrera de sacos de arena alrededor de la pista. Va a ser una noche larga, pero si trabajamos juntos, podemos salvar este lugar".

Amanda organiza a los voluntarios en equipos y les asigna tareas con la eficacia de un general experimentado. Ella y Jack trabajan codo con codo, llenando sacos de arena y pasándolos por la fila. La lluvia les cala hasta los huesos, pero ninguno de los dos se da cuenta, demasiado concentrados en la tarea que tienen entre manos.

A medida que avanza la noche, sus esfuerzos inspiran a la comunidad. Las viejas rivalidades se olvidan mientras los vecinos trabajan juntos, pasando sacos de arena y ofreciendo ánimos. Incluso la alcaldesa Phillips está allí, con su traje habitualmente inmaculado cubierto de barro, mientras ayuda a apilar la barrera protectora.

Al amanecer, la tormenta empieza a amainar. La pista está seca y a salvo, rodeada por un muro de sacos de arena, testimonio de la determinación y la unidad de la ciudad.

Amanda y Jack, exhaustos pero triunfantes, observan la escena. "Lo hemos conseguido", dice Amanda en voz baja, con una nota de asombro en su voz.

Jack asiente, sus ojos brillan de orgullo. "No, ellos lo hicieron", dice, señalando a los cansados pero sonrientes voluntarios. "Sólo les enseñamos cómo".

La mañana del partido benéfico amanece clara y despejada, como si la tormenta de la noche anterior no hubiera sido más que un mal sueño. La pista bulle con los preparativos de última hora, los voluntarios se apresuran con la decoración y el equipo.

Amanda irrumpe en el despacho con el rostro pálido. "Tenemos un problema", anuncia, blandiendo su tableta. "El sistema de venta de entradas se ha estropeado. No tenemos forma de saber quién ha pagado y quién no".

Por un momento, el pánico amenaza con apoderarse de ambos. Entonces, casi al unísono, respiran hondo y se miran a los ojos.

"Vale", dice Jack, con voz firme. "Ya lo tenemos. ¿Qué necesitas que haga?"

Vuelven a su antiguo ritmo, moviéndose el uno en torno al otro con práctica facilidad mientras idean una solución. Amanda crea un sistema de facturación improvisado mientras Jack reorganiza la entrada para acomodar el nuevo proceso.

Mientras dan los últimos toques a su improvisado sistema, Amanda llama la atención de Jack. Ambos comparten una sonrisa, pequeña pero genuina, reconociendo lo lejos que han llegado.

♡ Capítulo 15 ♡

Los primeros rayos de sol asoman por el horizonte, pintando Benson Ridge con tonos dorados y rosados. Pero el pueblo ya está despierto y es un hervidero de actividad que espera con impaciencia el día que se avecina.

Main Street se transforma, engalanada con coloridas pancartas que proclaman "Benson Ridge Charity Classic". Los voluntarios corren de un lado a otro, con rostros que mezclan determinación y emoción apenas contenida. El viejo Jenkins, fiel a su palabra, dirige una pequeña flota de vehículos. Su rudo exterior se ve suavizado por el brillo de sus ojos cuando guía los lujosos coches de los jugadores de la NHL a los lugares designados.

El aire es electrizante, lleno del parloteo de los ansiosos aficionados y de los preparativos de última hora de los vendedores de comida que montan sus puestos. Los niños se lanzan entre las piernas de los adultos, palos de hockey en mano, con los ojos muy abiertos por la esperanza de ver a sus héroes.

En el centro de todo se alza la pista de hielo de Benson Ridge, con su exterior recién pintado y reluciente a la luz de la mañana. La barrera de sacos de arena de la noche anterior se ha retirado, sin dejar rastro del desastre que podría haber descarrilado todo.

Amanda Perkins se sitúa en la entrada principal de la pista, con el portapapeles agarrado como un salvavidas. Es la viva imagen de la eficacia, dirigiendo con calma un flujo constante de estrellas de la NHL y sus séquitos hacia los vestuarios. Pero bajo su serena apariencia, una vorágine de emociones amenaza con desbordarla.

Sus ojos observan constantemente a la multitud, fijándose en cada detalle: una mesa que se tambalea y hay que enderezar, un niño perdido que hay que orientar, una persona importante que requiere atención especial. La mente de Amanda se acelera con miles de "y si..." y planes de contingencia.

Mientras tacha otro nombre de la lista, un calor familiar a su lado la hace detenerse. Jack está a su lado, lo bastante cerca para que ella pueda sentir el calor que irradia su cuerpo.

"Respira, Perkins", dice suavemente, su voz un contrapunto tranquilizador al caos que les rodea. "Tenemos esto."

Amanda esboza una pequeña sonrisa, y parte de la tensión desaparece de sus hombros ante su presencia tranquilizadora. "Para ti es fácil decirlo. Sólo tienes que jugar al hockey. Yo tengo que asegurarme de que todo este circo no se venga abajo".

La mano de Jack encuentra la parte baja de su espalda, un gesto tan natural que los coge a los dos por sorpresa. "Y lo harás. Porque eres Amanda Perkins, y no hay nada que no puedas manejar".

Sus miradas se cruzan, un momento de silencioso entendimiento pasa entre ellos antes de que la siguiente oleada de llegadas reclame su atención.

Cuando las gradas empiezan a llenarse y la emoción alcanza su punto álgido, Jack desaparece en los vestuarios para prepararse. Amanda se encuentra conteniendo la respiración, y la realidad de lo que han logrado finalmente comienza a hundirse.

El murmullo de la multitud se convierte de repente en un rugido y Amanda se gira para ver a Jack saliendo al hielo. Está resplandeciente con la camiseta de Benson Ridge, los colores familiares ahora adornados con su antiguo número de la NHL. Al verlo, más grande que la vida sobre el hielo que una vez había descartado como algo inferior a él, Amanda siente un estremecimiento en el pecho.

Jack se desliza hacia el centro del hielo, levantando su stick en señal de reconocimiento a los fans que le aclaman. Su rostro es un lienzo de emociones: nostalgia por las grandes ligas que había dejado atrás, orgullo por la comunidad a la que ha venido a llamar hogar y una feroz determinación de hacer que este día cuente.

Al comenzar sus vueltas de calentamiento, Jack llama la atención de Amanda. La conexión entre ellos es palpable, incluso a distancia. Le guiña un ojo y le sonríe, algo que antes la enfurecía pero que ahora le hace sentir una cálida emoción.

La alcaldesa Rhonda Phillips entra en el hielo, micrófono en mano, con su habitual actitud severa sustituida por un entusiasmo apenas contenido. "Damas y caballeros", resuena su voz por los altavoces, "¡bienvenidos al primer Clásico Benéfico anual de Benson Ridge!".

La multitud estalla, el sonido es tan fuerte que Amanda puede sentirlo vibrar en su pecho. Mientras Rhonda continúa su discurso, alabando los esfuerzos de la comunidad y la generosidad de las estrellas de la NHL que la visitan, Amanda se permite un momento para mirar a su alrededor.

Las gradas son un mar de rostros: niños con las mejillas pintadas sujetando pancartas caseras, padres con los brazos alrededor de los hombros de sus hijos, veteranos con camisetas descoloridas reviviendo sus días de gloria. Y por todas partes, el inconfundible murmullo de una ciudad unida por un propósito y un orgullo.

Los ojos de Amanda se empañan cuando ve a su padre, Bill, sentado en su silla de ruedas cerca del banco. Él la mira y le hace un gesto con el pulgar hacia arriba, con una sonrisa tan amplia que arruga las comisuras de los ojos.

Cuando el alcalde Phillips llama a los capitanes del equipo al centro del hielo para la ceremonia de lanzamiento del disco, Amanda siente una oleada de emoción que amenaza con desbordarla. Ha llegado el momento, el momento por el que han trabajado, por el que han luchado y que a veces han desesperado de ver.

Jack toma su posición, enfrentándose a uno de sus antiguos rivales de la NHL. Pero la competitividad habitual en su postura se ve atenuada por algo más: una alegría, un sentido de la rectitud que Amanda nunca antes había visto en él.

El disco cae y, con él, todo Benson Ridge parece contener la respiración. Por un momento, todo

lo demás desaparece. Sólo están el hielo, los jugadores y la sensación palpable de una comunidad a punto de vivir algo extraordinario.

Cuando el partido empieza en serio y el rugido de la multitud se apodera de ella, Amanda se permite una pequeña sonrisa. Pase lo que pase, ya han ganado algo precioso: la esperanza, la unidad y la certeza de que, a veces, los desvíos más inesperados pueden llevarnos exactamente a donde estamos destinados.

Suena el silbato, señal de una breve pausa en el trepidante juego. Jack Hamilton se detiene cerca de los tableros, con el pecho agitado por el esfuerzo. Mientras bebe un trago de su botella de agua, sus ojos recorren las gradas abarrotadas, contemplando la escena que nunca pensó que encontraría tan significativa.

En primera fila, el equipo juvenil de Benson Ridge se sienta en grupo, con caras de asombro y entusiasmo desenfrenado. Jack ve a Tommy Hawkins, con una sonrisa de dientes separados más amplia que nunca. Junto a ellos, Bill Perkins resplandece desde su silla de ruedas, con todo el aspecto de un padre orgulloso que observa no sólo el triunfo de su hija, sino la resurrección de la obra de su vida.

La mirada de Jack continúa su viaje y finalmente se posa en Amanda. Ella está de pie detrás del banquillo, con el portapapeles olvidado entre las manos, sus ojos intensos y centrados únicamente en él. La conexión entre ellos es eléctrica y trasciende el caos del partido y el rugido del público. En ese momento, Jack siente una oleada de emoción tan poderosa que casi le hace caer de los patines.

En el segundo periodo, Jack se hace con la posesión del disco y sortea a los defensas con la habilidad que le convirtió en una estrella de la NHL. Pero en lugar de disparar él mismo, ve una oportunidad. Con una rápida finta para atraer a la defensa, envía un pase perfecto a Tommy Hawkins, que ha conseguido encontrar un carril abierto.

El tiempo parece ralentizarse cuando Tommy recibe el disco, su pequeño rostro es una máscara de concentración. El portero de la NHL, una montaña de hombre comparado con el niño, se mueve para defender. Tommy se prepara y deja volar el disco.

El sonido de la goma golpeando el fondo de la red queda ahogado por el rugido ensordecedor del público. Tommy se queda parado un momento, con la sorpresa dibujada en sus facciones, antes de que sus compañeros de equipo y los jugadores de la NHL se abalancen sobre él.

Jack siente un orgullo tan intenso que le pilla desprevenido. Ha marcado innumerables goles a lo largo de su carrera, ha escuchado los vítores de multitudes mucho mayores, pero nada es comparable a la alegría pura de este momento. Cuando se une a la celebración y recibe los abrazos entusiastas de los otros niños, Jack se da cuenta de que esto, este sentimiento de comunidad, de alimentar a la próxima generación, es lo que ha estado echando de menos todo el tiempo.

El partido entra en sus últimos minutos con el marcador empatado. La tensión en la pista va en aumento, todos los aficionados están al borde de su asiento. Jack se encuentra con el disco, un camino despejado hacia la portería se abre ante él. Es una situación en la que se ha visto envuelto

en innumerables ocasiones y que suele acabar con su nombre en el marcador y sus brazos alzados en señal de triunfo.

Pero algo le detiene. En esa fracción de segundo, Jack no ve la gloria personal, sino una oportunidad para algo más grande. Sus ojos se fijan en Derek Chen, el padre de Emma y residente de toda la vida en Benson Ridge, que ha estado jugando con el corazón junto a los profesionales.

Sin dudar, Jack envía un pase nítido a Derek. El jugador local, sorprendido por un momento, se recupera y lanza. El disco pasa por encima del guante extendido del portero y golpea el fondo de la red justo cuando suena la bocina final.

La pista estalla en una cacofonía de vítores, silbidos y pisotones. Derek es aclamado por sus compañeros de equipo, tanto locales como estrellas de la NHL. Pero Jack, en medio de la celebración, siente un profundo cambio en su interior. La emoción que siente no es la de marcar el gol de la victoria, sino la de formar parte de algo más grande: la alegría colectiva de toda una ciudad unida en este momento de triunfo.

A medida que la ola inicial de celebraciones comienza a menguar, los organizadores y voluntarios inundan el hielo. Amanda está entre ellos, con su habitual compostura abandonada mientras se abre paso entre la multitud, su rostro es un lienzo de emociones: alivio, alegría, orgullo y algo más profundo que hace que el corazón de Jack se acelere.

Jack la ve y empieza a patinar en su dirección, quitándose el casco mientras se mueve. La multitud parece separarse para él, percibiendo la importancia de este momento. A medida que se acercan, sus miradas se cruzan y el resto del mundo se desvanece.

Se encuentran en el centro del hielo, cara a cara en medio del caos de la celebración posterior al partido. Jack tiene el pelo alborotado y la cara enrojecida por el esfuerzo y la emoción. Los ojos de Amanda brillan con lágrimas de alegría no derramadas, su portapapeles olvidado hace tiempo.

"Lo hicimos", dice Amanda, su voz apenas por encima de un susurro, pero de alguna manera cristalina para Jack.

"No", responde Jack, con una suave sonrisa en los labios. "Tú lo hiciste. Este era tu sueño, Amanda. Por fin aprendí a formar parte de él".

El aire entre ellos crepita con palabras no dichas y posibilidades. Se encuentran en el precipicio de algo nuevo, algo que se ha estado gestando desde el momento en que Jack llegó por primera vez a Benson Ridge.

A su alrededor, la celebración continúa: los niños ríen, las cámaras parpadean, el sonido del triunfo y de la comunidad llena el aire. Sin embargo, para Jack y Amanda solo existe este momento, esta conexión y la promesa de un futuro que ninguno de los dos vio venir.

Mientras se miran, ambos comprenden que el verdadero partido, el que de verdad importa, no ha hecho más que empezar.

Mientras la multitud los aclama, Jack toma las manos de Amanda entre las suyas, con un tacto suave pero seguro. Sus ojos, brillantes de emoción, se clavan en los de ella. El estruendo de la celebración se desvanece en un murmullo distante cuando él habla, su voz baja e íntima, dirigida sólo a ella.

"Amanda", empieza él, sus pulgares trazando pequeños círculos en las palmas de sus manos, "vine a Benson Ridge pensando que era un desvío, una parada en boxes en mi camino de vuelta a la vida que creía que quería. Pero tú y este pueblo me habéis enseñado lo que de verdad importa".

Amanda se queda sin aliento y sus ojos se abren de par en par al darse cuenta de la magnitud de lo que está ocurriendo.

Jack continúa, su voz gana fuerza. "He tocado en estadios de todo el mundo, he oído el rugido de miles de fans. Pero nada, nada, se compara con la sensación de estar aquí, en este hielo, contigo. Te quiero, Amanda Perkins. Me encanta tu determinación, tu pasión, tu forma de luchar por esta ciudad y por todos sus habitantes".

Las lágrimas comienzan a derramarse por las mejillas de Amanda, pero su sonrisa es radiante. Jack se acerca para secar suavemente una lágrima con el pulgar.

"No quiero imaginar un futuro sin ti, sin Benson Ridge. Este es mi hogar. Tú eres mi hogar. Y si me aceptas, quiero construir ese futuro juntos".

Por un momento, Amanda se queda muda, abrumada por la marea de emociones que la invade. Luego, con una suave carcajada mitad sollozo, mitad alegría, le echa los brazos al cuello a Jack.

"Yo también te quiero, hombre imposible", dice ella, con la voz cargada de emoción. "Claro que te quiero. Como si alguna vez hubiera alguna duda".

Y entonces ella lo besa, derramando en el abrazo cada gramo de amor, esperanza y promesa para el futuro. Los brazos de Jack la rodean por la cintura, levantándola ligeramente del hielo mientras él le devuelve el beso con el mismo fervor.

El público, que se había callado para presenciar este momento privado, estalla en vítores y aplausos que sacuden las vigas de la pista. Silbidos y abucheos se mezclan con el sonido de los pies y las palmas.

Cuando Jack y Amanda se separan, ambos ligeramente jadeantes y con sonrisas a juego, la voz de la alcaldesa Rhonda Phillips resuena por los altavoces.

"Señoras y señores, estoy encantado de anunciar que el partido benéfico de hoy ha recaudado no sólo lo suficiente para salvar nuestra querida pista de patinaje, sino para asegurar su lugar como corazón de Benson Ridge para las generaciones venideras".

La celebración, ya de por sí alegre, se acelera. Alguien empieza a poner música por megafonía y, de repente, el hielo se transforma en una improvisada pista de baile. Las estrellas de la NHL giran con los jugadores locales, los niños enseñan a sus héroes del hockey los últimos pasos de

baile y, en el centro de todo, Jack y Amanda se balancean juntos, perdidos en su propio mundo.

"Entonces", dice Jack, con un brillo travieso en los ojos mientras hace girar a Amanda, "¿significa esto que ahora puedo conducir el Zamboni siempre que quiera?".

Amanda echa la cabeza hacia atrás riendo, el sonido claro y brillante por encima de la música. "No tientes a la suerte, Hamilton. Algunas cosas hay que ganárselas".

Las semanas siguientes al partido benéfico fueron un torbellino de actividad. Jack y Amanda afrontaron su nueva relación bajo la atenta (y a menudo divertida) mirada del pueblo. Hubo desafíos: el agente de Jack no estaba muy contento con su decisión de quedarse en Benson Ridge y Amanda tuvo que aprender a dejar que otra persona compartiera la carga de dirigir la pista de patinaje. Pero con cada obstáculo superado, su vínculo se hacía más fuerte, y su visión del futuro de la pista de hielo de Benson Ridge cada día más clara.

La escena se disuelve, pasando suavemente a un año después. La pista de hielo de Benson Ridge se yergue orgullosa, con el exterior recién pintado y una nueva marquesina digital. El aparcamiento está lleno, y un flujo constante de personas -desde niños pequeños que aprenden a patinar hasta personas mayores entusiastas del curling- se abren paso hacia el interior.

Sobre la entrada principal, un nuevo cartel brilla a la luz del sol: "Centro Comunitario de Hielo Perkins & Hamilton".

Dentro, la pista bulle de actividad. El puesto de comida, ahora regentado por Hank, un simpático camarero, sirve humeantes tazas de chocolate. La tienda, dirigida por el viejo Jenkins (que insiste en que sólo lo hace para "echar un ojo a las cosas"), está repleta de equipos de gama alta junto con opciones más asequibles.

En la pista de hielo, el entrenador James Miller pone a prueba al equipo juvenil. Su rudeza oculta el orgullo que siente en sus ojos cuando ve a Tommy Hawkins ejecutar un tiro perfecto. En las gradas, Bill Perkins hace de maestro de ceremonias y cuenta a un grupo de niños con los ojos muy abiertos la historia de la pista y el milagroso partido benéfico que la salvó.

Cuando la sesión de la tarde toca a su fin y el Zamboni se pone en marcha, Jack y Amanda salen de la oficina cogidos de la mano. Se dirigen a la icónica máquina y suben a ella con la facilidad de una larga práctica.

"¿Listo para nuestra vuelta de la victoria, Perkins?" Jack pregunta, su sonrisa tan infantil y encantadora como siempre.

Amanda pone los ojos en blanco, pero sonríe con cariño. "Cada día contigo es una vuelta de la victoria, Hamilton".

Cuando el Zamboni se pone en marcha y comienza a dar vueltas sobre el hielo, sus risas resuenan por toda la pista. Rodean la superficie reluciente, dejando tras de sí una hoja lisa e inmaculada, un lienzo en blanco lleno de posibilidades, como el futuro que se extiende ante ellos.

El Zamboni completa su bucle, pero Jack y Amanda no muestran signos de detenerse. Siguen

dando vueltas, con una alegría contagiosa mientras los espectadores sonrían y saludan. Es algo más que volver a poner el hielo sobre la superficie; es una celebración del amor, de la comunidad, de las segundas oportunidades y de los nuevos comienzos.

Mientras hacen otro pase, saludando a Bill, que levanta su taza de café en un brindis, la cámara se aleja, captando toda la escena. La bulliciosa pista, llena de vida y risas. La ciudad de Benson Ridge se ve a través de las ventanas, próspera y vibrante. Y en el centro de todo, Jack y Amanda, juntos en su Zamboni, escribiendo el siguiente capítulo de su historia con cada suave y reluciente pasada sobre el hielo.

La imagen se desvanece, pero el eco de su risa perdura, una promesa de más aventuras, más desafíos y más amor por venir, no sólo para Jack y Amanda, sino para toda la comunidad de Benson Ridge, unida por el hielo, la determinación y la inesperada magia de las segundas oportunidades.

También por Cassidy Berg

Navidad en Snow Falls

Complicaciones del Café de Navidad

Doble reserva

Más que un amigo invisible

Romance organizado

Demasiado tarde para el amor

Los 12 odios de la Navidad

Guardabosques Recluso

Mezcla de los 12 días de Navidad

Docena de fechas navideñas

Dos bichos navideños

Amor en Star Valley

Segunda oportunidad en el rancho

El conservador y la mixta

Otra oportunidad en el amor

Rumbo a casa

Chica Sundae

Corazones que curan

El camino hacia la eternidad

Amor en Jackson Hole

Desintoxicación digital
Refugio remoto
Love After Likes

Amor en Seattle

Volar hacia el amor
Te encontré en mi memoria
Tras las pistas del amor
Tono de dos corazones

Magia helada

La cita del árbitro
Comprobación cruzada Cupido
Zamboni del amor

Una petición rápida del autor.

Si te ha gustado este libro, ¿podrías dejar una reseña allí donde busques recomendaciones de libros? En un mundo ajetreado y abarrotado, siempre nos viene bien un poco más de "dulzura" en nuestras vidas.

Leo todas y cada una de las reseñas. Gracias por compartir mi mundo conmigo.

Hola lector,

Espero que hayas disfrutado de nuestro conmovedor viaje al amor, al encanto navideño y a los momentos más dulces de la vida en mi última novela romántica. Si te han cautivado los personajes, la magia navideña y la alegría de los dulces, ¡tengo una deliciosa sorpresa para ti!

Tengo un cofre del tesoro lleno de dulces novelas románticas esperando a que te sumerjas en ellas. Cada libro es una escapada especial al mundo del amor y el romance, donde cada página es una celebración de momentos tiernos y finales felices. Mis historias son perfectas para esas tardes acogedoras en las que quieres acurrucarte con un buen libro, junto a tus dulces navideños favoritos.

Pero aún hay más para ti. Al unirse a mi exclusiva lista de correo electrónico, usted tendrá acceso a:

- **Acceso anticipado:** Serás el primero en enterarte de mis próximos lanzamientos. Echa un vistazo a mis nuevas historias antes de que salgan a la venta.
- **Contenido exclusivo:** Disfruta de historias cortas especiales, capítulos extra y contenido exclusivo que no encontrarás en ningún otro sitio.
- **Dulces sorpresas:** Espere sorpresas ocasionales como recetas navideñas, recomendaciones de libros y mucho más para alegrarle el día.

Me encantaría darte la bienvenida a nuestra comunidad de entusiastas del romance y ofrecerte estas fantásticas ventajas. Para empezar, visite www.EntradaBooks.com y suscríbese a mi boletín. Considere esta su invitación para estar entre los primeros en experimentar el próximo romance conmovedor de mi parte.

Gracias por elegirme como fuente de dulces romances. Espero compartir muchas más historias llenas de amor contigo.

Saludos cordiales y feliz lectura,
Cassidy

Cassidy Berg

Cassidy Berg es una cautivadora y dulce autora romántica que teje conmovedoras historias de amor, magia navideña y la dulzura de la vida. Su pasión por todo lo relacionado con la Navidad y los dulces es evidente en cada página de sus encantadoras novelas, lo que la convierte en una figura muy querida en el mundo de la ficción romántica sana.

Los escritos de Cassidy están impregnados del encanto de la Navidad. Cassidy cree en el poder de las fiestas navideñas para reparar corazones, reavivar el amor perdido y crear nuevos comienzos. Las historias de Cassidy transportan a los lectores a mundos en los que reina la magia de la Navidad, ya sea en el acogedor ambiente navideño de un pequeño pueblo o en un bullicioso paisaje urbano adornado con luces centelleantes.